

An aerial, black and white photograph of a large number of military ambulances parked in rows on a dirt or gravel surface. Each ambulance has a large cross on its roof. One ambulance in the lower-left quadrant has a prominent red cross on its side. The vehicles are arranged in a grid-like pattern, filling most of the frame.

Ven, dulce muerte

La tercera investigación
del detective Brenner

WOLF HAAS

Siruela/ Policiaca

WOLF HAAS

Ven, dulce muerte



Ediciones Siruela

Wolf Haas

Ven, dulce muerte

La tercera investigación
del detective Brenner

Traducción del alemán de
María Esperanza Romero

Siruela Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Ven, dulce muerte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Créditos

Ven, dulce muerte

¡Y dale!, ha vuelto a ocurrir algo.

Un día que comienza así sólo puede ir a peor. No es que yo sea supersticioso; no soy, ni mucho menos, de los que temen desgracias cuando un gato negro se les atraviesa en el camino o que al paso de una ambulancia hacen la señal de la cruz para conjurar el quirófano.

Tampoco digo martes y trece. Porque fue un lunes veintitrés cuando, tumbado en medio de la Pötzleinsdorfer Strasse, Ettore Sulzenbacher lloraba como para ablandar el corazón de las piedras.

Cuando la señora Sulzenbacher lo encontró en aquel lugar, primero pensó que era el consabido berrinche por el nombre de pila que había puesto a su hijo hacía siete años, pero luego advirtió el motivo real de su desconsuelo: al lado de Ettore yacía el cuerpo sin vida de su gato Ningnong.

Una ambulancia con sirena y luz azul había hecho papilla al felino. Cuando Ettore lo encontró, la ambulancia ya estaba a mil leguas del lugar. Había bajado a toda pastilla por la Potzleindorfer Strasse, de manera que fue una suerte que no hubiera más víctimas mortales que Ningnong.

En cualquier caso, de nada sirven las lágrimas en una tesitura tal. El gato había quedado tieso. Lo único que no sé es si arrollar un gato negro trae más o menos mala suerte.

De todos modos el socorrista Manfred Grande no se detuvo a pensar en ello un solo instante. Conducía a una velocidad tal que ni siquiera se percató de haber dejado a Ningnong convertido en una masa de hojaldre negra, pues tenía que apretar el acelerador para coger el siguiente cruce en rojo.

Resulta que hoy en día entre los conductores de ambulancia lo de contar los cruces que llegan a atravesar en rojo durante cada salida de emergencia se ha convertido un poco en una moda. Existe entre ellos una especie de mentalidad de batir récords como la que se extiende a día de hoy en todas partes. Pero tienes que saber una cosa. La ley no permite que las ambulancias atraviesen los cruces en rojo. La gente cree que está permitido por las veces que ve cómo las ambulancias con luz azul y sirena se saltan los semáforos. Cuando en realidad está prohibido. Rojo es rojo. También para las ambulancias.

Y también para Manfred Grande, a quien sus compañeros siempre han llamado Pongo. No sé de dónde le viene este apodo, pero debe de tener algo que ver con sus ojos de

besugo y ese cuello grueso y rojo de orangután que tiene. Y el pelo crespo no es que mejore el asunto. Pero a Pongo, con sus veintiocho años, ya se le ha caído un poco el pelo y una enfermera ex peluquera le ha hecho ricitos por ciento noventa chelines, a modo de estrategia de camuflaje, como quien dice. Lo curioso es que cuanto menos pelo tiene Pongo en la cabeza, más grande y poblado se le vuelve el mostacho.

Ahora bien, semáforo en rojo, prohibido pasar. Y Pongo, claro, con más razón atraviesa el cruce. Porque es como una especie de reacción protesta entre los conductores de ambulancia. Una protesta contra el legislativo. Día a día te juegas la vida levantando a la gente de la calzada antes de que los buitres se les echen encima y ¿crees que el legislador te ofrece algún apoyo? ¿Crees que se digna dar las gracias siquiera? ¿O que te permite pasar en rojo? ¡Estás tú listo! El legislador lo que hace es ponerte palos en las ruedas y no piensa transigir con los semáforos. Eso desde el punto de vista puramente legal.

Desde el punto de vista práctico, obvio, la cosa cambia. Porque Ningnong no había caído aún del todo sobre el asfalto cuando Pongo Grande ya estaba saltándose a toda mecha el semáforo del cruce siguiente.

Porque no puedes olvidar una cosa: Pongo tenía ese pacto con unos cuantos socorristas. Para divertirse un poco. Y por qué no, si eso hacía más llevadero el día a día. Bastante ha de rendir un conductor de ambulancia para que tenga un poco de distracción, digo yo, aunque, desde el punto de vista puramente legal, el asunto no se ajuste del todo a la letra.

Escucha lo que te digo. La cosa funcionaba de la siguiente manera: cuando llegaba por radio el aviso de salida, Pongo gritaba: «Cinco, u ocho, o si me apuras: tres», según dónde estuviera. Y eso significaba los minutos que necesitaba para llegar hasta el lugar del accidente. Y si el otro socorrista contestaba: «Más», eso quería decir que aceptaba la apuesta. Si Pongo tardaba más, tenía que darle un billete de cien; si no, era él quien recibía el billete de cien del otro.

Pero como Pongo casi siempre lo conseguía, los socorristas solían acceder cada vez menos a apostar. Entonces Pongo tenía que ofrecer tiempos cada vez más descabellados para que alguno mordiera. Y luego, claro, tenía que conducir como alma que lleva el diablo.

Por poner un ejemplo: de la Südtirolerplatz a la Taborstrasse, ocho minutos en hora punta. Eso equivale a un comando suicida, y cualquiera que le haya hecho de copiloto a Pongo alguna vez en dicho trayecto se jura no volver a apostar con él, no por miedo a perder los cien chelines, sino por mera cuestión de supervivencia.

Su copiloto ese día era Hansi Munz. Y que era lunes a Hansi Munz no se le olvidará en la vida. No porque Pongo hubiera enfilado la Gersthofer Strasse a velocidad de vértigo, sino porque..., pero espera.

El motivo por el cual Pongo se lanzaba ahora a tumba abierta con luz azul y sirena en dirección al hospital general no estribaba en una apuesta con Hansi Munz. Porque éste era un casoso que no arriesgaba ni un chelín. No, la cosa era que Pongo tenía que ir a por un hígado de donante al hospital general.

–¡Milka! –gritó de repente Hansi Munz al ver que Pongo bajaba a 120 por la Wahringer Strasse–. ¡Milka!

Porque no acertó a decir más cuando vio que el camión de Milka se detenía ante la filial del Spar y Pongo, sin hacer amago de frenar, embestía a toda máquina el camión. Y aunque Hansi Munz sabía lo susceptible que era el otro cuando un copiloto se metía con su manera de conducir, no pudo refrenarse y le lanzó aquel grito de advertencia. Pero el susto no lo dejó pronunciar más que las dos sílabas de «Milka», quizás porque esta palabra desde pequeño ha estado en boca de todos.

Y lo creas o no, Pongo no se estampó contra el camión. Tampoco dio un volantazo hacia la izquierda en el último momento, ni mucho menos accionó el freno.

Lo que hizo fue sonreír de oreja a oreja y avanzar a trompicones sobre la acera entre el camión y la entrada del Spar. Y si una ambulancia tiene dos metros de ancho, entre el camión y la sucursal del súper habría doscientos centímetros de distancia, como mucho, y Hansi Munz hubiera jurado que a izquierda y a derecha se le desollaba el pellejo, o sea que sintió en carne propia lo que debió de sentir la pintura del vehículo.

No obstante, una cosa sí hay que reconocerle a Pongo: colarse con la ambulancia entre el camión de Milka y la sucursal del Spar fue una elegante maniobra. No sé cómo lo consiguió, pero de alguna manera pasó por los pelos.

Hansi Munz, obvio, suspiró aliviado. No fue sólo por los rasguños que se llevó la ambulancia que creyó perder la piel de gallina que se le había puesto en los antebrazos, sino más bien por la sensación premonitrice de lo que el jefe haría con ellos si volvían con la ambulancia abollada.

–El júnior nos desuella vivos si volvemos a escoñar la nueva 740.

–Nadie va a escoñar nada –dijo Pongo celebrando aún su hazaña con cara risueña, mientras enfilaba el Cinturón a la altura de Währing en dirección ascendente y sentido contrario. Tres filas de coches le venían de frente al conductor suicida que no había tomado la calzada correcta de dicho cinturón porque esto suponía una maniobra demasiado complicada para entrar en el hospital general.

–¿Y qué hubieras hecho si se hubiese abierto una puerta del camión de Milka?

–Agachar la cabeza.

–Estás chalado, pero que muy chalado.

–Lo que está en juego es un hígado de donante, Munzi.

–Si sigues conduciendo así, pronto podremos donar nuestros propios órganos. ¿Qué hubieras hecho si en ese momento alguien sale del Spar?

–No salió nadie.

–Pero ¿y si alguien llega a salir?

–Hubiera tenido suerte. Hoy en día puedes considerarte afortunado si te atropella un coche y resulta que es una ambulancia. Al paisano lo hubiéramos puesto en vertical en un periquete.

–Vaya estómago que tienes.

–Cógete la jubilación si no tienes estómago. Llevar una ambulancia no es una fiesta infantil.

Hansi Munz notó que Pongo ya no quería oír más pegadas y él por su parte se alegraba de que el tiempo los alcanzara para el hígado de donante.

Porque eran las cinco menos tres minutos y ya prácticamente habían llegado al lugar. Con la maniobra en el andén y el trozo recorrido en sentido contrario Pongo había recuperado al menos dos minutos.

–¡Mierda! –exclamó Pongo cuando estaban a punto de embocar la entrada del hospital general. Porque de la dirección contraria, o sea como quien dice nadando con la corriente, les venía de cara la 720, también con luz azul y sirena–. ¿Quién es el cabrón que lleva hoy la 720?

Por supuesto que la 720 no cedió ni un milímetro. A unos diez metros del morro de su vehículo, entró disparada por la puerta principal.

–Es Lanz.

–Tenía que ser él.

Pongo no podía creer que fuera justo el gallina de Lanz quien se le adelantara en su carrera por el hígado de donante.

–No te preocupes, hay tiempo –dijo Hansi Munz intentando calmar a Pongo.

El coche no se había detenido aún cuando éste salió como un bólido. Porque en días impares era al conductor al que le tocaba ir a buscar el hígado; en los pares, lo hacía el copiloto; así lo habían acordado hacía muchos años entre los dos, y hoy era lunes, veintitrés. Eso Hansi Munz no lo olvidaría ni si llegaba a cumplir los ciento diez años como la señora Süssenbrunner, a la que dos semanas atrás había llevado por última vez a su terapia contra los efectos del Parkinson.

Entre el aparcamiento y el chiringuito situado sobre el césped, al lado mismo del nuevo templete para bandas musicales, habrá unos quince o veinte metros de distancia. A Pongo aún le quedaba más de un minuto para recorrer esos quince metros, con lo cual no tendría que haberse precipitado. «Dos porciones de hígado de donante con guindilla y mostaza dulce», alcanzó a decir antes del cierre, a las cinco en punto. Porque Rosi, la del chiringuito, en eso era inflexible: el que llegara antes de las cinco podía ponerse en la cola, pero después de esa hora ya no había cola que valiera.

A Hansi Munz ya le crujían las tripas y además le fastidiaba que Pongo hubiera tenido que ponerse detrás de Lanz en la cola. En fin, había que hacerse a la idea de esperar un poco más hasta poder hincarle el diente al hígado de donante.

Ya no recuerdo cuál de los conductores lo bautizó de esa manera, el hecho es que los demás lo imitaron y hace unos años incluso Rosi, la del chiringuito, lo escribió así en el tablón de tiza al lado de su ventanilla: «Hígado de donante 32 chelines; corazón de donante 60 chelines» (eso era antes, porque ahora ya vale 39 chelines y verás cómo sólo es cuestión de tiempo y también habrá sobrepasado la barrera infranqueable de los 40).

Pero, obvio, los pacientes se quejaron y el rapapolvo que le echó el gerente del hospital hizo que Rosi volviera a anunciar el tentempié con su nombre tradicional: «cuarto de kilo de *leberkäse*» y «medio kilo de *leberkäse*». Pero nada pudo hacer el gerente contra el uso oral de la expresión, de modo que se seguirán llamando así para siempre: «hígado de donante» la ración para el hambre normal, y «corazón de donante» la de matar el

hambre canina.

Y tras tamaña agitación, a Hansi Munz le había entrado un hambre tal que casi se arrepentía de haberle pedido a Pongo sólo un hígado de donante. En cualquier caso, el hambre nunca puede ser tan grande como para que después de un corazón de donante no tengas que hacer de tripas corazón para contener el mal de estómago.

De todas formas, Hansi Munz no tuvo ocasión de aburrirse mientras esperaba. Porque no paró de observar en el estrecho pasaje entre el chiringuito de Rosi y el templete a una pareja de enamorados que podían pasar perfectamente sin *leberkäse*; de hecho, parecían devorarse el uno al otro.

La mujer llevaba una bata blanca de enfermera y el hombre, que le sacaba al menos una cabeza, presionaba la suya contra la nuca de ella de tal manera que de tanto observarlos Hansi Munz llegó a sentir tortícolis.

–¡Qué zorra más zorra! –murmuró viendo cómo la enfermera echaba la cabeza cada vez más hacia atrás.

Ya no esperaba a Pongo con impaciencia, pues quería seguir gozando tranquilamente del espectáculo. «¡Qué zorra más zorra!», seguía repitiendo una y otra vez, aunque, a decir verdad, todavía no estaba en la edad en que el ser humano tiende a los soliloquios. Tenía apenas treinta años, y era sólo por sus modales casposos por lo que la gente solía considerarlo mayor. Por otra parte, sus gafas pasadas de moda y sus cuatro pelos de jubilado tampoco le conferían aspecto de jovencito. Incluso la pálida pelusilla de adolescente que lucía a guisa de bigote no parecía en él juvenil, sino sólo raquítica.

Pero hoy: segunda primavera para Hansi. «¡Eres una zorra cachonda!», le decía a la enfermera tuteándola de repente como si ella pudiera oírlo, como si él no estuviera a quince metros de distancia en un coche cerrado, observándola a través del cristal.

Hansi resoplaba como si tuviera a la enfermera igual de cerca que el hombre alto y pálido de traje gris oscuro, que se empleaba tan a fondo con la chica en el pasaje entre el chiringuito y el templete que cualquiera habría dicho que aquello no era un beso sino una operación de amígdalas, sólo que en ese momento no había quirófano disponible en la sección de otorrinolaringología.

Y entonces el cristal del parabrisas se fue empañando por el calor que embargó a Hansi Munz al observar cómo la enfermera se fue escurriendo centímetro a centímetro en el pecho del amante.

–¿Pero qué estás haciendo ahora? –preguntó a la zorra cachonda desde este lado del cristal.

Al instante saltó del coche más rápido de lo que lo había hecho Pongo un rato antes. No porque no hubiera aguantado ya más la excitación. Al fin y al cabo, no voy a presentarlo peor de lo que es. Aunque excitado sí que estaba, sólo que no en ese sentido. Sino en el sentido en que se excita una persona que ve lo que el socorrista Hansi Munz estaba viendo en ese momento.

Porque la enfermera se escurría a ojos vistas, y luego también lo hizo el hombre. Ambos fueron escurriéndose cada vez más hacia el suelo. Hasta que quedaron inmóviles sobre la franja de césped que mediaba entre el chiringuito y el templete.

Tanto excitó la escena al socorrista Munz que faltó poco para que rompiera las bisagras de la ambulancia al precipitarse hacia ellos.

Pero lo único que logró hacer fue constatar su muerte. Mejor dicho, oficialmente un socorrista no puede hacerlo. Porque es competencia exclusiva del médico forense. Pero hay que ver la mala pata de esta enfermera. Alguien le había pegado al hombre un tiro en la nuca, con tan mala idea que la bala al salir por el otro lado la atravesó también a ella.

Entrando por la cerviz del campeón del beso, la bala no tuvo que recorrer un trozo muy largo hasta alcanzar la cavidad bucal, y como ambos tenían la boca abierta de par en par, el proyectil continuó como si tal cosa su camino internándose en el cerebro de la enfermera.

¡Ves! Era eso lo que quería decir yo antes. Ésa es la razón por la cual Hansi Munz no olvidará tan fácilmente la fecha. Lunes, 23 de mayo, 17 horas y 3 minutos.

Si tú a día de hoy trabajas en el servicio de ambulancias, tienes una profesión de la que puedes decir: infunde respeto. No es lo mismo que si eres el propietario de un club nocturno, donde moralmente hablando la cosa es de aquella manera; o si eres un concesionario de coches, de quienes se suele decir que las llaves que te dan ya se oxidan de sólo mirarlas en el catálogo. En cambio, lo de salvar vidas le parece a la gente una bonita tarea.

Y Brenner conocía también la otra cara de la moneda. Al fin y al cabo había estado casi veinte años en el cuerpo de policía, y se diría que un policía merece cierto respeto por lo que aporta a la sociedad. Pero qué va, la sociedad suele ser injusta con él. Por ejemplo, le pone motes que, dicha sea la verdad, poco tienen que ver con el respeto. No sé a qué se debe, quizás al miedo de que el policía pueda venir a arrestar a la sociedad. Y servido está el estado policial con sólo dirigirle uno una palabra amable a un madero. Pero seguro que no fue ése el motivo por el cual Brenner tiró la toalla después de diecinueve años en el cuerpo. Dicho entre nosotros, no creo que ni él mismo supiera muy bien la razón. Porque en aquel momento tenía cuarenta y cuatro años y, obvio, a esa edad al hombre le da por hacer cosas insensatas.

Durante un tiempo estuvo trabajando como detective y ahí sí, claro, olvídate del respeto. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que siendo policía no lo tenía tan mal. Quizás no sea lo mejor, pero ser detective..., ni para qué te cuento. Había días en que ni siquiera se atrevía a decir en público cómo se ganaba la vida, a saber, ventilando trapos sucios.

A su viejo compañero Fadinger, al que se había encontrado por casualidad hacía un año cerca de la estación del Sur, sí que se lo dijo. Entonces Fadinger le contó que hacía diez años había dejado la Brigada Criminal para pasarse al Servicio de Donación de Sangre. Porque te pasas el día rascándote la barriga y los suplementos son mejores que en la policía. Y cuando Fadinger le dijo que en el Servicio de Ambulancias de la Cruz buscaban un chófer, Brenner se mostró interesado. No le importaba tener que mudarse a Viena porque desde que había dejado la policía ya no sabía dónde estaba su hogar.

Mientras formó parte del cuerpo de policía tuvo una VEP, vivienda para empleado público, con alquiler reducido y toda la pesca. Pero cuando hace dos años y medio abandonó el cuerpo, se quedó sin piso. Desde entonces ha estado vagabundeando de aquí para allá. Una vez el encargo de resolver un asesinato incluía alojamiento, otra vez

el de un caso de estafa daba derecho a habitación en el hotel de la empresa.

No quiero decir que la situación le resultara incómoda. Al contrario, tenía sus ventajas. Pero el puesto en el servicio de ambulancias también las tenía; por ejemplo, un piso de servicio de setenta metros cuadrados.

En este sentido, la central de ambulancias de Viena es una construcción maravillosa. Tiene un enorme patio interior al que dan los treinta garajes, además hay un taller y salas de guardia. Y, en el centro del patio, un espléndido pabellón con cúpula de cristal donde está alojada la centralita. Y encima de los garajes están los pisos de servicio para los conductores. En tu tiempo libre puedes mirar al patio y ver cómo tus compañeros tienen que trabajar.

Creo que el piso fue el motivo principal por el que Brenner aceptó el puesto de conductor de ambulancia sin pensárselo dos veces. No por el prestigio. Porque si a día de hoy has vivido cuarenta y siete años sin prestigio remarcable, el resto de tus años, digámoslo a las claras, el prestigio te importa una mierda.

Aunque Brenner todavía era un poco de la época en que imperaba la consigna: no pienses sólo en la jubilación; el crédito-vivienda y el seguro de vida no es lo único que cuenta. También hay que pensar un poco en el sentido no material de las cosas y tal. Sí, tú te ríes, pero en aquellos tiempos estaba de moda pensar así. Tienes que imaginártelo como cuando hoy la gente tiene unos patines, o mejor todavía, si lo comparamos con una bici de montaña. Así era antes, la gente tenía sus cosas.

Y vete tú a saber si no influyó también el hecho de que el año pasado los crucistas le salvaran la vida. Le habían rebanado el dedo meñique, el asunto hasta salió en grandes titulares. Menos mal que pudieron cosérselo, pero poco faltó para que se desangrara. Saltó en el último segundo de la pala del enterrador.

Te lo cuento para que sepas por qué tienes de repente a Brenner sentado con el uniforme de socorrista en esta sala de guardia. Está hojeando una revista del corazón porque es uno de esos días terribles en los que sencillamente no pasa nada. Al parecer, ni un solo infarto en toda la ciudad, ni un accidente, ni un suicidio, nada de nada. Y la temporada de suicidios de escolares tampoco ha comenzado de lleno, pues las notas no se entregan hasta dentro de cinco semanas.

Y para la fiesta en la Isla del Danubio aún faltan unas cuantas semanas. Para entonces medio Viena o, lo que es lo mismo, casi un millón de personas tendrán que ser ingresadas en el hospital por intoxicación alcohólica. Los socialistas en su día ya pensaron en vaciar el Danubio y llenarlo de cerveza gratuita para la fiesta, cosa que les hubiera ahorrado el montaje de las casetas. Entonces sólo hubiera hecho falta arrear a la gente hasta la orilla, pero se ve que técnicamente el plan aún no era viable.

Hoy, ni sombra de aquella diversión. En días como éstos en la central de ambulancias el tedio se hace insoportable. Diez, veinte hombres adultos pasan las horas sentados en la sala de guardia sin hacer nada, aburriéndose como ostras.

—Las coincidencias existen —murmuró un socorrista. Era Marksteiner, que señalaba la página de la revista que Brenner estaba leyendo. Éste se hizo el sueco, pero sólo logró que el otro redoblara el volumen de la voz—: Mira el reloj, Brenner.

–¿No sabes leer la hora?

Al decirlo Brenner no puede evitar mirar hacia el reloj de la pared, un reloj de cocina con esfera blanca y agujas negras que ya tendrá sus treinta añitos de permanencia en este mundo. Osea que alguien debe de haberse tomado la molestia de colgar en este nuevo y supermoderno edificio de la central de ambulancias el viejo reloj de cocina que ahora marca las doce.

–Las doce del mediodía –exclamó triunfante el socorrista Marksteiner.

–Y ¿qué?

–Y tú estás leyendo un artículo sobre Estefanía de Mónaco.

–¿Y?

–Pues que su madre actuó en *Solo ante el peligro*.

Porque cuando estás sentado sin hacer nada en una sala de guardia esperando a que se produzca una urgencia, con una coincidencia ya tienes bastante para distraerte un poco.

–Protagonista *femenina* –dijo el pequeño Berti inmiscuyéndose en la conversación. Medía un metro noventa y dos y era flaco como un lápiz, pero siempre tuvo el apodo de «el pequeño Berti».

–No iba a ser el masculino –le cortó Marksteiner poniendo fin a la conversación tan rápido como la había iniciado. Porque el pequeño Berti era un *ochomil*, o sea uno de los empleados de la Campaña Ocho Mil Puestos de Trabajo del Ministerio. Y Marksteiner no iba a permitir que un *ochomil* viniera a interrumpirlo a él, conductor profesional.

La Campaña Ocho Mil Puestos de Trabajo era también la razón por la cual el pequeño Berti sacaba a veces a Brenner de sus casillas; aunque el chico era uno de los más simpáticos. Uno que a veces incluso subía a la ambulancia sin gafas de sol. Pero no estaba contento con su trabajo y desde que había oído que Brenner había sido detective, se había aficionado a la idea de poder abrir una agencia de detectives con él.

Y hoy era uno de esos días en que existía el peligro de que el chico volviera a la carga. Porque el tiempo sencillamente no pasaba. A las doce y cuarto seguía sin ocurrir emergencia alguna. A las y media ídem.

Pongo ya se había sacado por tercera vez la cadena de oro que lucía su cuello rojo de cliente de gimnasio y hurgaba con las uñas la mugre incrustada entre los eslabones.

–Es increíble lo rápido que se ensucian los eslabones soldados en cruz –exclamó Pongo, tan enfadado como cuando tenía que enseñarle a uno de los objetores de conciencia que prestaban allí su servicio social cómo se lavaba un coche.

Pero la bronca era con su cadena de oro. A los objetores de conciencia se los habían sacado de encima hacía dos años. Desde entonces su ventaja sobre la Liga de Salvamento iba de capa caída. Así y todo, Pongo estaba contento de no tener que ver a esos cagones.

–Me pregunto de dónde viene toda esta suciedad –dijo Pongo despotricando contra su cadena de oro–. Si piensas que toda esta porquería está en el aire, y nos pasamos la vida aspirándola, ¡ya me dirás!

–Quizás no esté en el aire –dijo el pequeño Berti inmiscuyéndose en el coloquio entre Pongo y su cadena de oro.

Cuando el Ministerio suspendió la colaboración con la Cruz retirando a los objetores de conciencia y a los empleados de la Campaña Ocho Mil, algunos de éstos pasaron a formar parte de la plantilla regular. Pero claro, en el seno de la institución se les siguió llamando por siempre *ochomil*, ante lo cual el apodo de «el pequeño Berti» acabó siendo una ventaja, puesto que sus cinco compañeros ni siquiera tenían nombre, sino sólo una denominación común: *ochomil*.

A Pongo el rojo del cuello le subió hasta el cerebro, como si Berti le hubiera lanzado qué sé yo qué insulto. Porque no se te puede olvidar una cosa: Pongo llevaba ya una hora y media en la sala de guardia. Una hora y media sin ver un semáforo en rojo. Sin que los llamaran siquiera para un servicio mierdero. De modo que no era de extrañar que se le acumulara la bilis.

—¿Quién te ha ha dado vela en este entierro, mocoso? —gruñó Pongo, aunque el chico no le sacaba más de un lustro, cuando mucho—. ¿De dónde va a salir la porquería si no? ¿Acaso crees que la porquería la suda la cadenita?

—O la suda tu cuello.

Lo malo fue que los demás se rieran al unísono. Pongo, sabiendo que darse de hostias en horario de servicio estaba completamente prohibido, se limitó a colocarse de nuevo la cadenita de oro y dijo:

—Yo no me ensucio las manos con un *ochomil*.

Hubo cinco minutos de silencio en los que Brenner pudo dar un repaso a los escándalos sexuales de la casa real británica. Luego Marksteiner lo interrumpió.

—Es lo que yo siempre digo: eso les pasa por montar tanto a caballo, de ahí la rijosidad de los sangreazul.

Marksteiner tenía esa detestable costumbre. Nunca se hubiera comprado una revista con su dinero, ni que tuviera que pasar todo un día en la sala de guardia, pero en cuanto uno de los demás se ponía a leer un artículo, él no podía dejar de meter cuchara.

A la una menos cuarto Brenner cerró la revista del corazón; como a los diez minutos, cuando volvió a mirar el reloj de cocina, éste seguía marcando la misma hora. Pero no vayas a creer que se había parado. La mujer de la limpieza le daba cuerda cada mañana, de eso no cabía duda. Lo que pasaba era que el reloj interior de Brenner había petado de tanto aburrimiento.

A la una seguía sin producirse ninguna emergencia.

—Es la locura de nuestra profesión —dijo Pongo rompiendo su silencio—. Que tengamos que estar siempre fuera, en el aire contaminado, en medio del tráfico. Lo veo en mi cadena de oro. Pero ¿sabes lo que te digo? Mi nueva cadena, la que llevaba puesta ayer, ésa no se ensucia para nada. No coge la mugre.

Resulta que Pongo la semana pasada se compró una cadenita de oro que le costó tres veces más que la más cara que tenía. Es la más delgada y, sin embargo, la más cara. Y hoy es el primer día que, para variar, se ha puesto una de las viejas. De modo que, para compensar, al menos tenía que hablar de la nueva:

—Sólo se ensucian las que están soldadas en cruz. Pero no es el caso de la nueva, que está remachada a mano. Puedes colgarle un peso de quinientos kilos y no se rompe. Y

tampoco absorbe la suciedad.

–¿Entonces por qué sigues poniéndote esa baratija? –metió baza el viejo Lanz, ya sabes, el que se le adelantó dos semanas atrás al llegar al chiringuito de Rosi.

Y Pongo volvió a ponerse rojo como un semáforo.

–¡Qué baratija ni qué niño muerto! ¿Acaso te crees que voy a tirar las demás sólo porque están soldadas en cruz? La gracia está en cambiar. Como con las hembras.

El viejo Lanz se calmó enseguida, porque, claro, Pongo y la hija de Lanz... Hacía días que se venía hablando del asunto.

–Pues no. No todos los días es domingo –dijo Hansi Munz como medio en sueños–. De repente hay tanto que hacer que no das abasto y antes de que hayas limpiado el colchón de vacío de los restos de cerebro de la suicida, ya tienes que acomodar allí al del infarto.

–¿Cuándo limpias tú el colchón de vacío?

–Y otras veces –continuó Hansi Munz sin dejarse interrumpir por Pongo– ni siquiera un servicio mierdero.

Ahora deja que te explique: las salidas de emergencia con su buena dosis de adrenalina siempre son las menos. Por lo general te pasas el día haciendo viajes mierderos, o sea: depositar a una abuela en la estación de diálisis y recogerla dos horas más tarde; trasladar a un paciente del hospital Wilhelminen al de los Hermanos de la Misericordia y a otro de allí al hospital general. O transportar un contenedor con sangre de donante de la central de Donación de Sangre al hospital de traumatología. O llevar a alguien a la terapia contra el Parkinson. O a la gimnasia para la tercera edad. Porque también están los que disponen de seguro privado; con éstos puedes estar contento si no llaman a la ambulancia para que los lleve a la cafetería.

Era mucho menos frecuente oír sonar la campana que ver llegar por los aires los volantes para los viajes rutina. Eso es, *viajes rutina*, que no viajes mierderos, pues no queda muy fino. Y es que la centralita sólo hace sonar la horrenda y estridente campana para dar aviso de las salidas de emergencia, y si el júnior entonces ve que no sales corriendo, te echa una bronca de órdago.

El júnior hace ya cinco años que sustituyó a su padre en la dirección de la empresa. Ya tiene sus añitos, pero todos siguen llamándole júnior. Claro que si te pilla caminando cuando en realidad deberías ir al trote, no tardas en enterarte de quién es aquí el jefe.

Aunque una buena bronca del júnior es preferible a esta sórdida espera de que a algún ejecutivo sudoroso de esta ciudad se le acaben de fundir los plomos. Pero ya ves. Hoy ni suena la campana, ni vuelan los volantes. Lo único que hay es Estefanía de Mónaco y el palacio de Buckingham. Brenner hojeaba ya la tercera revista del corazón, y durante todo ese tiempo no había habido ni campanazos ni avisos voladores.

Pero en cambio suena la megafonía:

–Brenner, preséntese en la centralita.

Durante las horas de servicio tenían que tratarse de usted, por supuesto, sobre todo por radio, por aquello de que hay reglas internacionales y mandangas. Y, claro, era un poco como la radio.

Ser convocado a la centralita no constituía un motivo de alegría. Pues allí los compañeros eran un poco, cómo te diría, militares, más militares que en el ejército.

Pero Brenner tomó con agrado la distracción. Cuando el gordo Buttinger lo vio en la pantalla de la cámara de vigilancia, le abrió la puerta de par en par y Brenner ya oyó como le decía: «¡Brenner, cambio de conductor! El júnior necesita que el compañero Grande le haga a él de chófer».

Porque oficialmente a Pongo siempre se le llamaba Grande, y hoy a Brenner le había tocado Pongo de copiloto. Cada día un dúo diferente, de acuerdo con el principio de rotación. A veces te tocaba hacer de conductor, a veces de copiloto, una novedad instaurada por el júnior. Pero el júnior estaba prendado de Pongo y por principio no iba con otro que no fuera él. De modo que era un secreto a voces que Pongo sería el próximo en ser promocionado a la categoría de conductor de UVI móvil.

—A partir de ahora conducirá la 770. Con el socorrista Schimpl —le ordenó el gordo Buttinger y luego, cambiando de tono—: Central de ambulancias, ¿en qué puedo servirle?

Contestaba a una llamada de la línea naranja, de emergencias, al tiempo que pulsaba el timbre de la campana. Acto seguido le gritaba a Brenner a medio centímetro de la cara:

—¡Venga, Brenner, muévase, no hay tiempo que perder!

Entonces Brenner comprendió que con el cambio de conductor había pasado del puesto siete al uno en la rueda de rotación y que debía cubrir la emergencia con el nuevo socorrista que le acababan de asignar.

El otro, Schimpl, ya lo esperaba en el coche cuando por fin llegó corriendo. Temía que el hombre le echara un sermón porque era uno de esos que, sin que se lo pidan, va dando su opinión sobre todo y sobre todos. En efecto, hubo sermón, aunque no sobre la lentitud de Brenner.

Porque por radio les llegó el mensaje: «Estación Francisco José. 15 v», y Schimpl enseguida le soltó una larga y tendida explicación del problema subyacente:

—Es una locura la de vagabundos que hay en esta ciudad. Pronto ocasionarán una de cada dos salidas de ambulancia. O, lo que es lo mismo, vamos a tener que hacer de taxistas para don vagabundo. Aunque hoy en día ya no se puede decir «vagabundo», hay que decir «sin techo».

Tienes que saber que «15 v» era el código para avisar de un vagabundo inconsciente. Era el único código con letra, los demás sólo tenían cifras, porque ¿en qué lugar del mundo se ha visto que un código de radio contenga una v? Y es que «15» significa «inconsciente» y la «v» era la indicación secreta de que se trataba de un vagabundo.

En realidad, ese tipo de indicaciones están prohibidas, sólo se permite comunicar el tipo de emergencia, pero no el tipo de persona que la ha sufrido; no está bien desde el punto de vista humanitario, por la cosa internacional y tal. Por otro lado sí que representa una ayuda. Porque el conductor que ve una «v» sabe a qué atenerse. De lo contrario, cada vez que tienes un 15 te juegas el cuello por un inconsciente. Y si luego llegas al lugar y ves que sólo se trata de un vagabundo borracho, eres tú, como socorrista, el que tiene que dominarse para no dejar al otro 15 de un puntapié.

Sonará quizás brutal, pero no tienes que olvidar las secreciones que sueltas cuando vas

a cubrir una emergencia a toda pastilla con luz azul y sirena. Comenzando por la adrenalina hasta..., en fin, yo no soy médico. Sólo sé que dichas secreciones te ponen agresivo. Porque necesitas la agresión si vas como alma que lleva el diablo atravesando cruces en rojo y apartando a diestro y siniestro a coches, bicicletas y peatones.

Y si luego te encuentras con un vagabundo borracho por el cual te has jugado la vida, es lógico que se te disparen los anticuerpos.

Por eso el júnior en algún momento decidió que era mejor usar la indicación «v». Preferible que el conductor conduzca pausadamente, si se trata de un vagabundo, para que luego no se ponga agresivo. Creo que fue hace cinco o seis años, cuando sucedió lo del vagabundo con la herida en la cabeza. La noticia salió en los periódicos.

El borracho se había caído al borde de la acera y en el periódico ponía que el conductor de la ambulancia lo había tratado de aquella manera, o sea medio agredido. Es decir, de forma intencionada. Yo personalmente no puedo imaginármelo, y tampoco hay que creerse todo lo que pone en el periódico.

Pero el júnior, obvio, siempre atento a la opinión pública. Y está bien que lo esté, porque sin donaciones, apaga y vámonos. Donaciones de sangre, de órganos, de dinero, todas se necesitan. Ahora se ha inventado la «v» para el código de radio. Y tengo que decir que ha sido un invento fantástico. Dentro de cien años quizás no se sepa ya nada del júnior, salvo que fue quien inventó la «v». Porque desde entonces los conductores son mucho menos agresivos cuando tienen que transportar a un vagabundo.

Así que Schimpl ya tenía su tema nada más iniciar la salida, pues al oír la «v» sabía con quién se iban a topar.

—Te diré lo siguiente: tú dale un techo a un sin techo y verás cómo el hombre le prende fuego a la choza el primer día. ¿Por qué? Porque no aguanta tener un techo encima. A mí que no me vengán con que son pobres los sin techo. Porque antes se les decía vagabundos. Y, si me lo preguntas, te diré que ése sigue siendo el mejor nombre que se les puede dar. Porque el vagabundo lo que quiere es vagar, no dormir bajo un techo. O sea que ¿por qué no puedo llamarle vagabundo?

—Puedes hacerlo, si te apetece.

—Por eso.

Brenner tuvo por un instante la esperanza de haberle robado la energía con su comentario malhumorado. Pero se equivocaba.

—Y te digo otra cosa. Muy mal tendríamos que estar si a día de hoy uno ya no pudiera decir lo que piensa.

—Pues tú no te cortas.

—No, nunca.

Schimpl creyó que se trataba de un cumplido, de modo que volvió a la carga. Le explicó a Brenner que había diferentes tipos de vagabundos. Como si Brenner no lo supiera. Como si Brenner no tuviera que recoger cada día a unos cuantos de la calle. Pero Schimpl le hizo una clasificación detallada, como de coleccionista de mariposas. Diferenciándolos según la causa: que por condiciones familiares desfavorables, que por divorcio desfavorable, carácter desfavorable, coincidencia desfavorable.

Brenner respiró aliviado cuando divisó la estación Francisco José. Tan aliviado estaba que de repente atravesó el último cruce con el semáforo en rojo, a pesar de la «v», como esos conductores que se quedan embobados cuando el semáforo cambia a verde y luego arrancan en rojo.

–¡Ufff! –gritó, histérico, Schimpl, quien se había organizado la vida de manera tan racional que ni le pasaba por la cabeza que Brenner pudiera estrellarlo contra un camión con el consiguiente reguero de desgracias: magulladura del lóbulo occipital, luego desinhibición conductual, luego manía sexual, después divorciado como parte culpable y finalmente vagabundo. De todo se ha visto ya.

Menos mal que no quedaba tiempo para disquisiciones de esta índole.

Porque el jefe de estación ya les estaba haciendo señas. Un viejo ferroviario con los dientes como ese actor francés. Porque por lo demás, el cine francés a mí ni me lo mientes, son esas películas en las que pueden pasar diez minutos sin que nadie diga nada. Pero ese que hacía de Don Camilo era bueno y cuando se reía se le veía la dentadura de caballo.

El jefe de estación, en cambio, no se reía, sino que les preguntó con visible sorpresa:

–¿Qué hacéis vosotros aquí?

–Nos llamaron los de la consigna. Que teníais un vagabundo dentro de una taquilla.

–No, no fueron los de la consigna. Fui yo el que llamó hace ya un cuarto de hora. De un tiempo a esta parte ocurre prácticamente cada día que esos gamberros encierran a un vagabundo en una taquilla.

–¡Encerrarlo! No me hagas reír –dijo Schimpl a modo de protesta–. Si son ellos mismos los que se meten ahí dentro. Es un sitio barato para dormir.

–Pero no se encierran –le cortó el ferroviario.

–En algunos países ya han eliminado las taquillas por el peligro de bomba –dijo Schimpl haciéndose el más enterado–. Pronto también lo harán aquí porque cada taquilla habrá sido reconvertida en habitación de hotel para don vagabundo.

Brenner empezaba a sentir vergüenza ajena, de modo que le dijo al ferroviario con dentadura de Don Camilo:

–El mocoso de turno está dispuesto a gastarse veinte chelines para que un pobre desgraciado pase varias horas con un miedo de muerte.

–Por lo general, la sangre no llega al río. Uno de mis hombres lo oye golpear la puerta y lo libera. Pero el de hoy estaba ya medio muerto. Se había cagado de miedo hasta el cuello.

–¡Qué asco! –dijo Schimpl volviendo a intervenir–. ¿Y dónde está?

–Pues es por eso que estoy sorprendido.

El jefe de estación mira a Brenner con gesto un tanto aturdido. De pronto ese ferroviario con cara de caballo se ha quedado tan mudo como si estuviera actuando en una película francesa.

–¿Sorprendido? ¿A qué se refiere? –inquirió Schimpl.

–Me sorprende veros aquí. Los ligueros ya se lo llevaron hace cinco minutos.

–¿Cómo que se lo llevaron los ligueros?

–Como lo oyes. Los ligueros se lo llevaron.

–Pero ¿los llamó usted también a ellos?

–No, yo no, por eso digo.

–¿Por eso digo qué?

¿Ves lo que te digo yo siempre?: profesor o intérprete de idiomas, eso sería una buena profesión para Schimpl, pero para ser conductor de ambulancia sencillamente es demasiado nervioso.

Y más nervioso se puso cuando el ferroviario dijo:

–Yo también quedé sorprendido al verlos. Sobre todo de que llegaran cinco minutos antes que vosotros.

Y tengo que decir que Brenner también empezaba a estar algo nervioso. Porque no debes olvidar una cosa. No hay nada peor para un crucista que ver que un ligero le ha birlado el viaje en las narices.

Al acabar el turno, Brenner ya se había olvidado por completo del incidente en la estación Francisco José. No podía saber que en los próximos días seguiría dando vueltas al asunto del vagabundo birlado. Pero quizás era por una especie de presentimiento que estaba de un humor de perros esa noche en su piso.

Hasta las nueve estuvo viendo la televisión y luego se puso a rumiar. No quiero decir que se pusiera melancólico, sólo un poco de aquella manera. Como cuando su abuela le decía en tono estricto: «¡Te tengo dicho que no estés rumiando!».

Y ahora, sentado en su piso, también hubiera necesitado a alguien que lo despertara y le recordara: «¡Deja ya de rumiar!».

Lo típico de estar rumiando en serio es que lo haces sin motivo concreto. Rumias en cierta manera por el simple gusto de hacerlo. Esa noche Brenner al menos rumiaba sobre si ir o no ir a tomar una cerveza en la bodega bar de abajo.

Aunque, claro, si estás tres horas rumiando sobre un problema, a la postre casi es como rumiar en serio. Desde su piso alcanzaba a ver que en la bodega bar situada bajo la sala de guardia había luz. Cada noche se organizaban allí partidas de póquer, en las que sus compañeros a menudo apostaban cantidades que ni para qué te cuento. Tenían tan asimilado lo de correr riesgos durante las salidas de emergencia que después del trabajo seguían necesitando el chute de adrenalina.

Pero Brenner, en lugar de bajar, se puso a rumiar sobre aquella primera vez que había visto una bodega bar.

Porque no tienes que olvidar que cuando Brenner era niño no hacía mucho que había acabado la guerra. Entonces la gente podía estar contenta si tenía un techo bajo el que resguardarse. Aunque luego llegaron los años en que todos tuvieron una nueva calefacción. Y luego los años en que todos remodelaron el baño. Y luego los años en que todos se compraron muebles nuevos. Y luego los años en que todos se pusieron una nueva cocina. Y luego los años en que todo el mundo tuvo de todo.

Y luego llegó el año, me acuerdo perfectamente, 1968, en que se celebraron los Juegos Olímpicos de invierno en Grenoble. Entonces a todo el mundo le dio por instalar una sala bar en el sótano de su casa.

En las vacaciones de aquel año, Brenner ayudaba a su abuelo en la carpintería. Se dedicaron a poner enchapados de madera en los techos de al menos una decena de salas de sótano. En cierto modo cada una de esas salas era singular, y en cierto modo, todas

eran iguales: tresillo mullido con mesa baja de color negro enfrente; mueble bar abatible con luz interior, lleno de whiskys y coñacs baratos; góndola veneciana con luz fosforescente; tocadiscos con tres elepés de Elvis o uno con «Take the A Train». Además, techo de madera con iluminación indirecta. Y Brenner, claro, por entonces en una edad delicada. Porque en el invierno del 68, tenía... espera... diecisiete años cumplidos. Sólo te diré que en esas vacaciones de verano no sólo estuvo clavando clavos en los techos de las distintas salas de sótano. O sea que también hubo chicas. Pero vamos a dejarlo. Acuérdate siempre: ¡no estés rumiando!

A medianoche Brenner por fin volvió a acordarse. Pero, guiado por la mala estrella que planeaba sobre él ese día, en lugar de irse a dormir y acabar la infausta jornada, bajó a la bodega bar.

Al principio, cuando empezó a trabajar en la ambulancia, bajaba a menudo. Pero desde que la foto de Pongo y Munz había salido en el periódico de más tirada del país, los compañeros se habían vuelto un poco pesados. No quiero decir megalómanos, pero escucha lo que te digo.

Seguro que conoces esas fotos de los periódicos donde la gente aparece señalando en una dirección. Pongamos por caso que alguien ha rescatado a un niño de las agitadas aguas de un torrente. Llega el fotógrafo de prensa y le dice al intrépido: «Colócate ahí y señala hacia el río». Y el pie de foto rezará: «El intrépido salvador de la criatura señala el torrente de donde la rescató». O alguien ha visto un ovni y aparece señalando el sitio donde lo vio. O te han entrado a robar y apuntas al lugar vacío donde tenías tu pantalla gigante.

No se me ocurren más ejemplos, pero supongo que ya te haces una idea. Pues fue exactamente así como Pongo y Hansi Munz señalaban en el periódico el chiringuito del hospital general, ante el cual el jefe del Banco de Sangre de Viena había sido asesinado de forma tan pérfida que su novia Irmi la palmó junto a él.

«Un segundo después llegó la ambulancia: demasiado tarde», rezaba el titular y el pie de foto decía: «Los socorristas Grande y Munz señalan el lugar donde Leo Stenzl y su amante fueron abatidos de un disparo».

Cuando uno lee ese tipo de noticias en los periódicos se siente impresionado de ver la de cosas que pasan en el mundo, pero no piensa lo que una foto así puede ocasionar en la vida de un hombre como Pongo.

Éste cambió inmediatamente sus gafas Ray-Ban por unas con cristal espejo: «Para que las fans no me saquen a empellones de la ambulancia», iba diciendo a troche y moche. O: «Para que las cachondas enfermeras de Urgencias no se me echen encima antes de meter al paciente en el ascensor».

Pero daba igual lo que dijera, el caso es que desde que su foto apareciera en los periódicos el volumen de su voz se había redoblado. Y eso que antes no era de los que hablaba bajito.

Dirás que a lo mejor Brenner estaba celoso de la fama de Pongo. Pero te diré que en su caso más vale que te ahorres la psicología y se la apliques a otro.

Cuando Brenner, poco antes de la medianoche, abrió la puerta de la bodega bar, casi se

arrepintió de haber bajado. Pues el tufo que allí se respiraba era fino. Increíble la peste que puede generar media docena de socorristas.

Pero el tufo no sólo se debía al tabaco, aunque allí se fumaba como si aquello fuera el lavabo de un colegio. Tampoco se debía a los vapores de la cerveza, aunque las tres mesas estaban repletas de botellas de cerveza vacías o a medio vaciar. Sucedió que la bodega bar resultaba pequeña para la central de ambulancias. Dos grupos de póquer de tamaño mediano y ya estaba llena. Y seis hombres fumando y siete bebiendo durante horas (porque Hansi Munz no fumaba) bastaban para atufar el ambiente.

Y por si no bastaba, había allí otros efluvios.

¿Lo ves? Antes no se sabía, pero hoy sí se sabe. Lo de las hormonas. Lo sexual. Hay una hormona especial para eso, la naturaleza nos ha dotado de ella, lo cual, en principio, no tiene nada de malo. Los hombres tienen la suya propia y las mujeres también.

La de los hombres se llama testosterona, o sea un término técnico, pero los socorristas ya estaban familiarizados con la jerga. Por los cursos, los entrenamientos y demás. Pero en realidad todos esos conocimientos específicos no hubieran sido necesarios; cualquiera que hubiese entrado en la bodega bar en ese momento habría tenido que hacer un esfuerzo para no desmayarse. Porque el aire estaba tan cargado de testosterona que casi no se movía.

Pero volvamos a la ciencia: cuando el hombre está en la onda sexual, su cuerpo secreta testosterona. Y si son siete varones los que están igual (porque Hansi Munz no fuma, pero testosterona sí que genera) y el espacio donde se encuentran es tan pequeño como la bodega bar, el olor que allí se fragua no tiene nombre.

Pero a qué viene tanto olor, te estarás preguntando.

He dicho que seis hombres fumaban y uno no. Pero primero voy a hablar de las mujeres. Porque también había. Una sola. La hija del viejo Lanz. Estaba sentada en medio de los socorristas y se le notaba enseguida que llevaba ya unas cuantas cervezas entre pecho y espalda.

Angelika, que así se llamaba, vivía aún con su padre, aunque iba ya camino de los veinticinco, pero la madre había muerto cuando ella tenía dieciséis y desde entonces le llevaba un poco la casa al padre.

Pero no creas que Angelika era una tristonera. Todo lo contrario. Porque era la única mujer joven y soltera que vivía en la central de ambulancias. Y a su alrededor la tira de hombres jóvenes, deportistas, en uniforme y lo que quieras. Y Angelika, claro, a veces sentía curiosidad por saber qué había debajo del uniforme.

Pero el ser humano es como es. Aprecia más lo lejano que lo cercano. Y Angelika, tras haber catado uno a uno a los crucistas durante años, va y se enamora de verdad. Y precisamente del jefe de los ligeros.

No te cuento el revuelo que se armó entre los crucistas, aunque antes de que corriera la voz, el rollo entre Angelika y el ligero ya se había acabado. De manera que al menos no tuvo que abandonar el piso donde vivía, en el Servicio de Ambulancias de la Cruz.

Durante varios meses Angelika andaba con una cara como si se le hubiera escapado quién sabe qué buen partido. Pero hacía unos días había estado conversando durante

hora y media con Pongo en el patio y ahora volvía por primera vez a la bodega bar.

Su cabello, oxigenado y estropeado por el peluquero, recobraba vitalidad, no sé si por ser la hora de los espectros, por la iluminación indirecta, las hormonas o porque Pongo le daba fuego con su encendedor Zippo.

–¡Aspira! –le gritó éste acercándole la enorme llama que bastaba para hacer saltar por los aires la melena de la muchacha, seca como la paja –. ¡Tienes que aspirar, Angelika, no soplar!

Angelika sabía que tenía que aspirar para encender un cigarrillo, al fin y al cabo llevaba fumando diez años como una carretera. Y la siguiente comparación de Pongo también la había oído ya cien veces:

–Que soplar se soplan las velas, no los pitillos.

Ella dio una calada profunda poniendo la punta del cigarrillo al rojo vivo, como un cohete de feria.

–Hay que aspirar, no soplar, Angelika –dijo Pongo de nuevo, pero esta vez en un tono irritantemente bajo.

–Por supuesto –contestó Angelika bajando también la voz y sirviéndose un poco más de cerveza en su vaso medio lleno.

–¿Por supuesto qué? –preguntó Pongo–. ¿Me das uno?

–Por supuesto.

Angelika le tendió su paquete de Kim. Pongo miró a su alrededor esbozando una sonrisa, mientras cogía uno de esos cigarrillos de tía pija. Luego puso su encendedor Zippo sobre la mesa delante de Angelika y le dijo:

–¿Me das fuego?

–Por supuesto.

Angelika cogió el encendedor con cautela para no romperse las uñas de varios centímetros de largo y, ofreciéndole a Pongo el fuego de su propio mechero, dijo:

–¡Aspira, Pongo, no soples!

–¿Me la soplas tú? –preguntó Pongo.

Palabras van, palabras vienen. Además, alcohol de por medio, conocido es su poder desinhibidor. Total, que al día siguiente a menudo te arrepientes y no quieres que te recuerden lo sucedido.

Sin embargo, al día siguiente Brenner se acordaba de todo con pelos y señales. De cómo Angelika le tomó la palabra a Pongo y allí mismo, ante todo el equipo de socorristas, o sea ante esa horda de gritones, compañeros de su padre, que la animaban como a un delantero de fútbol, lo puso al rojo vivo.

No sé si al día siguiente Angelika se acordaría o arrepentiría. Al fin y al cabo vivía bajo el mismo techo con todos esos hombres que por cinco minutos convirtieron la bodega bar en un auténtico aquelarre.

Lo único que sé es que Pongo seguro que no lamentaba lo sucedido, pues al día siguiente era el gran héroe de la película. Hecho unas pascuas, repasaba el episodio con unos cuantos compañeros en la sala de guardia.

Cuando después entró el viejo Lanz, todos guardaron silencio. Pero luego Lanz

encendió un cigarro.

Y claro, Pongo va y le dice:

–¡Aspira, hombre, no soples!

Los otros se echaron a reír a carcajada limpia, de tal forma que dirías que la represión de varios milenios estallaba de repente en este puñado de conductores de ambulancia; tanto los había divertido la ocurrencia de Pongo.

A Lanz la cabeza se le puso tan roja como se le había puesto a Pongo el día anterior, mientras Angelika le enseñaba a fumar.

Y cuando también Hansi Munz y los demás se atrevieron a soltar alusiones cada vez más directas a la magnífica hazaña realizada por una Angelika ética en la persona de Pongo, Lanz simplemente abandonó la sala y se fue a acabar el cigarrillo fuera, en el patio. Pero antes de que pudiera ponerse a recaudo, Munz rápidamente le hizo el cálculo a Pongo:

–A una profesional le hubieras tenido que soltar al menos tres mil chelines.

–¡Por lo menos! –gritó Pongo–. Y no le hubiera salido tan bien como a la Lanz.

Diecinueve años había estado Brenner en la policía. Y ahí, claro, en ese sentido estás curado de espantos; las cosas como son. Pues a menudo resulta cierto el viejo dicho de que en caso de violación no llames al madero, que ya está en ello.

Bueno, no es que sea propiamente un dicho, sino una frase jocosa que se decía a veces entre policías. Y no tengo idea de si sigue diciéndose porque, como es sabido, los viejos dichos caen en el olvido. El mundo es así y no hay que ser anticuado e ir siempre de pesimista por la vida.

Aunque, claro, en todo dicho hay un fondo de verdad. Y sé de unos cuantos casos que prefiero no comentar. Porque es mejor tanto para tu protección como para la mía. Así y todo hay que decir que, comparados con los de la ambulancia, los compañeros de la policía resultaban ser unos buenos samaritanos.

Brenner, sin embargo, no tenía tiempo para estar dándole vueltas a estos pensamientos. Había sonado la campana, y él, venga, al trote, pasando por delante de Lanz, que acababa de apagar su cigarrillo sobre el alféizar de la ventana. Señal de que el viejo Lanz no estaba nada bien. Porque por algún motivo los alféizares para el júnior son sagrados. Y si llega a ver la escena, ni te cuento la que se arma.

Al correr, Brenner notó que las copas de la noche anterior aún le pesaban en el estómago. Pero como dice el refrán: «A lo hecho pecho» y «Adelante con los faroles»; o sea con los faros de la 770. ¡Y ojo!, no vayas a vomitar en tu propia ambulancia. Encender, dar gas y avisar a la centralita por radio:

–Saliendo 770.

–Entendido, 770. Cubra emergencia Urbanización Per-Albin-Hansson 14. Traslado de un pequeño al hospital oftalmológico. Pegamento extrafuerte Loctite.

–Entendido.

El compañero de Brenner ese día era Hansi Munz. Y el que habla por radio es, claro, el copiloto.

–¿Qué? ¿Cansado, compañero? –dijo con sorna el gordo Buttinger a través del aparato

de radio. Porque sabía que tanto Brenner como Munz habían estado la noche anterior en la bodega bar.

–¡Vete a la mierda! –respondió Munz, pero, obvio, lo dijo con el micrófono ya apagado.

Nada más depositar a la criatura con los ojos embadurnados de pegamento en el hospital, entró el aviso de la siguiente emergencia, una paciente de diálisis. Le siguió un shock insulínico y después un motorista, y cuando regresaron por primera vez en todo el día a la central eran las cuatro de la tarde.

Pero algunos de los compañeros que había en la sala de guardia ya no estaban tan animados como en las horas de la mañana. Pues el júnior había ido llamando uno a uno a todos los participantes de la velada de la noche anterior, a su oficina y enseguida le tocaba el turno a Munz.

Mientras Brenner esperaba fuera, en el pasillo, a que le llamasen, se le acercó el pequeño Berti y le dijo sonriendo:

–Tú también estabas anoche, ¿verdad?

–¿Qué es esto, una guardería? ¿Acaso hay que dar explicaciones por toda pequeña orgía que se monte?

–Al júnior, en todo caso, podría medírsele con cualquier señorita de guardería. Después de hablar con él, todos han salido muy callados y metidos en cintura.

–¿Pongo también?

–Cuando Pongo estaba en el despacho del júnior, éste gritaba de tal forma que los que esperábamos en la sala de guardia llegamos a oír cada palabra.

–¿Todo por Angelika? ¿Desde cuándo le ha dado al júnior por ser tan moralista?

–No tanto por Angelika. Más por Pongo mismo, al que, según él, se le están subiendo los humos.

–¿Ahora se da cuenta?

–Desde que salió en el periódico no hay quién pare a Pongo. Unas enfermeras de Geriátría se han quejado de él.

–¿Ya mete mano también en Geriátría?

–Las enfermeras allí son bastante jóvenes.

En ese mismo momento se oyó por el altavoz: «Socorrista Brenner, haga el favor de presentarse en el despacho del jefe».

Munz le salió al encuentro en la escalera.

–Prepárate –le dijo con voz temblorosa, a modo de viático para el camino.

Pero cuando Brenner entró en el despacho del jefe, tremenda sorpresa.

El júnior no le soltó regañina alguna. Todo lo contrario. Le ofreció cortésmente una silla, y hubieras pensado que Brenner era uno de los cinco galardonados con la medalla de oro al donante. Porque la de plata es para una ambulancia, pero la de oro se la lleva una UVI móvil y cuando sabes que ésta no es otra cosa que un quirófano ambulante, comprendes por qué los donantes vivos se cuentan con los dedos de una mano.

Detrás del júnior colgaban una serie de fotos enmarcadas en las que aparecía su padre acompañado de diversas personalidades. El viejo ya había muerto hacía tres años, pero

probablemente al júnior le hubiera parecido una falta de respeto quitar esas fotos y sustituirlas por fotos propias.

Una de ellas incluso mostraba al papa durante su visita a Viena hacía unos años, cuando bendijo las ambulancias. Tenía un poco de polvo en los labios, pero no por haber besado el suelo del aeropuerto de la ciudad, sino porque no habían limpiado el cristal del marco como Dios manda. Lo notabas en que el hombre que estaba a su lado también tenía polvo en la cara. Pero con polvo o sin él, una sonrisa de satisfacción como la del jefe de los crucistas durante la bendición papal no la has visto tú en tu vida.

Por lo que contaban los compañeros más veteranos y la señora Aigner del departamento de contabilidad, Brenner sabía que el viejo había sido de los de pura cepa. A ver cómo te lo explico. Tienes que imaginártelo un poco como uno de esos japoneses perdidos en la selva que cincuenta años después seguían sin asumir que la Segunda Guerra Mundial había terminado. Así mantenía el viejo el régimen militar en el servicio de ambulancias. Llamada a revista, voz de mando y cosas por el estilo. Y si no llevabas calcetines negros con el uniforme, pena de muerte.

Era una expresión que usaban los conductores cuando se les penalizaba mandándolos una semana a la provincia a cubrir el servicio de donaciones de sangre. Hoy ese castigo sólo te cae por faltas graves como la del jefe del taller, que hace unas semanas no advirtió que la 590 tenía el tubo de escape roto y luego los gases penetraron en la cabina del paciente. O el accidente por alcohol al volante de hace dos años, cuando Hansi Munz no cerró bien la puerta corrediza y al entrar en la autopista perdió la silla de ruedas, es decir, la silla y al paciente, pero con la cogorza que llevaba encima no se dio cuenta y siguió su marcha. El paciente, menos mal, muerto en el acto, pero Hansi Munz fue derecho a la provincia, al Waldviertel, a recibir donaciones de sangre. Pero lo dicho: con el viejo esto ya te lo ganabas por llevar calcetines de color claro.

En lo físico el júnior era calcado al viejo. Sólo que éste no tenía bigote. El del júnior era una cuña tan afilada que hubieras podido usarlo como abridor de botellas de cerveza.

Uno pensaría que a un ex policía como Brenner no le llamaba demasiado la atención un bigote de madero como éste, pero, por la similitud de las dos caras, la cuña de mostacho del júnior le pareció como pegada sobre el labio superior. Y cuando un bigote te parece como pegado, pronto también el carácter de la persona se te antoja un pelín postizo. Me refiero a su pose de jefe.

Y Brenner haciendo ahora de psicólogo de su superior: voz demasiado segura, mirada demasiado rígida y el paso pasándose de marcial. Y por lo demás, obvio, la cara dura del chorizo que saca tajada en el servicio de ambulancias.

Pero supongo que Brenner, con su ventolera de hacerse el psicólogo, lo único que pretendía era infundirse un poco de ánimo. Porque con el viejo de las fotos no se metió. Aunque hay que reconocer que éste, visto al lado del papa, parecía más papista que él.

Incluso junto al alcalde de Viena tenía un buen porte. No me refiero al de ahora, que junto a ése, cualquiera. Me refiero al anterior, el de esa mujer que... tú ya me entiendes. De cuando las putas del parque del Prater se disfrazaban de alcaldesa.

El júnior notó que Brenner miraba las fotos y enseguida comentó:

–Como asociación sin ánimo de lucro estamos permanentemente en el punto de mira de la opinión pública. Simplemente no podemos permitirnos semejantes deslices.

Brenner se limitó a asentir con la cabeza. Pensaba que el júnior aludía al asunto en la bodega bar.

–Suficientes problemas tenemos ya –continuó diciendo de una manera como si con este plural se refiriera a que Brenner y él estaban de un lado y el problema, o sea los demás, del otro. Hablaba levantando entre frase y frase la vista hacia el cielo raso; una costumbre extraña que había adoptado de su padre, como le contó a Brenner la señora Aigner del departamento de contabilidad.

Pero ¿lo ves? En estos asuntos los detalles son de una importancia crucial. Puede que al viejo el gesto le confiriera aires de hombre de Estado. Brenner se lo imaginó con las manos abiertas que sólo se tocaban por las yemas de los dedos y como si leyera ese mensaje venido del cielo en el más puro estilo presidencial.

En el júnior, en cambio, el gesto producía el efecto contrario. Porque el aspecto de piloto de cazabombardero, bien entrenado y con bigote, sólo le duraba mientras te miraba desde abajo, con la cabeza gacha. Con ese bigote cuneiforme de madero, sin embargo, a la que levantas la cabeza tu interlocutor ve la parte inferior del bigote. Y en lugar de una arista afilada, lo que ve son miles de puntas de pelo que parecen una escoba. Y claro, visto desde abajo, el bigote siempre es un signo de debilidad.

–¿Se toma un coñac conmigo?

–Todavía tengo que conducir.

Porque primero, Brenner nunca bebía coñac, y segundo, claro, era una pregunta capciosa.

–Hoy no hará muchos viajes más –dijo el júnior echando un vistazo a su reloj de piloto y sacando como por ensalmo dos copitas y una botella de coñac de su escritorio. Luego sirvió y le tendió la copa a Brenner para brindar–: ¡Salud!

¡Recórcholis y recontrarrecórcholis! No hay cosa peor que pueda sucederte que tu jefe quiera hermanarse contigo. Y tú sabes perfectamente que con ello persigue algo, pero te considera demasiado imbécil como para notarlo.

–He oído que ayer un ligero se le adelantó y le birló a un inconsciente en las narices.

–Por lo de la «v» no hicimos salida de emergencia. Y cuando llegamos, ya no estaba.

–Usted no tiene la culpa –interrumpió el júnior la justificación de Brenner–. Pero la cosa con la Liga se está poniendo cada vez más fea.

–Sí, he oído que ha sucedido más de una vez.

–En efecto, cada vez es más frecuente que nos quiten a un herido en la calle. Son métodos de carroñeros.

Brenner no hizo ningún comentario al respecto.

–Ahora se lo pregunto a usted, ¿cómo puede ser esto posible?

El júnior miró hacia el cielo esperando su respuesta. Pero el cielo no dijo nada. Y Brenner tampoco dijo nada.

–No lo quiere decir, pero sabe perfectamente que sólo hay una respuesta. Usted antes era detective, ¿no?

Brenner volvió a no decir nada.

–La Liga escucha nuestros mensajes de radio –dijo el júnior respondiendo por él con la frente terriblemente arrugada.

Ahora Brenner tenía la sensación de tener que decir algo. Pero en el instante siguiente se le apareció la imagen de su profesor de latín de secundaria. Si tacuisses, *philosophus mansisses!*, gritaba el profesor cada dos por tres. O lo que es lo mismo: en boca cerrada no entran moscas. Porque ése había tenido un buen puesto en la Gestapo y luego quedó relegado a profesor de latín, de modo que pregonaba el silencio vociferando de tal manera que hacía temblar los cristales.

Pero para entonces Brenner ya lo había dicho. O sea ya se le había escapado. Tres veces había callado ateniéndose al refrán. Pero a la cuarta el júnior logró sacarlo de quicio con su historia de la radio y dijo:

–¿Hay pruebas?

¿Y ves lo que te digo? Nunca hay que subestimar un signo de debilidad. Porque el júnior miró hacia el cielo y dijo con una simpática sonrisita de bigote:

–Quiero que usted me las proporcione, Brenner.

Al día siguiente Brenner andaba de un humor de perros tal, que a día de hoy me sigue alegrando que fuera Czerny el que pagara el pato. Czerny era famoso por su mostacho, que más bien tenía la pinta de un cepillo de dientes color gulash, e ironía del destino: con todo y el cepillo de dientes en la cara, un mal aliento del carajo. Y lo creas o no: el olor aún era lo más simpático en él.

Porque Czerny no tenía más que un tema de conversación, que no era otro que el dinero. Si hablabas con él más de cinco minutos, seguro que ya te estaba convenciendo de contratar un seguro o una suscripción. Lo único que no hacía era jugar al póquer, ya que tenía este lema: multiplicar el dinero de forma inteligente, sí; los juegos de azar, no.

De todas maneras, ese día habría sido imposible conversar con Brenner, aunque sólo fueran cinco minutos. Estaba de tan mala uva que durante toda la primera hora Czerny ni siquiera intentó sacarle palabra. Esos buitres del dinero son a menudo las personas más sensibles. Pues para saber cómo puedes desollar vivo a alguien lo mejor es, obvio, meterte un poco en su propia piel.

Tampoco vivía en la central de ambulancias porque tenía su propia casa en la mejor zona de Doblin, la de las mansiones. Se la había alquilado una paciente de diálisis por la simbólica suma de un chelín. Los pacientes de diálisis tienen que estar yendo constantemente al hospital, de modo que como conductor de ambulancia automáticamente intimas con ellos. Y cuando Czerny se enteró de que la vieja doctora Kaspar poseía varias casas, empezó a desplegar un encanto de me quito el sombrero. La paciente ni siquiera llegó a rechazar un riñón de donante cuando ya se había quedado sin su mansión.

–Hoy no hay quien te saque ni una palabra –terminó por decir Czerny en algún momento.

–¿Ni una palabra? –respondió Brenner.

Unos minutos más tarde, esperando de nuevo ante el edificio en obras de los Hermanos de la Misericordia, Czerny va y dice:

–Al menos han sido tres.

–¿Tres qué?

–Tres palabras, las que has dicho.

–¿Cuándo he dicho tres palabras?

–Antes. Cuando dijiste: «Ni una palabra». Son tres palabras, algo es algo –le dijo el

cuentagarbanzos de Czerny haciéndole la cuenta—. Con lo cual no se puede decir que no hay quien te saque palabra.

—Estás hecho un pequeño filósofo —dijo Brenner con mala leche.

—Y tú un malas pulgas. Seguro que el júnior ayer te puso de vuelta y media.

Dentro de lo equivocado que estaba Czerny había dado en el clavo con lo de que el júnior era el causante del mal humor de Brenner. Porque antes Brenner estaba tan contento de haber encontrado por fin una profesión como corresponde. Con un sueldo fijo, una vivienda, una jubilación y todas las de la ley. Pero a la que te descuidas, el pasado ya te está pisando los talones.

Motivo de por sí suficiente para estar de un humor de perros. El tener que volver a hacer de detective para su jefe. Tener que hurgar en los trapos sucios de la gente. Aunque los trapos sucios serían lo de menos. Lo peor para él siempre había sido la parafernalia técnica. Estando en la policía la radiofonía nunca había sido lo suyo. Siempre esas voces y demás mandangas. Brenner ni siquiera sabía cómo se escuchan los radiomensajes, y menos aún cómo hacer para escucharlos en secreto y descubrir si los ligeros les pinchaban las comunicaciones.

Escuchar en secreto a otro que escucha en secreto ya es de por sí perverso. Si hay que ponerse a la escucha, al menos que sea para escuchar lo que otros hablan y no lo que escuchan en secreto. Espiar lo que otros espían es algo tan absolutamente equivocado como mirarse en un espejo que da a un espejo. Seguro que conoces ese juego. Una tormenta de miles de imágenes reflejadas se te echan encima hasta que dejas de reconocerte.

Es casi como cuando reflexionas sobre el pensar. Intenta por una vez pensar mientras piensas en el pensar. ¿Lo ves? La ensalada de ganglios está servida antes de que la pienses.

He oído decir que ni los médicos del cerebro más inteligentes saben cómo piensan. Por eso no te puedo dar una explicación que tenga validez universal. Pero sí te puedo explicar cómo funciona la cosa en Brenner, porque Brenner tiene su propio método. Ni siquiera necesito recurrir a latinismos médicos para poder explicártelo. Pues para ese método existe una palabra muy sencilla. Y esa palabra es genio.

Porque cuando Brenner tiene un problema que no puede resolver, se pone de un genio que no hay quien le tosa encima.

—¿Qué te parece a ti que el júnior no nos permita instalar caja de cambios automática? —dijo Czerny tratando de despejar el ambiente.

Pero Brenner ni mu. Incluso sacó un chicle de la guantera, cosa que nunca hacía. Pero hoy sí, como para no dejar lugar a dudas: no puedo hablar porque necesito la boca para masticar.

—La semana pasada transporté a un paciente de primera a Múnich —dijo Czerny aguantando todavía el pulso—. Diez horas de autopista. No veas tú lo cargado que llegas a tener el pie derecho. En casos así, una caja de cambios automática sería la gloria.

Brenner masticaba el chicle con tanto ímpetu que hubieras pensado que la dinamo se había estropeado y él, con sus músculos de la masticación, tenía que generar energía

eléctrica de emergencia.

—Cuando examino mis zapatos, el derecho siempre está más gastado de tanto darle al acelerador. Con una caja de cambios automática el problema se acabaría de inmediato. Cuando puedas, mira cómo tienes los zapatos.

En los años de vida que Brenner lleva a cuestas, a más de uno ha logrado crisparle los nervios con sus ataques de mal genio. Pero la otra cara de la moneda es que cuánto más mal genio le causa un problema, más se obstina en solucionarlo.

Por eso digo «generar energía eléctrica de emergencia». Tienes que imaginártelo como en un hospital donde se va la luz. Disponen, naturalmente, de un grupo electrógeno de emergencia con el cual pueden seguir alimentando los aparatos más importantes. Porque se va la luz en mitad de una operación y adiós muy buenas. Y Brenner, echando mano de una energía de este tipo, seguía realizando su trabajo junto a Czerny con absoluta normalidad. No dejó caer a ningún paciente al suelo, no intubó a ninguno por la tráquea, ni atropelló a nadie.

Pero lo dicho, energía de emergencia, no energía de circuito principal. Ahora la gran pregunta es: ¿adónde va la energía del circuito principal cuando se va la luz? No desaparece, en alguna parte tiene que estar. ¿Qué estuvo haciendo el cerebro de Brenner todo ese tiempo mientras él lidiaba con el electrógeno de emergencia de su mal genio?

No vayas tú a creer que esa potente energía liberada se traduce en un esfuerzo de máxima concentración. Porque mal conocerías a Brenner si lo pensaras. Otro tan incapaz de concentrarse como él no es fácil de encontrar. A veces hasta a él casi se le antojaba como una enfermedad. Cuanto más importante era un problema, más distraído estaba. Era eso lo que le hacía la vida difícil en la policía. Porque para un impulso de desconcentración necesitas, claro, mucha más energía que para una dosis de concentración reducida.

Ahora mismo Brenner pensaba en mil y una cosas, o sea en todo menos en cómo solucionar el problema de la radiotelefonía de la Liga. Pero escucha lo que te digo para que entiendas por qué fue precisamente la desconcentración la que llevó a Brenner a atrapar a los delincuentes.

Porque a las cuatro y media seguía sin haber dedicado un solo pensamiento al asunto de la radiotelefonía de la Liga. Había pensado, entre otras miles de cosas, en la foto del papa que había visto en el despacho del júnior. En la cantidad de polvo que había en sus labios. Y en uno de los consabidos chistes de Hansi Munz, que decía que el papa había participado en un programa de concursos de la tele apostando a que era capaz de distinguir, por el sabor, todas las pistas de aterrizaje de los aeropuertos del mundo.

En su impulso de desconcentración Brenner recordó que, estando en la policía, una vez detuvieron a un mirón. El tipo era de Viena, pero lo cogieron en su huida hacia Italia, en el Tirol, poco antes de llegar a la frontera. Al saber que la policía había descubierto sus instalaciones de espionaje había querido poner pies en polvorosa. Y no lo creerás, pero vivía en un bloque con más de cien apartamentos y los tenía todos interceptados. Y en la Brigada Criminal los agentes comentaban que el tipo, un tal Oswald, habría podido participar en aquel concurso apostando a que reconocería, por los gemidos, a cada una

de las mujeres del bloque donde vivía.

Oswald se llamaba, y ¿ves a lo que me refería con lo del impulso de desconcentración? ¿Ves cómo doce años después el nombre de aquel mirón asoma al cerebro de Brenner?

–Tengo que pasar un momento por correos –dijo Brenner a su compañero conductor poco después de las cuatro y media.

–¿Tienes que hacer un giro?

Increíble este Czerny. No tiene otra cosa en la mente que el dinero. Pero el malhumor de Brenner se había esfumado por completo. Ya no lo necesitaba, por aquello que te decía antes de la energía de emergencia. Problema resuelto. Por consiguiente, fuera el malhumor. Era un auténtico automatismo en Brenner.

Czerny esperaba en el coche y a los pocos minutos de salir de la oficina principal de correos Brenner le dijo a su compañero conductor:

–Volvamos a la central.

–¿Volver? Pero si aún tenemos para tres viajes antes de que sea hora de volver. Si es que tenemos suerte y no nos caen más.

–¡770, vuelva a la central! –se oyó en ese mismo momento por el aparato de radio y Czerny puso cara de imbécil. No podía saber que Brenner había recibido un encargo especial del júnior, y menos que acababa de llamar desde correos al gordo Buttinger a la centralita.

Dirás que más fácil hubiera sido llamarlo desde la ambulancia, por el radioteléfono. Pero se te olvida que entonces todos lo habrían oído, incluso los de la Liga. Y ¿lo ves? Ésos son los pequeños detalles que hacen al detective. Acude a una cabina telefónica con olor a mil demonios, mientras cualquiera de nosotros hubiera preferido farolear un poco y habría llamado al gordo Buttinger por radioteléfono haciéndose el importante.

Luego, desde su piso, Brenner pasó una hora larga hablando por teléfono y a las ocho y media ya estaba sentado en el café Augarten.

A las nueve menos cuarto llegó el señor Oswald. Con el elegante traje que llevaba, Brenner al comienzo no lo reconoció. Porque en esos doce años el señor Oswald había envejecido treinta.

Se debía sobre todo al pelo blanco. Mirándolo más de cerca, te dabas cuenta de que no era tan viejo. Y al darle la mano, Brenner se percató de que, teniéndolo de cara, Oswald no parecía viejo contra natura, sino contra natura ñoño.

Porque si hoy en día tienes el hobby del voyeurismo, quiere decir que eres más bien de los sensibleros.

De modo que a Brenner no le extrañó en absoluto que el señor Oswald le leyera los pensamientos.

–Soy un hombre mayor –fue lo primero que dijo.

–¿Qué edad tiene?

–Cincuenta y uno.

–A esa edad no se es mayor –dijo Brenner con gesto displicente, como si le faltaran décadas para cumplir los cincuenta.

–No me supone un problema –dijo, susceptible, el señor Oswald esbozando una

sonrisa—. Los problemas los tuve en la juventud. Usted me entiende.

—Yo tampoco quisiera volver a ser joven —afirmó Brenner.

El señor Oswald pidió un agua mineral. Este elegante caballero encajaba en la cutrería de aquel café de barrio como la prueba material, tragada por el delincuente, encaja en la flora intestinal.

—A mi vida, gracias a Dios, ha vuelto la calma. Llevo nueve años casado. Y desde el desliz de juventud por el que usted me conoció ha pasado incluso más tiempo.

«Desliz de juventud por el que usted me conoció.» La manera enrevesada en que se expresó el viejo mirón casi hace reír a Brenner.

—¿Lo llevaron a la cárcel por aquello?

—Me impusieron libertad condicional. No por el delito en el que incurrí —dijo el señor Oswald en un alemán culto que rechinaba—. Sino por mi resistencia a la... Usted me entiende, por el incidente durante la detención.

Brenner recordaba ahora que en el paso de Resia doblégó al señor Oswald rompiéndole dos incisivos con su pistola reglamentaria.

—Ya le he dicho al teléfono lo que necesito de usted. Usted es el mayor especialista en escuchas que conozco y.

—Y yo le dije al teléfono que hace doce años que ya no tengo nada que ver con esos asuntos.

Al decirlo, el elegante caballero de cabeza plateada pareció perder un poco el equilibrio. No quiero decir que perdiera los papeles, pero su cara cambió ligeramente de color y, al interrumpir a Brenner, su voz adquirió cierta brusquedad. Casi se diría que ese elegante caballero se dejó contagiar un poco por la mugre que campaba en aquel lugar. Como si la flora intestinal empezara a atacar aquella prueba fotográfica tragada por el delincuente.

Pero enseguida agua mineral y vuelta a la tranquilidad. Durante unos instantes Brenner no respondió, sencillamente esperó a que el ambiente del café Augarten comenzara a surtir efecto.

Aparte de ellos dos, sólo estaban en el local el camarero y una cliente en chándal que manipulaba la máquina tragaperras. A pesar de la casi total ausencia de público, olía tanto a humo de tabaco que Brenner por un momento pensó que el almibarado cantante italiano sonaba aquí más ronco que de costumbre y que estaba a punto de tener un acceso de tos.

—Accedí a encontrarme con usted únicamente porque no quería ventilar el asunto al teléfono con mi mujer al lado.

—¿Es que ella no sabe nada del desliz de los años de juventud por el cual nos conocimos?

Al señor Oswald la broma de mal gusto de Brenner sólo le mereció una melancólica sacudida de cabeza.

—Su mujer no se enterará de nada.

—Claro que no. Porque no habrá más contacto entre usted y yo. Porque no puedo ayudarle, aunque quisiera. Ni siquiera sabría de dónde sacar los aparatos. Ya no tengo nada.

El italiano, candidato a cáncer de garganta, ya desgranaba la siguiente balada, combatiendo con valentía el acceso de tos.

Sabiendo lo susceptible que era el señor Oswald, Brenner no tuvo más remedio que pisarle un poco los callos. Y dijo:

–La prueba que aquella vez se tragó en el paso de Resia...

De repente, el alto y delgado caballero pareció encoger una cabeza.

–O sea que usted está al tanto –dijo.

Amore, amore... Curioso que los italianos tengan, todos, unas voces tan buenas.

–Hace un rato hablé por teléfono con Riedl.

–Entonces lo sabe.

Y ¿ves lo que te digo? Saber usar correctamente el teléfono es lo que a menudo distingue al buen detective. Porque en el par de horas que le sobraron de las cinco a las ocho, Brenner no sólo habló con Oswald, sino también con su ex compañero Riedl, que fue quien inmovilizó a Oswald aquella vez en el Tirol mientras Brenner intentaba evitar que se tragara la foto probatoria. Riedl seguía en la policía y le hizo a Brenner el favor de echar una miradita al expediente, mejor dicho, al ordenador.

Brenner no tuvo necesidad de detallarle a Oswald los pormenores. Es decir, el hecho de que la foto probatoria que éste se tragó con la ayuda de sus dos incisivos hubiera sido sacada a la luz en estado semidigerido por el médico de la policía. Y que, en virtud de dicha prueba, al señor Oswald habrían podido caerle al menos dos años de prisión. si no hubiera aceptado trabajar de confidente para la fuerza pública.

Porque una cosa es hacer unas simpáticas fotos de coleccionista en calidad de mirón y otra bien distinta es hacerlas convirtiéndote en mudo testigo de un crimen. Mudo, porque la prueba ha ido a parar a tu estómago.

Riedl le contó a Brenner que el señor Oswald disponía de todo un equipo de escucha, comparado con el cual el de la policía secreta del Estado venía a ser algo así como un teléfono inalámbrico, o por así decirlo: un juego de bricolaje para niños.

–Su mujer no se enterará –le aseguró Brenner.

–¿Y qué quiere que haga?

Brenner le notó el alivio que sentía al oír que se trataba de una misión tan sencilla.

–¿Escuchar un radioteléfono? –preguntó el señor Oswald a punto de carcajearse–. Eso es coser y cantar –añadió con un suspiro tal que casi se atraganta con el agua mineral.

Camino de casa, Brenner se sentía francamente eufórico. Pensaba que lo peor de ese día ya había pasado. No era pecar de optimismo teniendo en cuenta que faltaban tres minutos para la medianoche.

Así y todo, se equivocaba. Porque al entrar en la central de ambulancias le salió al encuentro Hansi Munz, y Brenner enseguida notó que el hombre estaba completamente descompuesto.

–Ha muerto Grande.

Brenner vio en su cara que no andaba de bromas. Además, el hecho de que dijera «Grande» y no «Pongo» denotaba una especie de respeto hacia los muertos.

Y sin embargo, Brenner no pudo evitar la sonrisa en ese instante, como si Hansi Munz

le hubiera contado un buen chiste.

–¡Quisiera saber por qué te ríes! –exclamó Hansi Munz después de un segundo de sobresalto.

–La muerte es grande –respondió Brenner, pero naturalmente Munz no estaba para escuchar frases de este tipo y sólo repitió con obstinación:

–Grande ha muerto. ¡Pongo! ¿Me quieres decir dónde está la gracia, por qué te ríes?

–No me río –afirmó Brenner. Primero porque ahora ya no le encontraba la gracia. Y segundo porque no tenía la paciencia de explicarle a Munz toda la historia, y menos en esa situación. Pero yo a ti te la puedo contar.

Si hoy en día regentas una compañía de pompas fúnebres, tienes una profesión que implica un alto nivel de exigencia. No es como antes, cuando se decía que bastaba con poner un poco cara de compungido y tener clavos de cien para el ataúd, y ya. Ahora el perfil que se exige es de aúpa. Tienes que dominar el tema psicológico, el tema de la jardinería, de las barreras burocráticas, de la contabilidad y no sé cuántas cosas más.

Y con todo y eso aún te queda camino para estar entre los enterradores punteros. Porque éstos también dominan el tema de la literatura, la que quieras: japonesa, china, sabidurías varias, lo que sea.

Cuando, ya hace una eternidad, la tía de Brenner se cayó redonda mientras hacía cola para la confesión de Semana Santa, fue él quien eligió las palabras para la esquila mortuoria en un catálogo de la funeraria. La mujer del de pompas fúnebres tuvo que reconocer que las que él había elegido eran las más bonitas. Escucha:

La muerte es grande.
De nuestras bocas risueñas
ella es dueña.
En medio de la vida
creemos estar,
cuando en medio de nosotros
ella osa rimar.

No, qué digo:

Cuando en medio de nosotros
ella osa *llorar*.

Así es la letra correcta. Y tengo que confesar que si hoy tuviera que elegir una poesía para una esquila mortuoria, volvería a coger ésta. Porque es impactante eso de «osa llorar». Tienes que saborear las palabras y tener cuidado de no echarte a llorar o ponerte un poco de aquella manera. Lo de las bocas no me gusta tanto, pero probablemente tiene que ser así.

Bueno, ahora escucha lo que te digo. El entierro de la tía de Brenner tuvo lugar hace más de diez años y esta poesía había estado tan enterrada en la cabeza del ex policía como lo estaba la tía en el cementerio de Puntigam, o sea: totalmente descompuesta. Pero que Hansi Munz le diga a Brenner a medianoche: «Ha muerto Grande», y de golpe y porrazo la poesía entera vuelva a levantarse de la tumba. es espectral.

Entiendo sinceramente que Brenner no tuviera ganas de contarle a Munz toda la historia. Estaba intrigado por saber por qué Grande había muerto.

Pero desgraciadamente, palabras van, palabras vienen, y al entrar en la central Hansi Munz seguía enfadado:

–Seguro que te reíste.

Y no sé si fue porque el personal andaba muy soliviantado aquella noche –aunque las emergencias nocturnas son cosa de los voluntarios exclusivamente– o porque Brenner se hubiera tomado una cerveza de más en el Augarten, el hecho es que de repente le sólo a Hansi Munz:

–La muerte es grande, de nuestras bocas risueñas, ella es dueña.

–¿Qué dices?

–Nada. ¿Qué le pasó a Grande?

–Has dicho «sueñas» –dijo Munz, erre que erre.

–No, no he dicho «sueñas», he dicho «risueñas». Es una poesía.

Y ahora no tuvo más remedio que explicarle toda la historia de la poesía. Cuando el otro por fin se dio por satisfecho con la explicación, ya estaban ante el voluntario Fürstauer en la centralita.

Si ya es insólito que un profesional le dirija la palabra a un voluntario, absolutamente inverosímil es que sea el voluntario el que lleve la voz cantante. O sea una escena fantasmagórica: medianoche, un muerto en el garaje y un voluntario en el foco de la atención.

–¿Qué? ¿Tengo que contarle otra vez? –le preguntó el voluntario Fürstauer a Brenner fingiendo hastío. Porque el chico era inteligente y sabía que no iba a estar en el candelero siempre. Tenía que aprovechar la coyuntura del estrellato.

–¿Dónde lo encontraste?

–A las nueve y veinte recibimos la llamada de emergencia –dijo Fürstauer empezando de nuevo por Adán y Eva–. Distrito 12, accidente de moto. Mi conductor, Mraz. En este momento lo está interrogando la Brigada Criminal. Aunque yo ya se lo conté todo. Y seguro que mejor que Mraz. Porque antes de cambiarme al gobierno regional fui maestro de primaria durante once años. Y a los niños no les quería entrar en la cabeza que hay una diferencia entre resumir un argumento y narrar una historia. Pero yo se lo metía con calzador. Al terminar la primaria, todos mis niños lo sabían: el resumen argumental, sólo

cinco líneas o, si me apuras, una sola. Bueno, también podían ser seis si alguien tenía letra grande. En la narración, en cambio, podían explayarse y discurrir con pelos y señales.

–Intenta hacer un resumen argumental.

El voluntario le recordaba a Brenner un poco a su profesor de Educación Física en el bachillerato en Puntigam. Tenía la misma calva y, al igual que aquél, se había dejado crecer el pelo del lado izquierdo para luego echárselo hacia el derecho aplastándolo con gomina hasta la oreja. En realidad, una solución ingeniosa, sólo que si el profe de gimnasia llegaba a dar tres pasos corriendo, el pelo se soltaba y quedaba colgando enteramente sobre el hombro izquierdo.

Y cuando Brenner le pidió un resumen argumental, tuvo la impresión de que al voluntario Fürstauer también se le desprendían un poco los pelos del cráneo. Como si en ese momento la gomina perdiera su efecto adherente. El que se le pusieran los pelos de punta no necesariamente se debió a que se sintiera ofendido. También pudo ser que la brisa nocturna jugara un poco con el cabello de Fürstauer.

–No tengo por qué contar nada –dijo el voluntario con un gesto tan gélido que Brenner de pronto sintió el relente de una noche de junio.

Pero lo dicho. Fürstauer era listo porque de lo contrario no habría llegado a ser maestro de primaria. Escuela Superior de Magisterio y toda la pesca. Y luego incluso pasó al gobierno regional. Le hubiera gustado seguir como maestro, pero por desgracia sucedió aquello de la calumnia. Aún no había acabado de metérselo con calzador a los niños cuando éstos ya fueron con el cuento a la policía para hacer, no un resumen, sino una narración con pelos y señales.

Pero de eso hacía ya quince años y desde entonces no se había visto rodeado por un grupo de espectadores tan interesados. De modo que no iba a tolerar que una pequeña provocación lo echara todo a perder. Y, tras un segundo de silencio, como cuando el maestro tiene en vilo a un alumno impertinente, retomó la palabra.

–Cuando llegamos al lugar del accidente, lo primero, claro, fue echar mano del colchón de vacío. Porque con un motorista nunca sabes cómo tiene la columna, y yo, desde luego, sin colchón de vacío no muevo un dedo. Porque igual lo tienes ahí tan campante sobre el asfalto y crees que sólo se ha llevado un susto y al momento resulta que ha quedado paralítico porque lo has cogido como no debías. En cambio, en el colchón de vacío el cuerpo queda amoldado como si estuviera tendido en una capa de cera.

–Vaya. A eso se debe que al cabo de un año siempre vuelva a ver a mis motoristas concursando en la olimpiada de las sillas de ruedas –metió cuchara Hansi Munz–. Pues a mí siempre se me olvida poner el colchón de vacío –añadió irónico. Porque hasta ahí podíamos llegar, que un voluntario te explique cómo tienes que hacer tu trabajo.

Pero Fürstauer no se dejó perturbar:

–Lo dicho, con los motoristas siempre hay que usar el colchón de vacío. Eso en situación normal. Pero hoy todo era anormal. Cuando abrí la puerta corrediza de la 740 para sacar el colchón, éste ya estaba ocupado. Si no llega a ser por el uniforme, seguro que a Pongo ni lo reconozco.

De repente la cara de Fürstauer adquirió una expresión tan amarga que incluso escupió al suelo. Luego continuó:

–Ya me gustaría a mí saber qué dirían los detractores del uniforme en un trance similar.

Tienes que saber que en el entorno de las organizaciones de socorristas siempre ha habido quienes critican el uniforme.

Los hay no tanto entre los socorristas mismos como entre las enfermeras o esos enfermeros hippies que se dedican todo el santo día a rasurar vellos púbicos pero nunca han acercado unas tijeras a sus propias barbas. Y por la noche, en el bar, venga a meterse con el uniforme.

Entre los socorristas este fenómeno, naturalmente, no se ha dado. Y mientras estaba el viejo, los antiuniforme no hubieran tenido ni la más mínima posibilidad de triunfar. Además, dicho entre nos: la renuncia al uniforme sería la muerte para cualquier organización de servicio de ambulancias. Porque la mayoría de los voluntarios sólo lo son por el uniforme. Fürstauer no era una excepción.

–Primero pensé que Pongo dormía la mona en el colchón de vacío. Porque a decir verdad, no sería la primera vez que se da algo semejante.

–¡No me digas!

–Pero enseguida noté que la cabeza de Pongo estaba roja –dijo el maestrillo desentendiéndose del comentario de Hansi Munz–. Y aunque Pongo solía tener la cabeza bastante roja, aquel rojo y esos ojos de besugo y esa lengua enrollada sobre el bigote, eso no lo había tenido ni en la peor de sus cogorzas. Y, en efecto, su aspecto no era producto del alcohol: era producto de la raya de sangre, de milimétrica finura, que le rodeaba el cuello. Debió de ser un alambre superdelgado. Enseguida llamé a la centralita y dije: «Ha muerto Grande».

Grande. No: Pongo. Y desde ese momento todos lo llamaron por su apellido: Grande, y nadie volvió a decirle Pongo. Por lo que decía del respeto a los muertos.

–¿Desde cuándo compete a un socorrista certificar la muerte? –volvió a inmiscuirse Munz.

Pero Fürstauer, todo un diplomado de la Escuela Superior de Magisterio, simplemente pasó por alto el comentario de su maleducado oyente y dijo:

–La centralita mandó un coche de sustitución para el motorista, pero, en lo que tardó en llegar, el hombre ya se había levantado. Si los agentes de policía no lo hubieran obligado a acompañarlos para realizarle la prueba de alcoholemia, habría vuelto a montarse en su moto retorcida.

–Quería llevarse por delante al primer autocar de excursionistas que se atravesara en su camino –añadió secamente un joven voluntario.

El mozo aún no había acabado de mudar la voz y no tenía siquiera bigote, ni tan sólo esa incipiente pelusilla de mujer de Hansi Munz; apenas unos hilillos sueltos como un cerdo mal chamuscado o como Svihalek, el consejero municipal de tráfico. Quería soltar una agudeza seca pero su ironía no prosperó porque Munz ya se metía de nuevo:

–¿Es que todos los voluntarios se han vuelto locos o qué? ¿Desde cuándo un socorrista puede certificar la muerte? ¿Adón –de ha ido a parar la disciplina de radio de los

voluntarios?

–¡Disciplina de radio! –espetó Fürstauer con desprecio sacándose enseguida un as de la manga–. Si hubieras visto la cara de Grande...

Porque, obvio, de los presentes ninguno salvo Fürstauer lo había visto.

–Cuando lo incorporamos la lengua le colgaba hasta las rodillas.

–Como aquella mujer del tiro en la rodilla que una vez llevé al hospital –dijo Hansi Munz con voz de gallina clueca–. ¡Intento de suicidio! Pero antes le había preguntado al médico dónde estaba el corazón. ¿Y qué creéis que le contestó?

–¡Es un chiste trasnochado! –gruñó Brenner.

–Dos centímetros por debajo del pezón –dijo quejándose Hansi Munz.

Por un momento, Brenner tuvo la impresión de que el espíritu de Pongo había transmigrado hacia éste, pues lo de decir tantas sandeces había sido la exclusiva de Pongo. Y mientras pensaba todavía si tal cosa sería posible le preguntó a Fürstauer:

–¿Dónde está Grande ahora?

–Sigue en la 740. La Brigada Criminal ha sellado el garaje con el cuerpo dentro para evitar que se borren las huellas.

Tengo que decir que esto es increíble. Los agentes se aplicaron en precintar la puerta del garaje con tanta perfección que había que temer que el recién estrenado puesto de ambulancias se viniera abajo si alguien intentaba retirar la cinta. Fue una suerte que la pequeña puerta que comunica con el garaje contiguo, el de la 730, quedara sin precintar.

En un instante se acabaron los cinco minutos más importantes de la vida de Fürstauer. Durante todo este tiempo había sido el único en haber visto el cuerpo sin vida de Pongo. Pero ahora, por supuesto, el equipo de socorristas en pleno siguió a Brenner al garaje de la 730 y atravesó la puerta que comunica con el de la 740. Sólo los voluntarios más formales no se atrevieron a entrar.

Pero a la que Brenner abrió también la puerta de la 740, los primeros ya habían dado media vuelta, y cuando incluso tiró del saco que contenía el cadáver de Pongo, ya no quedaban sino seis en el garaje. Porque, claro, les entró el canguelo de que vinieran el júnior o los agentes de la Brigada Criminal, que en ese momento interrogaban a Mraz en el segundo piso.

Y cuando Brenner hasta empezó a examinar un poco el cuerpo de Pongo, el número de los presentes se había reducido a cuatro.

–Yo no haría eso –dijo Fürstauer en tono de histérica advertencia al ver que Brenner se ponía a toquetear el cuello del muerto. Y eso que Fürstauer creía que la intención de su compañero era explorar más de cerca la herida. No podía saber que en el minuto siguiente, y a modo del más puro chamán oriental, Brenner procedería a introducir sus dedos varios centímetros en la finísima herida.

De lo aterrado que estaba, Fürstauer no atinó a pronunciar palabra. Tampoco Horak dijo nada, y Hansi Munz tampoco.

Pero tampoco vomitaron. Aunque les costaría un gran esfuerzo reprimir las ganas cuando Brenner sacó la cadenita de oro del cuello de Pongo.

–Machihembrada –dijo el ex policía.

–¿Otra vez haciendo de poeta? –preguntó Hansi Munz que en un primer momento pensó que Brenner había sufrido un shock. Pero claro, ya se sabe: la gente que sufre un shock a menudo cree que son los otros quienes lo han sufrido.

–Ésa es la razón por la cual la cadenita de oro no se rompió –explicó Brenner.

–Machihembrada –repitió como el eco Hansi Munz en medio de su shock.

–¿Pongo nunca te explicó el principio de su nueva cadenita de oro? Si a todo el mundo le dio la lata con eso de que no estaba soldada en cruz, sino confeccionada según la técnica del machihembrado.

–¿Por qué se llama machihembrado?

–Adivina y te cuento. Porque un elemento tiene un hueco y el otro una parte que sobresale.

–¿Y eso es algo especial?

–Ya lo ves. No se rompe. A pesar de ser tan delgada. Pongo dijo que podías colgarle una pluma.

–Una pluma no pesa nada.

–Pero él se refería a la pluma de una grúa.

–¿Y tú lo sabías? Entonces eres sospechoso de su muerte.

Brenner fue sacando con cuidado la cadena incrustada en el cuello de Pongo hasta dejársela colocada ordenadamente sobre las clavículas, como en sus mejores tiempos.

–¿Te acuerdas cómo el pequeño Berti le explicó a Pongo que la mugre provenía del cuello?

–Sí, ¿y qué?

Brenner señaló la cadenita de oro ensangrentada y dijo:

–Hoy la mugre de veras sale del cuello.

–Pero no fue eso lo que quiso decir el pequeño Berti. De lo contrario sería igualmente sospechoso.

–Para ti cualquiera pasa a ser sospechoso en un pispás.

–Eso es lo malo de estas cosas, a las primeras de cambio todo quisque pasa a ser sospechoso. Por eso me alegro de que ya hayan pillado al asesino.

Justo en ese momento Brenner pensaba en que el muerto ponía mala cara y acto seguido era él quien ponía mala cara al decir:

–¿Qué dices? ¿A quién han cogido?

–A Lanz.

Y luego, menuda hecatombe. Hubieras creído que en los veintitrés distritos de Viena había alarma 27, o sea: sálvese quien pueda. Porque para los agentes de la Brigada Criminal era una auténtica tragedia constatar que alguien estaba metiendo mano a su cadáver.

Eran cuatro, dos uniformados y dos con americana deportiva. Pero, ¡curioso! Aunque dos llevaban, como quien dice, la misma americana, por la propia prenda podías distinguir al jefe. Pero quizás no se debía sólo al atuendo. Porque era evidente que el jefe era el que no gritaba. En este mundo el que grita siempre es el segundo de a bordo.

–¡Documentación! –gritó aquel segundo.

–Tengo que ir a buscarlo. Vivo aquí.

–Ni hablar. Queda usted arrestado.

–Sólo podrían arrestarme si hubiera entrado por la puerta sellada. Pero se les ha olvidado la lateral. Y eso se lo enseña el Franzi el primer día: «Hay que cellar también lasz ventanaz y puertaz lateralez», dijo Brenner imitando el acento de Franzmeier, quien había sido durante veinte años el máximo instructor de la Brigada Criminal.

Al segundo se le atragantó el siguiente grito en la garganta. El hecho de que la puerta lateral no hubiera estado sellada era culpa suya, de modo que evitó mirar a su jefe. Y que Brenner hubiera mencionado a Franzi le dio la puntilla.

Pero en una situación semejante, un jefe tiene que sacar la cara por sus subalternos y reservar las reprimendas para después.

–Los ex compañeros que se meten en nuestro trabajo son nuestros preferidos –dijo con desprecio.

Pero cuando Brenner le enseñó la cadenita de oro en el cuello de Pongo enmudeció.

–¿Cómo lo sabía? –preguntó el segundo recobrando el habla.

–Siempre llevaba una. Por eso la busqué, pero no fue tan difícil de encontrar porque en la nuca incluso había un trozo que sobresalía.

Hay un tipo de jefes que no pueden asentir con la cabeza. No porque tengan el cuello tieso, sino porque se les caen los anillos si lo hacen. Es como si te dijeran: tienes que crecer al menos medio metro más para que tú y yo estemos al mismo nivel y podamos asentirnos mutuamente. O sea: date por satisfecho si para asentir te miro dos segundos fijamente a los ojos en vez de echarte un rapapolvo que te deja reducido a un metro cincuenta.

Y una vez pasados los dos segundos, el agente de la Brigada Criminal en americana de jefe retiró sus ojos vidriosos de Brenner y ordenó a sus compañeros de uniforme llevar a Lanz a prisión preventiva y a Pongo a la autopsia, respectivamente.

–Y tú te quedas aquí y te encargas de que no haya más locos que pretendan borrar huellas –le dijo a su gemelo de americana.

Fuera, el júnior los echaba a todos del patio como diciendo: si de mí dependiera, barrería a toda esta chusma con la manguera de alta presión. Brenner se alegró de poder escabullirse hacia el interior del edificio en medio de la barahúnda general.

–¡Brenner! –exclamó el júnior cuando éste pasaba por delante de él. Eso y nada más–. ¡Brenner!

Cuando se disponía a abrir la puerta de su piso, seguía pensando si aquello había sido un saludo, una amenaza o simplemente una llamada de auxilio.

Pero no lo pensó durante mucho tiempo, pues se encontró con que alguien había deslizado un papel escrito a mano por debajo de su puerta donde ponía: «¡Llámame, por favor! 47».

Ahora, seguro que tú estarás pensando que el 47 es una enfermedad. Y no estás tan desencaminado, porque para mí personalmente el teléfono es una enfermedad. Pero escucha lo que te digo: antes, en el edificio de la central se comunicaban a través de la red de telefonía normal y tenían que pagar las tarifas establecidas. Pero cuando les

pusieron el nuevo sistema de radiotelefonía con los nuevos aparatos, el júnior mandó poner interfonos para todos y desde entonces podían pasar horas enteras hablando entre ellos sin coste alguno. Y el 47 era la extensión de Lanz.

Aunque Brenner había visto cómo los agentes se habían llevado a Lanz, inmediatamente marcó el número.

–Diga.

–Tu padre me ha metido un papel por debajo de la puerta –le dijo Brenner a Angelika.

–No fue mi padre. Fui yo.

–¿Qué pasa?

–¿Puedes venir un momento?

Cuando salió del piso, oyó cómo arriba se abría la puerta, y antes de poder darle al interruptor, Angelika ya le había encendido la luz del pasillo. El piso de los Lanz quedaba justo encima del suyo.

Incluso cuando vestía el chándal de jogging gris, Angelika llevaba el consabido cinturón con la hebilla de letras doradas que decían ESCAPADE. Brenner no la había visto nunca sin él. Y durante el día se la veía mucho porque sólo por las noches trabajaba de camarera en no sé qué sitio.

–¿Hoy has llegado más temprano? –le preguntó Brenner por decir algo, como se suele hacer para evitar que la situación de visitar a una mujer en mitad de la noche resulte embarazosa.

Pero Angelika no dijo esta boca es mía, sino que se limitó a sostenerle la puerta y, acto seguido, hacerlo pasar a la cocina, tan estrecha como la de Brenner.

–¿Quieres tomar algo? Sólo tengo café.

–No gracias.

Brenner ya estaba casi mareado por la luz de neón que iluminaba aquel remedo de cocina como si de un quirófano se tratara. Pero quizás no habría que echarle la culpa a la pobre luz. El motivo de su malestar bien podrían ser las secuelas de la autopsia practicada a la cadenita de oro.

–Café a estas horas... –dijo Angelika sonriendo a modo de excusa–. Lo que pasa es que a mí no me hace efecto. De todos modos, hoy no podré dormir.

–¿Qué pasó con tu padre?

La chica fumaba de tal manera que con cada calada sus mejillas se hundían formando una depresión de varios centímetros. Como si fuera al revés, o sea como si la cocina estuviera llena de peligrosos gases fumígenos y sólo a través del filtro del Kim penetrara oxígeno.

No se sentó a la mesa con Brenner, se quedó de pie, recostada contra la nevera, de manera que entre ella y Brenner mediaban tres o cuatro metros de distancia.

–Creen que estranguló a Grande.

–¿Y qué dice tu padre?

–No lo sé. Se lo llevaron enseguida.

–¿Tiene abogado?

–El júnior ha llamado al abogado de la entidad.

–¿Crees que fue él?

Angelika sacudió la cabeza. Muy lentamente, como si su intención no fuera sacudir la cabeza, sino olfatear el aire para saber dónde se situaba la verdad, como en esas series de televisión con protagonista animal.

Y sólo cuando el Kim se había agotado, dijo:

–Los idiotas creen que fue por lo que pasó en la bodega bar.

Brenner no sabía adónde mirar. Interiormente asentía, pero hacia fuera no lo hacía. Y de repente le llamó la atención que actuara de la misma manera que el madero jefe de la americana deportiva. No asentía, sino que se limitaba a mirar fijamente al frente.

Si no fuera por el policía de la americana deportiva, no le habría llamado la atención que ante Angelika se estuviera comportando como un imbécil que no se digna asentir. Pero en cuanto se dio cuenta dijo enseguida:

–¿Y por eso se lo llevaron?

–Pongo lo provocaba constantemente.

–Bueno, y ¿qué? No por eso vas y te cargas a alguien.

Angelika puso de nuevo esa cara pensativa de serie de televisión con protagonista animal. Yo no soy el doctor Doolittle de la tele, pero si tuviera que interpretarla diría que lo que Angelika quiso decir con su mirada animal era: yo no estaría tan segura de que eso no bastara para querer estrangular a Grande. Pero lo que realmente dijo fue:

–Eso no es todo. Mi padre iba hoy con Grande en la 740.

Brenner no asintió, ni siquiera interiormente.

–De todos modos, él no ha sido –dijo Angelika encendiendo el siguiente cigarrillo con un mechero de los que regalan por donar sangre.

A pesar de la luz de neón, Angelika hoy le pareció mucho más guapa que de costumbre. Cuando trabajas en la policía, tienes ocasión de constatarlo una y otra vez. La primera vez que Brenner lo notó fue cuando la mujer de su compañero Knoll se mató en un accidente. Era la época en que todavía llevaba uniforme, o sea hacía más de quince años. Era una mujer de Carintia, menuda y simpática, buena esquiadora y siempre conducía demasiado rápido. Creo que disfrutaba con poder hacer caso omiso de las multas por su calidad de esposa de policía.

Después del accidente, Brenner notó que su compañero había cambiado. Seguro que ahora va a sonar un poco de aquella manera, pero sólo puedo decirlo así: la tristeza embelleció a Knoll. Precisamente Knoll, al que la estulticia le asomaba a los ojos, pues fuera del esquí y la tele, nada en el cerebro; además, a sus treinta y cinco años ya hecho un tonel.

Luego, en el transcurso de los años, Brenner lo había notado en reiteradas ocasiones. El aura de las personas desesperadas. En Knoll, sin embargo, el aura no tardó en esfumarse de nuevo. Después del año de duelo se casó con una peluquera. Y el secador de salón de peluquería, obvio, fatal para el aura.

Angelika Lanz también tenía un pelo horrible de peluquería. Ya sabes a lo que me refiero, mil veces oxigenado y permanentado.

Greñas largas y secas como nunca te las podría proporcionar la naturaleza, pero sí el

peluquero.

Así y todo, Brenner ahora no descubrió en Angelika nada que recordase su habitual aspecto puteril. «Una mujer hermosa y triste. Con aura», pensó. «Y cigarrillo.» Y con una pregunta:

–¿No fuiste antes detective?

«Mierda», pensó Brenner. «No se te ocurra asentir.»

Es ley de vida. Si no tienes a nadie para el amor, tienes que buscar y buscar hasta dar con alguien. Pero sucede que el día que encuentras a alguien se te cruzan en el camino tres candidatos más. Ahora bien, trasladando esta ley al quehacer detect –tivesco: Brenner no acababa de colgar las botas de detective, cuando empezaban a lloverle encargos un día si y otro también.

Y puestos a comparar: Brenner no tenía la impresión de que los intereses de Angelika pudieran compaginarse con los del júnior y viceversa. Y ya se sabe, nadar entre dos aguas siempre es peligroso; puedes ahogarte dos veces.

Cuando al día siguiente Brenner fue llamado a presentarse ante el júnior, enseguida se percató del mal aspecto que éste tenía. Hay personas que siempre lo tienen; verles un día las ojeras moradas hasta es buena señal, pues quiere decir que la noche anterior no han estado de juerga y alrededor de las ojeras la piel de la cara ha adquirido un poco de color, con lo cual, mayor contraste. Pero cuando alguien da tanta importancia al aspecto deportivo y la salud como el joven jefe de los crucistas y de buenas a primeras se presenta con una cara como la de esos yonquis que los propios socorristas se encargan de llevar a Urgencias, lo más normal es que te pongas en alerta.

Su bigote ese día no era una cuña afilada que hubieras podido usar de abridor de botellas de cerveza. Impropio de cualquier piloto de cazabombardero; más bien un poco fofo. Casi como el de ese famoso filósofo alemán, espera, cómo se llamaba..., aquel que descubrió lo del látigo. Bueno, sabes a qué me refiero, mostacho húngaro en el que se enredan los restos de comida y tienes que hacer trampa para poder meter los fideos de la sopa.

¡Pero qué curioso que a menudo el aspecto exterior sea el fiel reflejo de la procesión que va por dentro! Porque al júnior no sólo se le había afofado el bigote de la noche a la mañana; también le dio por filosofar.

–El servicio de ambulancias es uno de los grandes logros de nuestra civilización.

Y aunque lo olvides todo, una cosa quiero que recuerdes en la vida: cuando alguien te viene hablando con palabras untuosas, puedes estar seguro de que algo esconde. Brenner enseguida se dio cuenta de que el júnior no quería admitir que la muerte de Pongo le afectaba. Al igual que Hansi Munz, que anoche había mostrado una insolencia insoportable, el júnior hablaba con una unción que no se aguantaba.

–El concepto de servicio de ambulancias tiene exactamente ciento treinta y nueve años

de existencia.

Luego, claro, no podía faltar la referencia a la batalla de Solferino, que si escabechina absurda, que si Henri Dunant, que si patatín que si patatán. No habría sido necesario contárselo a Brenner pues éste ya lo había oído diez veces al día durante su entrenamiento para socorrista. Por consiguiente, lógico que se entregara un poco a divagaciones del tipo: esos nombres franceses suenan todos igual, Henri Dunant, Brigitte Bardot y Perico de los palotes.

—¿Pero sabe a qué se vincula indisociablemente el concepto del servicio de ambulancias?

Pues fijate: hace un momento pensaba que a menudo asociamos cosas bien curiosas, como el filosofar con el mostacho del filósofo. Y ahora, ¡increíble!: primero divagaciones sobre los nombres franceses... y zas, la experiencia francesa. Porque Brenner estaba teniendo un *déjà-vu* tal que la silla de plástico casi se le derrite bajo el trasero.

De pronto se vio de nuevo sentado en la silla de madera de la Escuela de Policía, donde les inculcaban estas sabidurías. «El poder ejecutivo es uno de los tres pilares de la democracia.» Esta frase Brenner la escuchó tantas veces que automáticamente conjeturó que no era cierta. Espíritu de contradicción, por así decir. Y lo que vio después en el servicio de policía, mejor no te lo cuento para que no me saltes de este puente.

Porque el poder policial, ¡tela marinera! Da para muchos debates. Y es importante que la gente joven lo debata, como para el hámster es importante que se afile los dientes en los barrotos de su jaula. El hámster de Brenner, el que le regaló el abuelo de pequeño, siempre lo hacía.

—El servicio de ambulancias sólo se concibe gracias a la absoluta imparcialidad del mismo —dijo el júnior haciendo sobresaltar a Brenner, que en ese momento se irritaba porque el traqueteo del hámster no le permitía conciliar el sueño—. El servicio de ambulancias tiene que ser neutral. Sólo así podemos atender a los heridos de ambos bandos en las guerras. Neutralidad absoluta. *Tutti fratelli*, dice el lema de Henri Dunant. Todos somos hermanos.

—Claro. De lo contrario los bandos implicados en la guerra no nos dejarían entrar en las zonas vedadas.

—Así es. En todo el mundo. Sea en Angola, en Mozambique o en la Cochinchina. Nada de diplomacia ni nada de nada. Sólo neutralidad absoluta.

Aunque cada dos por tres los periódicos decían que lo de la neutralidad de los cuerpos de salvamento no era para tanto, Brenner prefirió callar. Los jefes a veces necesitan soltar esos sermones en los que ni ellos mismos creen. El júnior simplemente no quiere admitir que la muerte de Pongo lo ha afectado, se decía Brenner.

Sin embargo, el júnior terminó por sorprenderlo cuando de repente puntualizó:

—Usted que ha hecho bachillerato debería saber lo que pasó en 1934.

«Pero ¿qué es esto?», pensó Brenner en un primer momento, muy cabreado para sus adentros. «¿Acaso estamos en la escuela o qué? ¿Me está tomando la lección para ver si he retenido las fechas?»

Pero cuando te cabreas el cuerpo segrega ciertas sustancias que mejoran el

funcionamiento de la memoria.

–Guerra civil en Austria –contestó Brenner a quemarropa.

En lugar de alabarlo, el júnior se lo quedó mirando con cara de consternación, como si la respuesta hubiera sido equivocada. Pero no fue la respuesta de Brenner lo que le deprimió; fue lo que esa respuesta implicaba:

–En la guerra civil perdimos nuestra neutralidad. Los fascistas disolvieron la Liga de Salvamento. Y nosotros no auxiliamos a los trabajadores heridos. Fue un terrible error. Una locura.

–Bueno, hoy los trabajadores vuelven a tener su propia asociación. Porque la Liga se llama en realidad Liga de Salvamento de los Trabajadores.

–¡Ésa es la locura! –gritó el júnior rebotándose. Aunque debería decir rebigotándose, porque aquel bigotín que hacía un rato caía tan lacia y filosóficamente, ahora, con la rabia, volvía a enderezar los pelos. Y no me extrañaría que hubiera un poco de adrenalina de por medio, que ésta estimulara las raíces capilares como ocurre con las plantas el día que les echas el fertilizante–. ¡Ésa es la locura precisamente, la locura total, Brenner!

De todas formas los trabajadores hoy día ya no estarían vivos.

En este momento no hubiera estado mal que Brenner usara un poco la cabeza.

Luego, bajando mucho el tono de voz, el júnior dijo:

–A nuestra asociación tampoco le queda mucha vida si la Liga de Salvamento sigue a este ritmo.

Brenner guardó silencio.

–Diga algo.

–¿Qué se puede decir?

–Ayer perdí a dos de mis hombres más valiosos, ¿y eso es todo lo que se le ocurre al respecto?

Poco a poco el hombre se iba poniendo un pelín agresivo. Al principio, filosófico y ahora cada vez más agresivo. Bren –ner supo entonces que palmo a palmo el tipo iría soltando aquello que, en realidad, había estado queriendo decir desde el comienzo.

–Uno asesinado, el otro arrestado –suspiró el júnior mientras se quitaba las gafas. A un tipo tan deportista como él no le pegaban en absoluto esas gafas de lectura tan extrañas. Como tampoco le pegaba la cadena de plata que llevaba en la muñeca derecha. Al fin y al cabo, tampoco el escritorio iba con él. Todo el mundo conocía su afición a las salidas de emergencia, que le encantaba cubrir las él mismo. Y, obvio, para ello necesitaba gafas de sol y no una lupa de lectura.

–¿Eso es todo lo que se le ocurre al respecto? –insistió, mascullando bajo la mano con la que se masajeaba la base de la nariz.

–A lo mejor Lanz no tiene nada que ver. Podría intentar averiguar algo.

El júnior sacudió la cabeza con gesto cansino.

–Brenner, ¿me está escuchando?

–¿Está usted seguro de que fue Lanz? –dijo Brenner haciéndose un poco el tonto, porque ahora le picaba la curiosidad de saber si el júnior sería un poco más explícito con

sus sospechas acerca de la Liga.

–Sé que no fue él –dijo el júnior mirando al techo como si estuviera conectado con un poder superior–. Pero el bueno de Lanz de momento me tiene sin cuidado. No se trata de él. ¡Se trata de la supervivencia de toda nuestra organización!

–Eso suena como si usted pensara que la Liga ha. –el júnior le lanzó una mirada tan extraña que Brenner inmediatamente se corrigió–. Que la Liga es la responsable de la muerte del socorrista Grande.

–Puede decir tranquilamente Pongo –dijo el júnior elevando la mirada por un instante hacia el techo, donde al parecer no había nada escrito pues no siguió hablando.

–Pero ¿por qué Pongo precisamente?

–Recuerde lo que pasó hace unas semanas.

Brenner prefirió no decir nada.

–No puedo revelarles ni la mitad de lo que sé. Pero usted sabe quién era Stenzl, el que fue tiroteado ante los ojos de Pongo.

–El jefe del Banco de Sangre.

–Y hermano del jefe de la Liga.

«¡Cómo voy a saber yo eso!», pensó Brenner. El asesinato de Stenzl y su novia hacía dos semanas no le interesó más que cualquier caso de los que salen en los periódicos. Lo único que observó fue que Pongo y Munz andaban muy ufanos y que en todas las secciones del hospital Pongo hacía furor entre las enfermeras, como si se tratara de toda una estrella de Hollywood.

–Sí, claro –dijo Brenner.

–Pero usted no sabe nada de los problemas que tuvo la Liga con el Banco de Sangre. Cuando el Stenzl de la Liga echó a su propio hermano, no contó con que éste, Leo Stenzl, fuera a asumir la dirección del Banco de Sangre.

Brenner no dijo nada.

–Pero lo que usted sí sabe es que Pongo fue testigo de los hechos. Pues ya puede sumar dos y dos...

–¿Fue usted quien metió a Leo Stenzl en el Banco de Sangre cuando lo echaron de la Liga?

Una vez, en cuarto curso de primaria en Puntigam, mientras se balanceaba sobre su silla, Brenner se resbaló y se golpeó la cabeza contra el pupitre de detrás, perdiendo el conocimiento durante cinco minutos. Nunca olvidará la mirada de preocupación que tenía la maestra cuando volvió en sí. Ahora, por supuesto, menuda sorpresa al constatar que treinta y siete años más tarde alguien volvía a mirarlo con la misma cara de preocupación.

–En esta ciudad ha cambiado todo desde que la Liga ha puesto en juego la política –dijo el júnior–. Aquí una sola asociación de ambulancias podría sobrevivir sin la política. Con donaciones únicamente. Pero dos asociaciones son demasiado para la ciudad. Es entonces cuando la política entra en juego.

–Pero la Liga ya tiene sus patrocinadores. Apenas se ven ambulancias de la Liga sin publicidad de la fábrica de hormigón Watzek.

–En efecto. Y los moribundos creen que los viene a buscar una hormigonera en lugar de una ambulancia.

–Es la economía de mercado. Tiene sus propias leyes.

–¡Economía de mercado, no me haga reír! A ver si adivina por qué Watzek tiene tantos encargos públicos.

Brenner se encogió de hombros y dijo:

–Es lo que pasa con los ideales.

–Pero con todo y la política, la Liga no ha sido capaz de superarnos. Aunque Stenzl está mejor relacionado con el partido –y bajando la voz añadió–: y ahora recurre a otros medios.

–¿De veras cree que la Liga tiene algo que ver con las muertes?

–La diferencia entre creer y saber es grande, Brenner. Tan grande como la que hay entre ayer y hoy. Ayer yo tenía dos socorristas responsables y experimentados. Hoy uno de ellos está muerto y el otro en prisión. Y aún puedo darme con un canto en los dientes de que las cosas se hayan aclarado con bastante rapidez porque así, dentro de cuatro días, dejarán de ser pasto de la prensa. Si no, apaga y vámonos.

–Tenemos suerte de que los periódicos no estén explotando el asunto. Al menos de momento.

–Suerte –dijo el júnior como leyendo en el techo–. Puede llamarlo suerte, si quiere. Yo, por mi parte, sé por qué durante todos estos años he dado tanta importancia a una buena colaboración con la prensa. Sé para qué ha servido apechugar con las críticas internas de quienes me recriminaban que permitiera, extraoficialmente, que los periodistas escucharan nuestras radiocomunicaciones. Ya sabe qué imagen da eso de que el fotógrafo de prensa esté retratando a los heridos en medio de la calle antes de que nosotros hayamos llegado al lugar del accidente. Pero ahora se confirma lo importante que es una buena colaboración con los medios.

–No sabía yo que la prensa escuchaba nuestras comunicaciones.

Bajo el bigote asomó la culebra de una media sonrisa. Una de esas sonrisas que convierten a su destinatario en ingenuo y soberano idiota.

–¿Nunca se ha parado a pensar cómo hacen los periódicos para obtener sus fotos? No sólo nos escuchan a nosotros, también escuchan las comunicaciones de los bomberos y la policía.

El júnior hizo como si no notara el disgusto de Brenner. Pero francamente: yo también estaría picado si el jefe me encargara averiguar si la Liga pincha las comunicaciones de mi empresa y luego ese mismo jefe viene y me dice que las escucha media ciudad.

–Si cualquier pelagatos de la prensa puede oír nuestra radio, a la Liga no puede resultarle tan difícil hacerlo.

Esta vez el júnior no leyó la respuesta en el techo, más bien hubiera dicho que se encontraba escrita en las mismas pupilas de Brenner. El júnior se inclinó hacia delante y luego, como hablando con un niño tonto, dijo:

–Escuchar con consentimiento extraoficial no es ninguna hazaña. La prensa conoce nuestro código cifrado. Pero antes de revelárselo a los ligueros me hago desollar vivo.

–Si los de la prensa conocen el código, los ligeros pueden haberlo obtenido de ellos. Esa gente no peca de exceso de discreción. Por algo han hecho suya la profesión de divulgar chorradas a los cuatro vientos.

–Estamos protagonizando un escándalo en los periódicos. Hemos perdido a dos de nuestros hombres más valiosos. Y la Liga ya nos pisa los talones de lo lindo. Si la cosa sigue así, dentro de unos meses seremos segundos de a bordo, lo que quiere decir recibir menos dinero del municipio y la región. Y eso significa menos coches, menos conductores. Es una reacción en cadena. Al cabo de un año habremos quedado reducidos a la mitad del tamaño de la Liga. Y al siguiente tendremos que cerrar el chi – ringuito. Y usted puede ir buscándose otro trabajo, Brenner. O sea que mejor se abstiene de darme discursos. Tráigame, de una vez por todas, la prueba de que la Liga está espionando nuestra radio; y toda la información que pueda conseguir sobre ellos. Y de paso, tráigamelos a ellos también. Cuántos más, mejor. Tenemos que darle a la policía evidencias de la baja catadura moral de esa asociación para que quede claro quién está detrás de las muertes. Y no vuelva a cometer torpezas que otro de mis hombres tenga que pagar con su vida.

–¿Qué me está queriendo decir?

–¿Por qué cree que Pongo fue asesinado justo el día en que usted estuvo llamando por teléfono a Raimundo y todo el mundo preguntando cómo se puede espionar a la Liga? ¡Menuda discreción! ¿No tendría que haberme fiado de su capacidad de resolver el asunto por cuenta propia?

¡Lo ves!: una cosa es llamar por teléfono gratis y otra bien distinta la posibilidad de que todos te oigan.

–No creerá en serio que a Pongo lo mataron porque yo...

–Sólo sé que lo mataron. Y que sucedió pocas horas después de que usted anduviera preguntando aquí y allá cómo comprobar que la Liga espía nuestras comunicaciones. O sea que de aquí en adelante me hará usted el favor de ser un poco más discreto.

Al pronunciar la palabra «discreto», el júnior descargó el puño sobre la mesa, no demasiado fuerte por la superficie de vidrio, pero sí con la suficiente contundencia como para que el choque de la pequeña pulsera contra el cristal resultara muy desagradable al oído.

Brenner se puso de pie y caminó hacia la puerta, pero antes de llegar escuchó que el júnior le decía:

–Y olvídense de Angelika y su problema. Lanz de momento debe quedarse donde está. Hasta que el asunto esté resuelto. No quiero más muertos. Con su exceso de celo ya la ha liado usted lo suficiente.

Fuera, en el pasillo, Brenner se acordó de la última vez que alguien le habló de esa manera. De la persona que le había echado un discurso de media hora y al final había tenido la cara de decirle: «No me eche discursos».

Entonces, tras diecinueve años en la policía, de la noche a la mañana colgó las botas porque simplemente no estaba dispuesto a acostumbrarse a los modos de su nuevo jefe. Ocurrió hace dos años largos. Y ahora volvía a estar en las mismas. La misma forma de

cargarle alegremente el mochuelo por la muerte de Pongo. Igual que Nemec aquella vez.

Ahora me vas a decir que en la vida no siempre hay que mirar atrás. Andar de continuo con las mismas historias no sirve de nada. Pero tengo que decir que si en ese momento el júnior no le hubiera recordado a Brenner tanto a Nemec, la cosa quizás hubiera tenido otro desenlace. Quizás sólo hubiera solucionado rápidamente lo de las escuchas para recobrar su paz. Y quizás nosotros siguiéramos sin saber cómo llegó el oro al gajnate de Pongo.

Y otro quizás: sí, tras la conversación con el júnior, a Brenner no le hubiera tocado llevar a un paciente a la ecografía de marras en el hospital general, quién sabe si alguna vez hubiese resuelto el caso.

No obstante, una vez en el hospital general, «por qué no darse un garbeo por el chiringuito de Rosi», pensó Brenner.

–¿Hígado de donante? –preguntó Rosi.

–¿Cómo iba a declinar la oferta?

–Así me gusta, rey –dijo Rosi adulando. No era especialmente alta, pero la roulotte acondicionada como chiringuito era tan baja que siempre tenía que estar un poco encorvada. Y era muy gorda. Además, su delantal blanco de cirujano lucía lamparones de mostaza y ketchup, y su ondulado pelo rojo encendido estaba tan pringado de sudor que se le empinaba como una cornamenta-. ¿Con mostaza picante porque la dulzura la pones tú?

–¿Qué? ¿Te has dado una vuelta por el cementerio?

–¿El cementerio? ¿Por qué?

–¿Dónde si no has desenterrado ese chiste trasnochado?

–No te pases, nene –dijo la Rosi sonriendo con sorna y plantándole el hígado de donante ante las narices.

–¿Nene? Si podría ser tu padre.

–Venga. La pasta que tendría que haberme gastado en cirugía estética.

Brenner se alegró de poder dedicarse a su *leberkäse*. Y sólo después de un par de mordiscos dijo:

–Ya van a ser dos semanas desde que le pegaste el tiro a Leo Stenzl.

–Sí, y tú ten cuidado porque hoy mi dedo flojo vuelve a tener ganas de disparar.

–Mientras sólo sea el dedo.

Otro bocado de *leberkäse*. Luego:

–Suerte que no tienes ventana hacia el templete, de lo contrario serías sospechosa.

–¡Lo que me faltaba! Una ventana en el lateral para no saber dónde diablos poner ya las tabletas de chocolate y las galletas Manner.

–¿O sea que no viste nada?

–Claro que vi algo. El dinero que contaba en ese momento.

–¿Por qué no salió Lanz en la foto del diario? ¿Por qué sólo Pongo y Munz?

–Lanz no pasó por aquí. Pongo se equivocó creyendo que el otro se le había adelantado. Lanz entró a toda leche, pero no se detuvo porque lo que traía era un riñón de donante de verdad. Del aeropuerto. Me hizo reír porque corría como alma que lleva el

diablo subiendo a cirugía.

–Como alma que lleva el diablo. Y luego se oyeron los truenos del infierno.

–Exacto. Pero no donde estaba Lanz, sino donde estaba Stenzl –dijo Rosi sin poder contener la risa.

–¿Qué hacía, en realidad, el tal Stenzl?

–Nada. Era el típico chupatintas.

Brenner no se refería a la profesión de Stenzl porque sabía –y era lo único que sabía de él– a qué se dedicaba. De modo que lo intentó de otra manera:

–Pero más chupa que tinta, ¿verdad?

–Tú lo has dicho.

–¿Pero a nadie se le había ocurrido ponerle por eso la sogá al cuello?

–¿Por qué la sogá si bastaba con una bala? –dijo Rosi con media sonrisa–. Además, ¿cómo voy a saberlo? Tú tendrías que estar mejor informado que yo.

–¿Por qué yo?

–Tu asociación vive de las donaciones de sangre. Tienes que haber conocido a Stenzl.

–¿Mi asociación?

–La Liga entera.

Ésa era la broma preferida de Rosi. Por principio les decía a todos los crucistas, ligueros y a los ligueros, crucistas. Igual que hacía con las enfermeras, a las enfermeras ligueras les decía crucistas y viceversa.

Pero en este caso daba exactamente lo mismo. Porque de las donaciones vivían tanto la Liga como la Asociación Crucista. Y Leo Stenzl también. Sólo que él ya había pasado a mejor vida.

–Qué ajeteo hoy –dijo Rosi admirándose–. Ha vuelto a pasar la pareja de la Brigada Criminal.

–¿Cuál de las americanas te gustó más?

–La del jefe.

–¿Cómo lo has identificado?

–No comió nada.

–Vigila el colesterol la fauna dirigente –dijo Brenner antes de meterse el siguiente bocado de *leberkäse* a la boca.

–Sindelka en eso es distinto. Hoy ya ha venido.

–¿Sindelka el de las autopsias?

–No, Sindelka el de las vírgenes diplomadas –porque Rosi era una de esas personas que son incapaces de contestar con un «sí» mondo y lirondo.

–Por lo general Sindelka viene por la tarde. Cada día se pide su corazón de donante, y así y todo, delgado como un lápiz.

–Quizás hace deporte.

–Venga ya. El único deporte que practica es el de rajar cadáveres.

–De ahí le debe de venir.

–¿Qué?

–El que no engorde. De tanta putrefacción –dijo Brenner, serio como la muerte misma.

–Venga ya.

Brenner mojó su último trocito de pan en la mostaza, mientras Rosi le contaba:

–A Stenzl y a Irmi los tuvo que separar con el serrucho.

–¿Cómo que separarlos con el serrucho?

–Pues eso, con el serrucho –explicó Rosi–. Porque la bala primero atravesó la lengua de él y luego la de ella. Y el calor que despedía hizo que las dos lenguas se fundieran.

–Venga ya.

–Sí, de veras –protestó Rosi –. ¿O crees que Sindelka me echa trolas?

–¡Vaya faena la de ese menda! –dijo Brenner, considerando que después de todo la suya no era una situación profesional tan mala.

–¡Es horrible! –dijo Rosi torciendo el gesto y cortando un envoltorio de diez salchichas blancas–. Esas lenguas son asquerosas. ¿Has comido alguna vez lengua de vaca?

–Claro que sí.

–Pues yo también. Una vez y nunca más. Le ponen una especie de pisto encima para que no se vean los nódulos, las papilas y demás. Pero yo lo primero que despaché fue el sofrito.

–Ahí estuvo el error.

–Ya lo creo. Porque entonces ves la lengua en tu plato. Su forma exacta y los nódulos y todo.

–No es para tanto.

–Y luego, cuando te la metes en la boca, te das cuenta de que tienes una lengua en la lengua. Ya digo que es horrible. No sabes si es la vaca la que te chupa la lengua o tú quien se la chupa a la vaca.

–Pues Sindelka no podrá permitirse esos melindres.

–¡Ése, qué va! Le gustan ese tipo de cosas.

–A mí también me lo parece.

–¿Sabes lo que dijo de las lenguas fundidas de Stenzl e Irmi? –preguntó Rosi con una mueca de sonrisa.

–¡Cómo voy a saberlo!

–Dijo que aquélla fue una unión de por vida.

–Visto así, tiene razón.

–Ahora sólo falta que a Nicole le dé por los celos.

–¿Qué Nicole?

–La secretaria de Stenzl en el Banco de Sangre. Las dos se lo peleaban que era demasiado.

«Vaya», pensó Brenner.

Y sin pensarlo dos veces se presentó en el Banco de Sangre.

Cuando entró, creyó haberse equivocado. Aunque era la enésima vez que entraba porque, claro, repartir conservas de sangre por los hospitales es uno de los viajes rutina más frecuentes que tiene que hacer un conductor de ambulancia. Por lo general venía por la mañana, y entonces el sitio estaba plagado de socorristas y enfermeras haciendo cola para recibir las conservas. Ahora, sin embargo, ni un alma.

La ventanilla donde se expendían las conservas de sangre no era muy distinta a la de las consignas en las estaciones de tren donde solían ir a rescatar a los vagabundos de las taquillas automáticas. Sólo que aquí no era un funcionario de los ferrocarriles el que estaba tras la ventanilla. Había una mujer joven y estaba tumbada en el suelo sin moverse. Y lo creas o no, a Brenner lo primero que se le ocurrió pensar fue que la estampa de su cabello castaño enmarcándole la cabeza sobre el parqué era muy hermosa. Sólo después se percató de que tenía la bata blanca de enfermera levantada hasta las caderas.

La verdad es que siempre me pregunto por qué en los hospitales todo el mundo tiene que llevar bata blanca. Incluso la Rosi del chiringuito, siempre con una bata blanca llena de manchu –rrones de mostaza y ketchup. En este caso, al menos se puede decir que la necesita. Pero ¿para qué necesita la secretaria del Banco de Sangre una bata blanca? La sangre está envasada en recipientes completamente estériles, la cosa no es como donde

Rosi. Pero a lo mejor sencillamente resulta muy práctico poder distinguir entre el personal del hospital y los clientes. ¡Lo ves!, ése debe de ser el motivo.

–¿No puede llamar a la puerta? –le preguntó la muerta a Brenner, aunque de tal manera que seguía sin mover nada que no fuera la boca.

–He llamado.

Ella abrió los ojos y, la verdad, nunca he mirado a un marciano a los ojos, pero me los imagino más o menos por el estilo. No vayas a creer que eran verdes, eran marrones. Pero torcidos de forma totalmente antinatural, o sea ojos de persona hipnotizada.

–Cuando hago mis ejercicios estoy tan relajada que a veces ni me doy cuenta de que llaman a la puerta.

–¿Ahora le llaman ejercicios a la siesta en la oficina?

–¡Pamplinas, qué siesta ni qué ocho cuartos! –con el mismo brío con el que lo dijo se dio la vuelta sobre el costado–. ¿Sabe qué es lo más importante? No incorporarse de sopetón cuando se está tumbado. Primero siempre ponerse de lado.

Se levantó con una actitud tan devota que hubieras podido creer que era una especie de rito religioso. Budismo o eso otro, ¿cómo se llaman?... esos que no permiten comerse las vacas. Y nosotros que antes nos reíamos de ellos, ahora, con las vacas locas, tenemos que aguantar que sean ellos los que se rían de nosotros. A Brenner le pareció que incluso el pelo le caía sobre la espalda a cámara lenta. Y tengo que decir que quizás era ése el motivo por el cual llevaba una bata blanca. El castaño de los cabellos representaba un agradable contraste, le daba un no sé qué de vitalismo; y eso que hacía un rato, cuando estaban derramados sobre el parqué, Brenner los había tomado por cabellos de muerta.

La mujer se estiró por fin la bata de enfermera, se sentó en la silla giratoria y alzando los párpados al más puro estilo oficial dijo:

–¿En qué puedo servirle?

–Me han destinado a sus ejercicios.

–¡Muy gracioso!

–Sí, verá. Sufro de terribles ataques de dolor de cabeza. Ya sabe: migraña. Y el médico dice que todo se debe a las tensiones en las cervicales. Para eso lo único que sirve son los ejercicios. Pero ya no entran por la seguridad social. Entonces alguien me ha aconsejado: vete al Banco de Sangre, ahí ofrecen ejercicios bajo cuerda.

–Muy, pero que muy gracioso.

Dirás que Brenner se pasaba un poco de impertinente al hablarle de esa manera, que se comportaba un poco demasiado como los hombres de antes. Pero voy a decirte una cosa: hablando se entiende la gente. Y después de unos cuantos «muy gracioso» resultó que efectivamente la secretaria hacía sus ejercicios para combatir el dolor de cabeza. Y puesto que ese día las dos americanas ya la habían estrujado, por tercera vez en dos semanas, a la chica le urgía realizar sus ejercicios.

A su vez comprendió que Brenner era el mayor experto en cefalalgia.

–Pero ¿sabes cuál es la ventaja del dolor de cabeza?

La chica se quedó mirándolo con sus pasmados ojos marrones como si la tutearan por primera vez en la vida. Pero no protestó.

–Que uno al menos se entera de que tiene cabeza.

–Muy gracioso.

–Porque si tú, por ejemplo, le disparas a alguien una bala en la cabeza, ya ni siquiera le queda el dolor.

–Pero yo no le disparo a nadie una bala en la cabeza.

–Pues de alguna manera tiene que haber llegado la bala a la calabaza de tu jefe.

–Ten cuidado con lo que dices. De acuerdo, fue mal jefe, un vago del copón que me cargaba todo el trabajo. Pero no por eso le hubiera pegado yo un tiro.

–¿Se lo pegaste no por ser mal jefe sino por ser mal amante?

Ahora Brenner se estaba pasando de la raya. Todo hay que decirlo. Que antes le dijera a Rosi que ella había matado a Stenzl, vale; podía tomarse como una broma. Pero esta broma era mear fuera del tiesto y ni siquiera los ojos de Nicole podían valer como excusa. El hecho de que Brenner usara el método de entrar a saco sólo puedo explicármelo por el petardo que el júnior le había puesto en el culo. Porque cuando sientes el culo ardiendo es fácil que te de por ahí.

Cuando se percató de que Nicole ponía los párpados al nivel tres y sólo así conseguía a duras penas eliminar la película húmeda que se había formado en sus ojos, Brenner cayó en la cuenta. Rápidamente aplicó el truco de decir una gentileza.

–¿Y los ejercicios sirven contra el dolor de cabeza? –le dijo con una sonrisa.

Primero algo amable, luego algo interesante:

–Desde que trabajo en la ambulancia se me ha pasado.

Nicole lo miró con expresión escéptica y dijo:

–Pero si ese trabajo le produce dolor de cabeza a cualquiera.

Brenner le enseñó la caja de pastillas que le había vendido Czerny. El compañero, con la vena de buen comerciante que tenía, había montado una especie de red de distribución de drogas. No me quiero ir de la lengua, tampoco es nada grave, sólo diré que Czerny, aprovechando sus contactos con los médicos, se había ido haciendo un pequeño arsenal de muestras para venderlas en su círculo de amigos. Una fuente de ingresos adicional, y modesta, nada más.

–Todas las mañanas tomo una antes de desayunar. Y desde entonces no he tenido ni un solo ataque.

Sólo en ese momento las lágrimas de los ojos marcianos se secaron definitivamente. Brenner lo vio con claridad, pues los ojos se le pusieron como platos cuando le enseñó la caja.

La chica abandonó la estancia y al cabo de unos minutos volvió con una carpeta enorme donde estaban descritos los efectos secundarios del específico. Le cantó la lista.

–¿Cuánto tiempo hace que lo tomas?

–Tres o cuatro meses.

–Pues ya puedes estar contento si te admiten en un vertedero de residuos especiales – exclamó–. Yo que tú me haría ingresar en la UVI, pero ya. ¡Dame ese veneno! –dijo ofreciéndole sus ojos como si fueran la boca del contenedor de medicamentos caducados.

Brenner le entregó las pastillas sin oponer la menor resistencia porque en casa le quedaba un centenar. No una caja de cien comprimidos, sino cien cajas.

–Ahora entiendo por qué los conductores de ambulancia son un grupo de riesgo en cuanto a drogodependencia –dijo Nicole sacudiendo la cabeza–. Seguro que fue Czerny el que te dio este veneno.

–Seguro que fue Stenzl el que te lo dijo –replicó Brenner imitando su voz de tía cursi.

–Pamplinas. Si lo del servicio de pastillas de Czerny es de dominio público. ¡El muy usurero! Yo, si fuera policía, a ése me lo miraría con lupa. Porque no tiene escrúpulos. Además es el único que saca provecho de que Stenzl esté muerto.

–¿Porque cogerá el puesto de Stenzl y pasará de minorista a mayorista?

–Pamplinas. De Leo se pueden decir muchas cosas malas, pero con el negocio de las drogas nunca tuvo nada que ver.

–Pero con Czerny sí.

–Czerny convence a cualquiera de meterse en un negocio. Donde el único que saca tajada es él. Tiene contratado un seguro de vida mutuo con uno de cada dos empleados del hospital. Pero Czerny nunca muere. Los que mueren son los demás.

–¿Con Stenzl también tenía contratado uno?

–Es lo que te estoy diciendo.

–¿Cómo puede permitírsele? Los seguros cuestan.

–¿Permitírsele? Si es él quien engancha a la gente para el seguro. La comisión que cobra ya le cubre la mitad de su parte. Dicen que tiene más de cien contratos vigentes, cada uno de por lo menos un millón y pico.

–Y desde el punto de vista estadístico, de cada cien personas al menos una muere al año –dijo Brenner haciendo cuentas.

–A mí no me vengas con estadísticas.

–Pues si no, la gente viviría más de cien años.

–Visto así...

–Pero claro, también está la pirámide demográfica. Hay que hacer filigranas para saber si con la mortalidad las primas alcanzan para cubrir los pagos. Los seguros no tienen un pelo de tontos.

–Los seguros no. Pero la gente sí. Czerny está conchabado con el seguro.

–¿Y tú crees que el negocio es lucrativo?

–Si algún año no lo es porque nadie se muere hay que ayudar un poco a que las cifras cuadren –dijo Nicole. Enseguida soltó una carcajada–: ¡Bueno, espero que no tomes en serio las tonterías que estoy diciendo!

–Considerando que hace apenas unas semanas te mataron al amante te veo muy alegre.

–¿Quién dice eso?

–Lo digo yo. ¿O ves aquí a otra persona?

–¿Quién dice que era mi amante?

–Todo el mundo.

Brenner dio un paso atrás por si las moscas, pero Nicole no intentó saltarle al cuello.

Sólo preguntó con gélida cara de marciano:

–¿Qué es lo que dice todo el mundo?

–Que tenías declarada la guerra a Irmí.

–Es verdad. Pero eso no quiere decir ni mucho menos que me interesara por Stenzl. Yo la quería echar porque siempre andaba figoneando por aquí. Le pasaba algo.

–¿Y a ti no te pasaba nada? ¿Nada con Stenzl?

–No, gracias.

¿Cómo saber con semejantes ojos si su dueña dice o no la verdad? Brenner se limitó a decir:

–Si no fuiste tú la que le disparó, tiene que haber sido Czerny.

–Muy gracioso. No es que sea santo de mi devoción, debido al trapicheo que se trae. Pero lo de los seguros tampoco es más que jugar a la ruleta. Czerny apuesta su dinero a una serie de gente y espera a que uno de ellos la pringue a tiempo.

–Esperemos que no sea ruleta rusa.

–Pues no es muy distinto a lo que hacéis los demás conductores cuando apostáis vuestro dinero en el póquer. Los crucistas jugáis en la bodega bar –dijo Nicole reasumiendo el papel de enfermera expeditiva–. Y los ligueros juegan en el Golden Heart. En todas partes se cuecen habas. A mí lo de Lanz y Pongo no me sorprende para nada.

–¿Cómo sabes tú eso?

–¿Por qué crees que los de la Brigada Criminal han vuelto por aquí?

–A lo mejor les gustas.

–¿A lo mejor?

–¿Y a ti ni siquiera te sorprende?

–¿Qué yo les guste a los agentes?

–Que Lanz haya matado a Pongo.

–En absoluto. Con las deudas de juego que Lanz tenía con él.

–¡La de cosas que sabes tú!

Nicole le lanzó una mirada castigadora enfocándolo con una cara absolutamente inmóvil, y fue entonces cuando Brenner notó por primera vez su casi imperceptible bigote a la Hansi Munz. Pero lo creas o no, ese asomo de bigote la hacía aún más bella.

–Todo el mundo está al tanto de vuestras deudas de juego. Pero los ligueros no se os quedan atrás. Y no sabes tú las cantidades que apuestan en el Golden Heart.

–¿Frecuentas el Golden Heart? –preguntó Brenner.

–Antes iba.

–¿Y por qué sólo antes?

–Antes de que Stenzl fuera mi jefe. Porque el sitio era suyo. Al menos la mitad.

–Y la otra mitad ¿de quién era?

–Yo qué sé. De su hermano, supongo. Pero cuando hace un año Stenzl se convirtió en mi jefe, me hubiera resultado extraño ir allí por las noches. Encima, sabiendo que estaba peleado con su hermano.

–¿Esto también se lo contaste a los de la Brigada Criminal?

–¿Crees que me iría al Golden Heart con uno de esos gemelos de americana deportiva?

Brenner meditó un instante si aquello era una invitación, pero ante la duda se apresuró a añadir:

–Lo de gemelo de americana no está mal. Así y todo, enseguida reconoces al jefe.

–Obvio. Por su tufo a sudor.

«Las mujeres siempre con su olfato», pensó Brenner, pero no inquirió más detalles. Tenía que volver a lo de la invitación.

–¿Entonces ahora puedes volver al Golden Heart?

–Ahora, en realidad, podría volver.

–¿Esta noche a las diez?

–Serás el primer crucista que se atreva a entrar. Es terreno enemigo.

–Contigo no tengo miedo.

–¡Pamplinas!

–¿A las diez entonces?

–Sólo si entregas las pastillas que te quedan en casa.

Brenner quedó un poco estupefacto al ver que el ojo clínico de Nicole lo había calado de semejante manera.

–Conozco al personal –le sonrió.

Hasta las diez de la noche esa sonrisa mantuvo a Brenner mucho más ocupado que la pregunta de quién podría ser el asesino de Pongo y de Stenzl.

Al día siguiente, Brenner no sabía si la cabeza le dolía porque había suprimido las pastillas o porque había estado empinando el codo con Nicole en el Golden Heart hasta las cuatro de la madrugada.

O porque no dejó de rumiar sobre el hecho de que la camarera del Golden Heart no fuera otra que Angelika Lanz.

Sentía la cabeza como si en la noche le hubiera salido un retoño zumbante. Cuando vio en el espejo su ojo enrojecido, poco a poco empezó a recordar. O lo que es lo mismo: realizó una aproximación fragmentaria a medida que fue palpando los fragmentos de la piel de su mejilla.

Aunque Brenner siempre había tenido esa cara roja picada de viruela y aquellos profundos surcos verticales partiéndole las mejillas, como si se escondieran en ellos dos cuchillas de afeitar, hoy su aspecto era otro: tenía todo el lado izquierdo descascarillado, como un maniquí mal lacado, y el oído izquierdo completamente sordo.

Se podría decir, cómo no, que la bofetada de las cuatro de la madrugada no tenía por qué ser la causa de su migraña. Una cabeza jaquecosa es imprevisible. A menudo los ataques llegan sin que medie la menor explicación. Otras veces te dan una patada y te sientes estupendamente, como un televisor viejo que de vez en cuando necesita que le des con el pie.

Pero a Brenner la cabeza le dolía demasiado como para poder precisar causas concretas. Se hallaba de pie ante el espejo y pensaba: «Es increíble que Nicole sea capaz de propinarme semejante mamporro de hormigón».

Pero una vez que hubo lavado su cara y visto cómo la sangre desaparecía en el sumidero, se le clarificaron un poco más los recuerdos y, al secarse, ya supo que el mamporro no vino de la mano de Nicole.

Y mientras se vestía recordó con nitidez cómo a las cuatro de la madrugada los dos abandonaron el Golden Heart. No llegaron muy lejos. No porque estuvieran en el colmo de la borrachera, sino porque de un camión se bajaron dos tipos y ordenaron a Nicole que se largara.

Se acordaba también de que uno de ellos le preguntó si era Brenner y de que no tuvo tiempo de asentir con la cabeza porque el otro ya lo había cogido por banda y golpeado de tal manera que Brenner, en lugar de asentir con la cabeza, lo hizo con el cuerpo entero.

Al ver los jirones a que quedó reducido su uniforme, volvía a verse arrastrado por los dos tipos, empeñados, según parecía, en limpiar con su cuerpo la acera frente al Golden Heart. «Quizás no debía haberme presentado con el uniforme de los crucistas en el local de los ligeros», pensó. Y el castigo de su cabeza no se hizo esperar. Porque pensar siempre es malo para el dolor de cabeza.

Pero no pensar es peor, porque entonces lo único que tienes es dolor de cabeza a secas. Entonces Brenner pensó: «¿Y si pido la baja por enfermedad?». Pero al instante le vino el pensamiento siguiente: «Pedir una baja en el último minuto no goza de mucho prestigio entre los compañeros. No es precisamente para que te digan: aquí tienes la copa al compañerismo porque te estamos tan agradecidos de que en el último minuto te hayas cogido la baja por enfermedad».

Porque en la ambulancia no es como en una oficina, donde el trabajo te espera un día. Los accidentados, los infartados se empeñan en que los ingreses el mismo día, e incluso los suicidas se ponen muy inquietos si no se les quita la soga inmediatamente. No te tomes a mal lo que te digo, pero era así como hablaban los socorristas, y no para ofender sino más bien por eso del mecanismo de defensa que dicen.

Brenner tenía, pues, dos posibilidades: tomarse la baja o no tomársela. Brenner deshojaba, pues, la margarita de la baja. Me la tomo o no me la tomo.

Tener a día de hoy dos opciones cuando te duele la cabeza es lo peor que te pueda pasar. De modo que Brenner simplemente bajó las escaleras para al menos anular la doble opción.

Aunque de ninguna manera hubiera podido conducir porque la cefalea lo dejaba medio ciego. Si no perteneces al colectivo de los expertos en migrañas, no puedes saber lo que es eso. Hay gente que cree tener jaqueca porque siente leves punzadas en las sienes. Pero debe de ser la misma que confunde el corte de las uñas con la amputación de las extremidades.

En la sala de guardia Brenner divisó inmediatamente el plan de turnos colgado en el tablón. Por un momento tuvo la esperanza de que ese día le tocara descanso.

Pero tocó turno. Y no sólo ese día, sino también el siguiente. Y al mirar el horario del nuevo mes vio que el gordo Buttinger le había puesto tres semanas y media de turnos seguidos. Sin un día libre y con jornadas de doce horas.

Al constatar esa realidad y ver las sonrisas burlonas de los compañeros, volvió a acordarse. De todo. De todito todo. Un momento propicio para formular ciertas teorías acerca de la migraña y su relación con la psicología. O sea: que Brenner pudo incubar aquella con el único fin de no tener que acordarse de nada.

Pero en vista del punitivo plan de turnos y las sarcásticas miradas de sus compañeros, con todo y la migraña no tuvo más remedio que recordar cómo el día anterior, en medio de su achis –pamiento, había recibido tal mamporro que lo dejó tirado en la acera. Y que luego alguien había llamado a una ambulancia.

En efecto, ¿qué otra razón podía haber para que unos minutos más tarde y por primera vez desde la batalla de Solferino un coche de la Liga entrara en el patio de la central de los crucistas? Patio al que a las cuatro de la madrugada todos los voluntarios salieron en tromba por el susto. Porque los ligueros acababan de depositar allí, cual trofeo, al abatido crucista envuelto en los jirones de su uniforme.

Ahora Brenner volvía a recordarlo. Y por primera vez en la vida se alegraba de tener migraña porque ésta, al fin y al cabo, corre cierto velo sobre la existencia.

En tal estado todo lo demás te da más o menos igual. No te da igual que alguien te silbe

al oído, hable a tu lado con voz desagradable, respire o aletee los párpados con tanto estruendo que crees se te revienta el tímpano. Pero sí te da más o menos igual que hayas metido la pata hasta el fondo o que, para castigarte, te pongan tres semanas y media de turnos seguidos.

Al cabo de dos minutos Brenner ya se estaba dirigiendo a paso de carrera hacia la ambulancia. Un infarto. Conducir a toda mecha, con sirena y luz azul. En cuanto estuvo fuera del alcance auditivo de la central, Brenner apagó la sirena, pero sus dos cabezas estaban tan embelesadas con el wui wui que seguían emitiéndolo.

Su suerte fue que le hubiera tocado de copiloto el callado *ochomil*. Porque con la cháchara de los Czerny o Hansi Munz seguro que no hubiera sobrevivido a la jornada.

Y el paciente inductor del viaje al distrito 9 tampoco decía nada. El hombre regentaba una bonita tienda de antigüedades en la Porzellangasse, pero ese día era él quien presentaba síntomas de antigüedad porque a plena luz había caído redondo en mitad del negocio.

Blanco como la tiza, yacía en el suelo de plástico mirando a Brenner con rostro fijo, mudo y lleno de pasmo mortal. Fue una suerte increíble para Brenner que la joven dependienta, del susto, tampoco acertara a decir palabra. Sólo había colgado un papel en la puerta donde decía: «Cerrado por enfermedad».

¿Y ves lo que sucede? A la que te descuidas los empleados ya están desperdiciando papel. Porque si hubiera esperado diez minutos más hubiera podido escribir: «Cerrado por defunción».

Aunque Brenner y el callado *ochomil* intentaron reanimar al anticuario, su esfuerzo resultó inútil. No vayas a creer que fue culpa de Brenner. Es cierto que el masaje cardíaco es tremendamente fatigante, aun gozando de una buena condición física. Sudas la gota gorda si lo haces durante varios minutos. Pero justo hoy a Brenner el masaje le vino de perlas.

Porque tienes que arrodillarte y apretar repetidas veces y con los brazos estirados el pecho del yacente. La caja torácica del moribundo devolvía la presión de los brazos de Brenner de una forma tan rítmica que el movimiento se transmitía como un masaje a sus petrificados músculos cervicales. No creas que fue suficiente para quitarle el dolor de cabeza, pero sí le produjo cierto alivio. Un poco como los ejercicios de Nicole.

El hecho de que el hombre se les acabara de morir encajaba perfectamente en un día como aquél. Porque tú, como conductor de ambulancia, tampoco es que vivas tantas muertes. Son muchos más los viajes que haces sin que suceda nada dramático. Una fractura de pierna al servicio de traumatología. Un niño con escarlatina al pabellón de cuarentena. Un caso de Parkinson a fisioterapia o uno de cáncer a radio.

No quiero alargar el recuento porque, y no sé si conoces esa sensación, cuando hablo demasiado de enfermedades noto francamente cómo me pican los órganos del cuerpo. Ahora bien, en las semanas que el gordo Buttinger había querido castigar a Brenner dejándolo sin un día libre, a éste le tocó ver de todo.

Al segundo día tuvo como copiloto al jefe del taller, que de momento había tenido que sustituir a Lanz, aunque en el taller no le faltara trabajo.

–Si cubro el agujero por baja de conductores resulta que nos faltan coches –dijo el hombre rezongando–. Es que no damos abasto.

Porque el agujero en el tubo de escape de la 590, que semanas atrás casi asfixió a un paciente, seguía ahí tal cual sin que nadie lo tapara.

Al día siguiente, cuando el ojo morado de Brenner empezaba a ponerse verde, su pareja era Hansi Munz, y cuando los llamaron para cubrir un caso de suicidio, éste descolgó al ahorcado y le dijo a Brenner delante de los familiares:

–Alergia al cáñamo.

En general, Brenner tenía la sensación de que con cada día que pasaba Hansi Munz se iba pareciendo más a Pongo, como si el espíritu de éste hubiera transmigrado a Munz, o sea: alma de donante.

Al día siguiente le tocó otra vez con un *ochomil*; después, dos días con Czerny, luego de nuevo con Hansi Munz, y el día que notó que su ojo verde empezaba a ponerse amarillo, con Nechvatal, que no paraba de oír casetes de un grupo de pop alpino. Luego, dos días con un *ochomil* y después empezaron a borrársele los días y los compañeros y el moretón.

Produce una sensación extraña en la mayoría de la gente, y Brenner no era una excepción. Lo que más temas es que tu vida conste ya sólo de trabajo y que corras dando vueltas en la rueda como un hámster. Pero cuando no tienes la menor opción de salir de la rueda, tu cerebro tiene que sufrir una transformación. Debe de ser similar a lo que les ocurre a los corredores de maratón, que a partir de cierto momento secretan esa sustancia que hace que les resulte muy fácil seguir corriendo.

De alguna manera Brenner disfrutaba con que tanto trabajo no le dejara tiempo para pensar. Como les pasa a los marato –nistas o, para variar, a los mánagers, que disfrutan de no poder pensar para en vez de ello secretar esa sustancia.

Brenner conducía y conducía. Cada día entre doscientos y trescientos kilómetros, en la ciudad. Y si una salida tiene un promedio de siete a ocho kilómetros entonces son, espera...; para hacerlo más fácil, digamos que la media es de diez kilómetros. Entonces en un día realizas entre veinte y treinta viajes. Es decir, una veintena o treintena de veces has de colocar al paciente en la camilla, darle ánimos y distraerle un poco de su dolencia.

Porque de todos esos viajes a lo sumo uno de cada diez es una salida de emergencia. O sea en dos o tres ocasiones, como mucho, tienes que decirte: si me salto el semáforo en rojo, el herido quizás tenga una posibilidad de sobrevivir, y entonces los hijos pueden conservar al padre y seguir en la escuela y luego pasar a la universidad; y el chico puede llegar a ser profesor de deporte y la chica, asesora fiscal y la otra, la más jovencita, enormemente inteligente, bachillerato con matrícula de honor, y carrera en tiempo récord, triunfa como jefa de servicio en un hospital de México.

Pero sólo si me salto el semáforo en rojo. Sólo si paso casi rozando al peatón de turno. Si en cambio espero hasta que se haya esfumado la última pizca de rojo del semáforo, igual se me desangra y luego, claro, problemas económicos para la familia. Y para la chica, adiós carrera y ni hablar de ser jefa de médicos en México, si acaso jefa de camareras en un restaurante de la Mexikoplatz de esta ciudad.

Pero decisiones de este tipo son la excepción. Lo habitual es prestar un poco de atención, dar un poco de ánimo al pasajero. Y muchas veces ni eso. Sencillamente escuchar a la gente mayor. Por lo menos hacer ver que la escuchas. Porque no quieren que nadie los consuele. Lo único que quieren es soltar por enésima vez la misma cantinela.

Visto así, la profesión de conductor de ambulancia no deja de ser interesante porque te permite conocer a los seres humanos. Escuchas las letanías de la gente mayor, que te cuenta cien veces con lujo de detalles por qué se siente tan ofendida. Como si la razón de la existencia humana consistiera en buscar para cada uno una forma específica de ofensa. Porque ellos no saben lo que tú, como conductor de ambulancia, llegas a saber al cabo de un par de semanas: que la letanía es la misma en todos los casos.

Pero la letanía de los pacientes es fácil de aguantar comparada con la de los propios compañeros. Porque la de éstos siempre es insoportable. Que si el plan de ahorro vivienda. Que si las clases de apoyo para el hijo tonto. Que si asuntos matrimoniales. Porque los compañeros no tienen recato para exhibir sus intimidades. Pero a Brenner cada día le molestaba menos oírlos, sobre todo al cabo de los once o doce días, cuando ya ni siquiera los escuchaba. Para entonces la sustancia del maratonista había neutralizado por completo sus cantinelas.

Pero demasiada sustancia también puede ser peligrosa. Porque Brenner se había vuelto un poco infantil y había empezado a imitar las voces que todos los días se oían por la radio de la ambulancia. Sobre todo la voz de rana de Hansi Munz le salía cada día mejor. Hubo momentos en que llegó a refunfuñarles a los pacientes al estilo de Hansi Munz. Pero el mayor peligro se produjo cuando, al principio de la tercera semana, casi no oyó quién le había propinado la paliza a la salida del Golden Heart.

—La semana pasada estuve de vacaciones —empezó a contarle el pequeño Berti.

¡Dios me libre! ¡A segregar sustancia a punta pala! La gente siempre con sus vacaciones. Así que nada se le puede reprochar a Brenner.

—Ya sabes que sigo dando vueltas a lo de la agencia de detectives.

¡Por Dios santísimo! Venga con su agencia de detectives. Pero por otro lado hay que decir que el pequeño Berti era el más simpático de todos. Y gracias al método de segregar sustancia Brenner logró no escuchar al tiempo que le daba un poco de conversación.

—¿Estuviste haciendo planes para tu agencia de detectives en la playa?

—No, qué va, si no me marché.

—Mejor que mejor.

—La manía de viajar no aporta nada.

—Exacto.

—Hoy viaja hasta la basura.

—Exacto.

—Yo siempre digo: hoy en día sólo viaja la basura —dijo Berti riendo.

—Sólo la basura. No está mal.

—Encima teniendo una profesión como la nuestra, donde tienes que hacer trescientos

kilómetros cada día.

«Exacto, Berti», pensó Brenner, y sus pensamientos volvieron a ausentarse o, lo que es lo mismo, a irse de viaje. La verdad es que hoy en día a menudo se critica los viajes por eso del turismo de masas y mandangas; además se dice que la gente viaja por el mundo, pero cada vez es más estrecha de miras. Aunque lo de viajar en pensamientos también debería observarse con actitud crítica, pues mientras estás ausente, a lo mejor en casa alguien te está revelando lo que sucedió hace dos semanas cuando te propinaron esa paliza de órdago.

Pero curioso paralelismo: de la misma manera que el viajar hace que los diferentes países y personas se parezcan cada vez más los unos a los otros, así también ciertas evoluciones del pensamiento hacen que sea precisamente en el destino más recóndito donde te topes con paisanos y viejos conocidos. Se dice a menudo que el mundo es un pañuelo. Pero es que los pensamientos también lo son.

De modo que mientras Berti le decía: «Pronto cumpliré tres años de servicio, primero como *ochomil*, luego en plantilla. Aunque ya sabes que lo que me gustaría sería poner una agencia de detectives.», Brenner ya pensaba en la vieja señora Ruppachter, la diabética a la que se disponían a recoger en el hospital general.

La anciana sufría una diabetes tan aguda que las mejillas se le habían puesto transparentes como ese papel fino en el que se imprimen las biblias. Y su edad, por supuesto, era también bíblica. Y bíblica también su ira, porque vaya cardo, de antología.

Todos los días recorrían con ella el camino de ida y vuelta al hospital. Era viuda de banquero y tenía un seguro que ni te cuento. Y para colmo había donado ya dos UVI móviles. Si la señora Ruppachter hubiera decidido que la ambulancia tenía que remolcar su mansión cada día, hubieran tenido que hacerlo.

Brenner fue a buscarla a la sección de medicina interna, mientras Berti esperaba en el coche. Pero mira tú por dónde: en la realidad la mujer era todavía unos años mayor que en el viaje de pensamiento. Y la piel de sus mejillas, un poco más delgada, y su ira, un poco más bíblica.

–¡La próxima vez ya puede dejarme aquí a pasar la noche! –le bufó a Brenner golpeteando el suelo de piedra con su bastón, aunque Brenner, como siempre que la recogía, había llegado cinco minutos antes.

Pero no llegó a hacerse mala sangre, por aquello de la sustancia del maratonista. Y cuando ella empezó a soltarle la eterna cantinela de lo malo que es el personal de enfermería, Brenner volvió a emprender un viaje de pensamiento rumbo a Berti y oyó lo que éste le había contado hacía unos minutos; o sea reproducción del vídeo mental.

–Al comienzo, en el marco de la campaña Ocho Mil, nos impartieron a todos un cursillo básico. Éramos treinta y ocho personas. Luego, unos fueron a los bomberos, otros a residencias de ancianos y otros al gobierno regional; o sea básicamente como en el servicio sustitutorio de la mili, sólo que éramos voluntarios y teníamos un sueldo un poco mejor. Un compañero con el que me entendía muy bien fue a parar a la Liga. La semana pasada se me ocurrió llamarlo para preguntarle si no le atraería la idea de montar una agencia de detectives conmigo.

Un espantoso traqueteo de ametralladora arrancó a Brenner de sus pensamientos. Era el bastón inglés de la señora Ruppachter, con el que ésta, trémula como una máquina de coser, golpeaba el suelo de piedra.

La mujer se dio perfecta cuenta de que Brenner no estaba por la labor. Seguía desgranándole sus quejas sobre la informalidad del personal. Y lo de no hablar mal de los muertos la traía sin cuidado porque despotricó hasta de Irmí, que había sido su cuidadora a domicilio durante varios años. ¿Creerías que le recriminaba que se hubiera dejado matar de un disparo? No había derecho que ella, a sus noventa años, tuviese que acostumbrarse a una nueva cuidadora.

–Era una fisgona –graznó.

–Sí, señora Ruppachter.

–Metía las narices en todas partes.

–Sí, señora Ruppachter.

–La muy fisgona.

–Sí, señora Ruppachter.

Por la monotonía de las respuestas notas que Brenner volvía a singlar, como quien dice, por sus pensamientos, como quien dice. Definitivamente, Berti con su agencia de detectives era preferible a la Ruppachter.

–Mi amigo liguero me dijo que no le interesaba abrir una agencia de detectives, pero que estaba dispuesto a ayudarme. Así que me tomé libre la semana pasada. A cala y cata, para ver si tengo madera de detective. Y comprobar si en una semana podía averiguar quién te dio la paliza frente al Golden Heart.

Se diría que la señora Ruppachter con sus historias de siempre no es tan interesante como para que las divagaciones de Brenner vuelvan sobre ella una y otra vez.

He aquí la eterna cuestión de los viajes. Lo lejano siempre parece más interesante, aunque visto de cerca carezca de todo interés. No obstante, tengo que decir que una manía persecutoria así no deja de tener su atractivo, sólo que es tremendamente latosa. Pero eso es harina de otro costal.

Y tú no debes olvidar lo siguiente: cuando hoy en día tienes una diabetes avanzada, automáticamente estás medio ciego y no me preguntes por qué porque no soy oftalmólogo.

–Ella creía que yo no me daba cuenta de que todo el tiempo estaba hurgando en mis papeles –maldijo la señora Ruppachter a su ex cuidadora a domicilio en la tumba.

–¿Acaso no era parte de su trabajo llevarle la correspondencia? –dijo Brenner haciéndose el interesado porque la señora Ruppachter solía ser generosa con la propina.

–¡Por supuesto! –le espetó a Brenner la Ruppachter, que después de la terapia se ponía todavía un poco más impaciente que de costumbre. Era la cara y cruz de la medalla por la propina.

Brenner no se sintió muy ofendido porque sus pensamientos seguían viajando con Berti.

–Pues mi amigo se puso a la escucha y se enteró de que en la Liga todos saben que fueron un par de conductores de la fábrica de hormigón Watzek los que te dieron la

tunda.

–«Hormigón Watzek» dice la publicidad del patrocinador que lucen una de cada dos ambulancias de la Liga.

Qué pena. Esta respuesta sólo acababa de ocurrírsele a Brenner en ese momento, cuando por fin llegaba al coche con la señora Ruppachter, que avanzaba a pasos centimétricos. ¿Lo ves? Por eso siempre digo que hay que responder a las preguntas inmediatamente. Porque ahora Brenner abre la puerta de la ambulancia y dice al instante:

–Tienes que abrir una agencia de detectives como sea.

Y sólo después de meter la cabeza en el vehículo vio que Berti se había esfumado.

Brenner no era de esos que enseguida temen lo peor. Al contrario. Estando en la policía le sucedió varias veces no cubrir una urgencia por pensar que se trataba de una falsa alarma. Y luego el triple de trabajo para echar tierra al asunto.

Ahora, claro, resulta doblemente alarmante que uno como él en una situación así tema lo peor. Al cabo de cinco minutos no aguantó más la espera y, ni corto ni perezoso, dejó a la señora Rupprechter sentada en la ambulancia. Corrió al chiringuito de Rosi y le preguntó si había visto al pequeño Berti.

–Pregunta en la lavandería –le aconsejó la mujer–. Tienen vista directa sobre el aparcamiento.

–¿Dónde está la lavandería?

–Ahí enfrente, detrás de aquellas ventanas con cristales de espejo.

A Brenner le pareció un poco extraño que justo la lavandería tuviera ventanas de ese tipo. Pero cuando entró, enseguida comprendió por qué. Rosi no sería Rosi si no hubiera llamado «lavandería» a la morgue.

En la escuela, Brenner una vez tuvo la ocasión de visitar la cervecería de Puntigam. Cerveza gratis, claro, y aquella primera borrachera de su vida fue tan terrible que iba a ser también la última. Pero durante la visita todavía estaba sobrio y los llevaron a una nave enorme, tan grande como una piscina cubierta, y completamente recubierta de azulejos. Pero allí no había piscina, sino algo así como bañeras, una al lado de otra, donde permanece la cerveza hasta que está a punto. Y cuando Brenner entró en aquella fría nave de la cerveza, su primer pensamiento fue: «Así me imagino la morgue».

¡No está mal como pensamiento para un chico de quince años! Aunque la sala donde se encontraba ahora sólo tenía dos bañeras y, en cambio, una pared de refrigeradores, mesas y camillas con cadáveres encima, la impresión del conjunto era muy similar. Incluso el joven empleado de bata blanca le recordó a Brenner al ingeniero cervecero de Puntigam que les hizo la visita guiada.

Pero el joven no lavaba cadáveres, sino que se dedicaba a una tarea especial. Porque un hospital gigantesco como es el General de Viena produce muchos miembros amputados y algo hay que hacer con ellos. El embrión se destina a crema facial, pues se puede reciclar; pero una pierna rebanada por arteriopatía periférica no tiene reutilización y tampoco se puede tirar a la basura así sin más.

–Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? –preguntó el joven con gentileza pero sin

levantar la mirada porque estaba lidiando con una pierna casi demasiado larga para la incineradora—. Los compañeros han ido a comer.

Brenner se extrañó tanto de que en ese lugar trabajara un hombre joven e inteligente que casi olvidó lo que quería preguntar.

—Estoy buscando a mi compañero.

El empleado cerró la puerta de la incineradora tras la pierna y se giró hacia Brenner.

—¿Lo ve por aquí? —dijo señalando los cinco o seis cadáveres que había repartidos por la sala.

—Mi compañero no está muerto —repuso Brenner. Pero como ya no las debía de tener todas consigo echó un vistazo a los cadáveres.

—Entonces se ha equivocado de lugar —dijo el joven sonriendo.

Tenía una cara tan inteligente que Brenner pensó: «Seguro que es un estudiante o un perverso».

—Desde aquí usted ve el aparcamiento —continuó Brenner. Porque Rosi tenía razón. Las ventanas ofrecían una verdadera vista panorámica sobre el aparcamiento.

—Rara vez. Lo que se ve aquí es más interesante —dijo el hombre con una mueca de sonrisa.

Quizás no sea estudiante, se dijo Brenner para sus adentros.

—¿Pero a lo mejor ha notado algo extraño ahí fuera durante la última media hora?

—¿Algo extraño en el aparcamiento de las ambulancias? ¿Se refiere a un conductor sin bigote o gafas de sol?

—Un conductor sin bigote pero con gafas de sol, de unos dos metros de estatura y tan flaco como el ratón Mickey.

—¿Ése es su compañero?

—Exacto. Y lo he perdido ahí fuera.

—Pues no lo he visto. Además no habría podido verlo porque durante mucho rato un camión ha estado aparcado delante de la ventana.

—¿Desde cuándo pueden aparcar ahí los camiones?

—Es lo que yo también me he preguntado —dijo el otro, y luego sonó la incineradora, como un microondas, y el joven abrió la puerta y metió la pierna siguiente.

—¿El camión llevaba alguna publicidad?

—No me he fijado.

—¿No ponía «Hormigón Watzek»?

—Ni idea —dijo el chico, que no era de los que necesariamente te dicen lo que quieres oír, porque sabido es que los estudiantes y los perversos siempre son bastante partidarios de la independencia intelectual.

A la que Brenner volvió a la ambulancia, se percató enseguida de que el micrófono del sistema de radio había sido arrancado.

—¿Qué ha hecho usted con el micrófono, señora Ruppachter?

Lo creas o no, por la sencilla razón de que Brenner la había dejado sola cinco minutos, la anciana intentó pedir ayuda por radio. Pero en vez de pulsar el único botón del micrófono, lo que hizo fue arrancar el cable en un arrebato de rabia e impaciencia.

–En cuanto llegue a casa pondré una queja contra usted –maldijo la mujer.

–Sí, señora Ruppachter.

–¿Dónde diablos está su compañero?

–Muerto, señora Ruppachter.

Sólo lo dijo para asustarla. El caso es que, al decirlo, él mismo quedó más asustado que la anciana. Cuando por fin se deshizo de ella, no tuvo más remedio que volver a la central a buscar un nuevo micrófono.

Allí nadie dijo nada acerca del pequeño Berti y tampoco Brenner mencionó que hubiera desaparecido. Tenía la esperanza de que le encargaran viajes rutina, durante los cuales podría dedicarse un poco a la búsqueda del compañero. Pero como el diablo no tiene festivo, le cayó una urgencia tras otra.

Y hacia la noche, un viaje que por poco le hace olvidar por completo al pequeño Berti.

La mujer le pareció conocida desde un principio. Aunque la edad, naturalmente, había hecho sus estragos y el cáncer ni se diga. Y prefería no saber la de cosas que lo habían cambiado a él.

Así y todo, se reconocieron casi simultáneamente. No de forma inmediata, pues primero, asustados, apartaron la vista, luego volvieron a husmearse el uno al otro, esquivaron de nuevo las miradas para acabar sonriendo tímidamente y diciendo al mismo tiempo:

–¿Es usted...? –y se rieron, turbados, de ese «usted», ya que en su día, en la secundaria de Puntigam, se habían jurado amor eterno.

–Klara –dijo Brenner sonriendo con satisfacción.

Y Klara levantó la ceja con la misma afectación que ya entonces impresionaba a Brenner.

Para evitar que tanta sonrisa y subida de ceja despertara las emociones dijo rápidamente:

–O sea que tú también has venido a parar a Viena.

–Hace veintiocho años.

¡Pero si hace veintiocho años estabas en el parvulario de Puntigam!, habría podido decir Brenner. O: ¿Acaso te mudaste a Viena en el vientre materno? O: ¿Te dejaron aquí olvidada durante la excursión de la escuela primaria? En fin, cualquiera de esas frases que sirven de respuesta en circunstancias similares.

Pero quizás no convenía hacer chistes sobre la edad cuando llevas a una persona a la quimio.

–¿Veintiocho años ya? ¿Viniste a estudiar?

–Sí. ¿Y tú? Creía que habías aterrizado en la policía.

–En efecto. Y de bruces.

Ceja que se alza.

–¿Cuánto tiempo estuviste?

–Diecinueve años.

–¿Diecinueve años? ¿Acaso empezaste cuando estabas en la guardería?

No quiero decir que enseguida volviera a enamorarse de ella. Pero sí que enseguida

supo por qué le había gustado tanto. Porque en la vida había encontrado a otra mujer con la que pudiera bromear tan bien como bromeaba con Klara durante la secundaria en Puntigam.

Aunque la chica era de muy buena familia y cualquiera diría que, por su origen, no podía encajar con Brenner en lo que al humor se refiere.

Por otro lado, sin embargo, ambos eran de Puntigam, el pueblo de la cerveza. Y Klara, de una familia cervecera. Y en materia de humor una familia cervecera quizás no dista tanto del vulgo.

Aunque la familia de Klara hizo todo lo posible por quitarse de encima el tufo a lúpulo. Buena educación y cuanto fuese de rigor. Klara, sin embargo, no aguantó mucho tiempo en el internado suizo. Pero también en el pueblo cantaba en el Coro Bach y tenía que asistir a los ensayos dos veces por semana. De modo que fruncía un poco su fina nariz de cervecera por el gusto musical de Brenner.

Por lo demás, te juro que es imposible encontrar a una persona menos presumida. Que su familia tuviera dinero le traía sin cuidado. E incluso en lo de la música fue más la susceptibilidad de Brenner por su eterno Jimi Hendrix que no la presunción de Klara.

–¿Y qué has estado haciendo en estos veintiocho años?

–Soy profesora de música en un instituto.

–Pero no tendrías por qué trabajar.

Klara sonrió. Ya sabes, esa especie de sonrisa que adopta la gente acomodada cuando un pobre diablo les da a entender que ellos, con su dinero, no pueden tener problemas.

Brenner enseguida sintió vergüenza de que, después de tres décadas sin verse, no hubieran transcurrido ni tres minutos cuando a él ya se le había escapado una alusión al dinero. Yo, personalmente, también tengo que decir. Soy el primero en afirmar que si uno se embolsa demasiado dinero, tiene que contar con que un día acabará colgado de una farola. Pero es un tema que hay que tratar con discreción y profesionalidad, no conviene estar todo el rato haciendo alusiones envidiosas.

–No siempre es fácil ser heredero –dijo Brenner tratando de recomponer su metedura de pata y mostrando, como quien dice, capacidad de comprensión.

–No siempre es fácil ser precedero –dijo Klara riendo.

–¿Precedero?

Klara lo miró como antes, cuando él no captaba algo. Porque en cuanto a inteligencia, lo aventajaba un poco.

Perecer, reflexionó Brenner. Y luego, claro, cayó en la cuenta. Morir. Hostias. Si a día de hoy te están llevando a la quimioterapia y haces ese tipo de chistes, oye, me quito el sombrero.

La desventaja: a Brenner ahora no le quedaba fácil obviar el tema.

–¿Qué te pasa? –preguntó de la forma más neutra posible.

–Se me ha rebotado la bilis.

–Mecachis en la mar, el hígado tenía que ser.

–Sí, justo el hígado.

–Se diría que la cerveza sólo afecta al hígado si la consumes.

–A veces es peor cuando la cosa te viene de herencia.

–Sí, recuerdo que siempre le dabas vueltas a eso. Que tus padres tenían la culpa cuando un pobre diablo bebía hasta caerse muerto.

–¿Lo ves? Por eso necesitaba el trabajo de profesora de música.

–¿Y tus posibilidades?

–¿Con los hombres?

–Con los rayos gamma.

–Mejores que con los hombres.

–Entonces no tengo por que preocuparme –dijo Brenner haciendo de tripas corazón. Increíble. Tuvo que hacer cierto esfuerzo para que el famoso nudo no le resbalara hasta las cuerdas vocales. Porque le entró un verdadero arrebató sentimental.

Recordó cómo había acabado la relación con Klara. La culpa había sido de la guapa Bernadette, amiga de ella. En una ocasión la chica incluso ganó el concurso «Miss Pechos» en una discoteca de pijos de Puntigam. El moderador del evento era un famoso cantante de éxitos de Viena, que aquella misma noche le quitó a Brenner a su Miss Pechos.

Y ahora volvían a separarse. Mejor dicho: habían llegado al pabellón de radioterapia. Brenner la acompañó hasta el piso superior y al despedirse le preguntó:

–¿Vienes a menudo con nuestro servicio de ambulancias?

–Dos veces por semana.

–Entonces seguro que nos veremos.

–Seguro –dijo ella dejando la ceja sin levantar, pero Brenner ya no se acordaba de si eso era buena o mala señal.

–Hasta luego, pues.

–Hasta luego, pues.

Le hubiera gustado decir algo más simpático, pero no se le ocurrió nada. Y es ahí donde ves las ventajas de la sustancia de maratonista. Brenner ya no tuvo tiempo para sentimentalismos porque enseguida empalmó con el servicio siguiente. Y venga a oír de nuevo la cantinela de la vida cotidiana de algún prójimo. Y luego otra y otra y otra...

Sólo cuando por la noche llegó a casa, los efectos de la sustancia bajaron un poco. Klara volvió a su mente y tomó posesión de la misma; estuvo a punto de telefonarle. Pero creo que aquello fue una especie de maniobra de distracción porque sencillamente no sabía dónde buscar al pequeño Berti. En cambio, se quedó de pie frente a la ventana mirando al patio de la central de ambulancias y silbando en voz baja esa melodía.

Extraña costumbre la de Brenner de silbar varios días seguidos una canción cualquiera, sin darse cuenta de ello. Pero luego, cuando se detenía a pensar qué era lo que estaba silbando, a menudo la letra de la canción encajaba que ni pintada con su situación, aunque no hubiera pensado en ella mientras silbaba. O sea «Foxy Lady» cuando se enamoraba de una pelirroja, o «Prefiero comprarme un sombrero tirolés» cuando el peluquero le había hecho un estropicio o, si me apuras, cuando lo asaltaba el miedo a perder la potencia.

Y lo creas o no, una vez fue ésta la razón por la que puso en fuga a una novia. No por

sus problemas de potencia, sino porque la chica ya no aguantaba su eterna manía de silbar. Y eso que él lo hacía muy bajito, conteniendo el aire. Pero ella no era pelirroja, sino una de esas que no son ni chicha ni limoná.

Y lo que Brenner silbaba aquella noche de manera completamente inconsciente volvía a ser algo significativo. Porque se trataba de la canción que Klara le había grabado tiempos ha en un casete.

El piso de Brenner tenía dos habitaciones y media. Setenta metros cuadrados. De modo que podías pasarte horas buscando el dichoso casete. Brenner estaba seguro de que en alguna parte tenía que estar. Pero como se suele decir: tres mudanzas equivalen a un incendio. Y en efecto, de las cosas que Brenner tenía hace dos años en su VEP la mitad ya no existía.

Y eso que la mayoría de los objetos vuelven a aparecer en algún momento. Aunque, claro, no lo que estás buscando. Creo que esto responde a una especie de ley universal.

Otra ley es que si te mudas tiras cosas que llevas años sin necesitar para no tener que transportar y volver a ordenar tanto trasto. Pero no acabas de llegar al nuevo piso y resulta que te hace falta justo lo que tiraste y tienes que volver a comprarlo.

Y ya puestos, otra ley: si hay alguna posibilidad de dar un rodeo, Brenner seguro que lo da. Era lo que sacaba de quicio a sus superiores en la policía. A veces sospeché que lo hacía adrede. Aunque por otra parte tengo que admitir que a Brenner sencillamente le cuesta concentrarse en lo esencial. De manera que en lugar de poner manos a la obra y buscar al pequeño Berti, que igual se encuentra en peligro de muerte, lo que hace es dedicar horas enteras a buscar el dichoso casete.

Tenía una caja llena de casetes viejos, algunos de más de veinte años, otros de la época de secundaria. Llevaba años sin abrirla.

Porque desde la aparición de los cedés no hay Dios que escuche casetes. A lo sumo en el coche, y dado que coche particular él no tenía... Y en la ambulancia la pelea con los compañeros por la música que había que oír, mejor ahorrársela. El día entero el sonsonete de la radio era lo adecuado para todos.

Al cabo de unos minutos ya encontró la caja, y ahora tengo que admitir que es un mal ejemplo para lo que he llamado «ley» porque, en realidad, todo estaba en perfecto orden. Porque no sólo no había tirado la caja al mudarse, sino que una vez transportada también la había necesitado. Pero espera y escucha lo que te digo.

En la caja había al menos cincuenta, si no cien casetes. De modo que estuvo buscando casi dos horas entre aquel galimatías. Porque te pones a escuchar uno y otro para ver lo que hay grabado, pues lo que pone en la carátula es del año de la pera, luego rebobinas media hora y en ésas se te va un montón de tiempo.

Y mientras lo hacía no pensó ni un solo momento en Berti. ¿Te parece normal? Debería buscar a una persona y en cambio busca un casete. Y no creas que el casete le habría revelado dónde hallar a Berti.

Porque cuando por fin acabó de revisar la caja de casetes entera, tuvo que conformarse con que estaban todos salvo el de Bach que Klara le había grabado en Puntigam. Y lo ves: ahí vuelve a cumplirse la ley.

–De los hombres ya estoy más que curada –dijo Nicole, la secretaria del Banco de Sangre, echándole a Brenner el brazo por los hombros.

–Entiendo.

–¿Por qué ibas túuu a entenderlo?

–Porque hablas tan claro.

–¿Te parece que hablo claro? –le susurró al oído.

No estoy muy seguro de si la transmisión acústica fue por ondas sonoras o en directo, de los labios al tímpano.

Y no quiero decir que a Brenner esto le resultara incómodo de por sí ni que fuera no sé qué caballero inglés que, por principio, no se aprovecha de la circunstancia de que una mujer tenga cinco o seis cócteles de sombrillita entre pecho y espalda. Seguro que no.

Pero Brenner, por lo general muy receptivo para todo tipo de rodeos, en ese momento no podía con Nicole.

Después de haber pasado horas enteras buscando el casete en su casa en lugar de buscar a Berti, acabó por encaminarse hacia el barrio de Floridsdorf a inspeccionar un poco los alrededores de la fábrica de hormigón Watzek.

Cuando vio salir de allí a los cuatro hombres, no le fue difícil reconocer al jefe de los ligeros, porque no era ni la mitad de gordo que los otros tres obreros de la hormigonera. Además, el parecido con su hermano, que ni que fueran gemelos.

Stenzl y el más inflado de los tres partieron en un Mercedes blanco; los otros dos, en un camión con remolque y toldo azul. Brenner hubiera preferido ir en el Mercedes, cómo no, pero para pasar desapercibido lo mejor era sencillamente optar por el remolque. Al joven de la «lavandería» le había molestado que aquel toldo le tapara la vista; a Brenner, en cambio, le venía de perlas.

Cuando el Mercedes y el camión aparcaron ante el Golden Heart, Brenner esperó cinco minutos bajo el toldo del remolque. Luego entró en el establecimiento. Al par de obreros los localizó enseguida; en cambio, los dos del Mercedes no estaban.

Pero estaba Nicole, que lo atrajo a su mesa. Eran las once y cuarto de la noche; ahora el reloj marcaba las doce y media y la movida en el Golden Heart seguía su curso. Brenner no había abandonado la mesa de Nicole.

–¿Y por qué no quieres saber nada más de los hombres? –le preguntó.

–Entiendo –le susurró Nicole al oído–. Porque hablas tan claro.

Si no hubiera estado Nicole, seguramente tampoco habría podido cruzar palabra con Angelika Lanz, pues en aquel sitio la marcha no bajaba de ritmo, con los ligeros jugándose la birria de sueldo en el póquer. Brenner fue testigo de cómo uno perdió primero la friolera de veinte mil chelines y luego, en una sola apuesta, los recuperó. Vio claramente cómo el sudor empapaba la camisa del hombre durante esa última partida.

A diferencia del jugador, Brenner disfrutó el momento, pues por primera vez no era él el blanco de las miradas en el Golden Heart. Éstas se dirigían al jugador de póquer del bando propio, y no al extraño, a ese crucista que volvía a aventurarse por el local apenas se le había curado el ojo.

De modo que, dado el panorama, Brenner podía estar contento de que Nicole conversara con él. La chica se pedía un cóctel tras otro y cada vez que le servían uno, Brenner se ponía a silbar suavemente aquella melodía. Ya sabes, su manía de siempre.

—¿Qué es lo que silbas cuando me traen el cóctel? —le preguntó la chica, de repente mosqueada. Porque cuando estás borracho, a veces las emociones se ponen impertinentes.

—¿Estoy silbando?

La música en el establecimiento estaba tan alta que el propio Brenner no se oía silbar, aunque lo hacía aspirando el aire. Le extrañaba que Nicole pudiera oírlo.

—¿O acaso afinas los morros de esa forma tan sexy porque quieres escupir en mi copa? —dijo Nicole riéndose como quien acaba de hacer el mejor chiste de su vida.

Entonces también Brenner sintió curiosidad de saber qué andaba silbando. No tardó en averiguarlo, pues al instante volvió a tener la melodía en la punta de la lengua. Era la del casete que durante horas había estado buscando en vano.

—Es un aria religiosa.

—¿Un aria a la rosa? ¿Por qué silbas tú un aria a la rosa cuando yo me tomo un daiquiri de fresa? Tienes que silbar un aria a la fresa, no a la rosa —se rió Nicole, y dobló el cuerpo de forma muy insana; ningún fisioterapeuta recomendaría esa postura.

La chica colocó la mejilla en la clavícula de Brenner de manera que su cara miraba hacia abajo, mientras que sus ojos de marciana miraban hacia arriba para poder ver los de Brenner. Sólo la cabeza se giraba un poco con ellos. El resto del cuerpo, embriagado por el alcohol, permanecía quieto, y Brenner esperaba oír el crujir de su nuca en cualquier momento. Pero lo que oyó fue su voz diciendo:

—Por favor, silba un aria a la fresa.

—No he dicho aria a la rosa.

—¿No has dicho aria a la rosa? Pero tampoco a la fresa.

—He dicho un aria religiosa. De las que se cantan en las iglesias. Donde se bebe vino, no esos batidos con paraguas.

Aunque aquí tengo que corregir a Brenner. Porque he oído decir que hoy en día hay parroquias que van con los tiempos y también los tienen.

—¡Socorro, eres un perverso! ¿Te pones a silbar así como así un aria religiosa?

—No era consciente.

—¿Y cómo se llama esa aria?

–Olvídalo.

–Por favor, vuelve a silbarla para mí. Igual la reconozco.

–Ven, dulce muerte.

–¿Cómo dices?

–«Ven, dulce muerte.» Así se llama el aria.

Seguro que la conoces de los tiempos del instituto. Esa sensación que tienes cuando te compran el primer compás para dibujar en Geometría. No había nada más divertido que ponerse a pinchar, en medio de la clase, el culo del compañero de delante con la aguja de ese instrumento. Pues así como había saltado Walter Neuhold en el instituto en Puntigam cuando Brenner lo pinchó con el compás, así se sobresaltaba ahora Nicole. ¡Vaya, que ni picada de tarántula!

La chica, obvio, se apartó inmediatamente del hombro de Brenner y se puso recta, en posición sentada.

–Me observas cómo pido un daiquiri de fresa tras otro y cada vez que me lo traen te pones a silbar «Ven, dulce muerte». ¡Pues no lo tolero!

–Pero si ni yo me he dado cuenta.

–Tú también bebes cerveza como un condenado. Ya veremos a quién de los dos nos llega la muerte antes.

–Seguro que a mí.

–¿Y por qué estás tan seguro?

–Porque de lo contrario tú no podrías verlo.

–Muy gracioso. Te crees muy listo, ¿verdad?

Brenner se daba cuenta de que Nicole se estaba convirtiendo en un volcán a punto de entrar en erupción. Por eso trató de decir algo apaciguador y le contó con toda franqueza que la canción no le salía de la cabeza desde que había vuelto a ver a Klara.

Pero el método-de-toda-franqueza a menudo no es el más indicado si se quiere evitar una erupción.

Cuando vio que nada más pronunciar el nombre de Klara los ojos de Nicole sufrían un auténtico cambio de color, ya era demasiado tarde.

–Para mí que tú eres el asesino de Stenzl –fue lo único que atinó a decir la chica–. Ahora mismo voy y se lo digo a la policía.

Y se acabó. Brenner respiró aliviado cuando Nicole atravesó la puerta. Las risitas burlonas de los ligueros no le molestaron; en cambio, las caras pétreas de los dos obreros de la hormigonera lo pusieron un poco incómodo. Por un instante pensó en preguntarles adónde habían ido sus jefes, ambos desaparecidos. Pero luego se sumió de nuevo en sus pensamientos.

En realidad, lo que Klara le había grabado en su momento no era un aria religiosa, sino una pasión oratória, recordaba ahora Brenner y se imaginaba cómo Nicole hubiera reaccionado si en lugar de decir «aria» hubiera dicho «pasión». Seguramente se le habría ocurrido alguna tontería.

Cuando, en el instituto, Klara le grabó la pieza, incluso le hizo gracia. Aunque su gusto personal de entonces se limitaba a Jimi Hendrix. Y te reirás, pero entre Bach y Jimi

Hendrix no hay tanta diferencia. Hendrix, siempre con sus repeticiones; Bach también. Y la música va sonando y sonando, y si da la casualidad de que tienes diecisiete años, flotas con ella tan ricamente como en una nube.

Pero claro, en Brenner esto no era más que una opinión. Klara, en cambio, sí que entendía de música, de Bach, de la fuga y toda la pesca.

Aunque en ella lo de «Ven, dulce muerte» no era tanto por erudición como por la pubertad; es decir, respondía a esa eterna manía de relacionarlo todo con la muerte y tal. Porque cuando a día de hoy tienes diecisiete años, la muerte ofrece cierta dulzura. Con diecisiete aún eres inmortal, pero como la vida a esa edad a menudo es amarga, piensas que la muerte debe de ser dulce. Y entonces, vista desde ese ambiente provinciano de Puntigam, la muerte lo es con mayúsculas. Pero cuando tienes cincuenta y te llevan a la radioterapia, la muerte sólo es una mierda.

No sé si Brenner estaba muy sumido en estos pensamientos o si, en realidad, lo que hacía era echar una cabezadita. Esto último no sería de extrañar. Después de tres semanas de servicio continuado, las dos cervezas lo habían dejado, lo que se dice, para el arrastre. En cualquier caso, tanto los ligueros, jugadores de póquer, como los conductores de la fábrica de hormigón Watzek habían desaparecido de repente, y él estaba a solas con Angelika Lanz.

–Hombre, dichosos los ojos –dijo Angelika.

–Llevo varios días buscándote.

–No paro mucho por casa últimamente.

–Ya me he dado cuenta.

–Mi padre confesó anteayer.

Angelika llevaba una blusa sintética de color plata y unos pantalones sintéticos de color negro brillante. La hebilla de su cinturón estaba formada por unas letras doradas donde ponía: ESCAPADE, o sea libertinaje.

–Eso he oído –dijo Brenner.

–¿Es todo lo que se te ocurre decir? –dijo Angelika creyendo todavía que podía hacerse la prepotente.

–No sé si te gustará oír el resto.

Angelika encendió un cigarrillo:

–¿Que sería...?

–Que sería que por qué no me dijiste nada de las deudas de juego de tu padre.

–¿Y qué?

–Ni dónde estabas la tarde en la que Pongo se atragantó con su cadena de oro.

Angelika expulsó el humo con tanta fuerza como si tuviera que matar con él una avispa. De modo que a Brenner no le extrañó que, por el efecto de retroceso, la cabeza le rebotara hacia atrás con soberbia.

–¡Jo, no me hagas reír! –soltó con el aire que le quedaba.

–No sería la primera vez que un padre se sacrificara por una hija.

–En una cosa tienes razón: mi padre no fue.

–Yo tampoco creo que tu padre sea el asesino. Es demasiado débil para poder

estrangular a Pongo.

–¿Y a mí me crees capaz? –dijo ella riendo.

–No, no creo que hayas sido tú, pero sí que sabes algo.

Angelika vació el cenicero en el cubo de la basura y el contenido del cubo, en una enorme bolsa de plástico. Luego colocó la bolsa en el montaplatos. En el Golden Heart no se sirven comidas, pero antes había un restaurante en el piso de arriba y en el sótano una cocina, donde hoy está el local. Después de una docena de remodelaciones lo que fue montaplatos ahora es un montabasuras.

–Hasta hace dos días mi padre tenía una deuda de ochocientos mil chelines con el banco. Y a Pongo le debía otros setecientos mil.

Mientras hablaba, Angelika encendió el lavavajillas y cerró las botellas de vino abiertas con un asqueroso tapón de goma. A Brenner le llamó la atención que la chica hubiera desarrollado una particular forma de mover los dedos para no romperse sus uñas de varios centímetros de longitud.

–Desde hace dos días la cuenta con el banco está saldada y la ex mujer de Pongo ha retirado sus reclamaciones.

A Brenner hoy le daba por la música, pues dijo casi cantando:

–«¿Quién lo ha pedido? / ¿Quién lo pagará? / ¿Quién tiene la pasta? / ¿Quién la tiene gansa?»

–Es lo que yo también me pregunto –dijo Angelika poniendo de repente cara sombría. No sé si sombría por el asunto o porque Brenner imitara la estúpida canción.

–O sea que a tu padre le van a caer ocho años –dijo Brenner volviendo a la normalidad–, de los cuales cuatro serán de libertad condicional por haber sido víctima de acoso y provocación por parte de Pongo. Y a los dos años saldrá por buena conducta y estará libre de deudas.

Angelika limpió el recipiente para hacer cubitos de hielo, lo llenó con agua y lo devolvió al congelador.

–Un millón y medio en dos años. Tu padre no habrá ganado nunca una cantidad semejante.

–Yo tampoco.

–¿Y tú no sabes por casualidad quién ha cargado con los gastos?

–¿Cómo voy a saberlo?

–Vives con nosotros y trabajas para la Liga. Debes de escuchar algunas cosas. Digo yo.

–El que carga con los gastos seguramente es el mismo que encargó la muerte de Pongo.

Los hay que no sabes si se hacen los tontos o si realmente lo son. Entonces estás en la duda de si pisarles los callos o seguir conversando como si nada con ellos.

–¿Alguna vez has oído hablar de la Ruppachter? –preguntó Brenner cambiando de estrategia, o sea de tema.

–Si mal no recuerdo, mi padre siempre despotricaba contra ella.

–Lo comprendo –dijo Brenner cogiendo sin más uno de los cigarrillos de Angelika, aunque llevaba sin fumar desde que empezó a trabajar en la ambulancia–. Irmí era la

enfermera personal de la Rupprechter.

–Lo sé –dijo Angelika dándole fuego.

–Tú lo sabes todo.

–Vivo con vosotros y trabajo aquí. Escucho cosas.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Que Irmí era la cuidadora a domicilio de la Rupprechter? ¿Eso qué importancia tiene?

Brenner apagó el cigarrillo después de dos caladas.

–Seguro que fue la cuidadora de una veintena de cardos más –dijo Angelika encogiéndose de hombros.

Puso unos cascos de cerveza en su caja y colocó ésta sobre otra. Después las empujó con el pie sobre el suelo de gres provocando ese ruido horrible que produce la tiza sobre la pizarra.

–La Rupprechter me dijo que Irmí había estado husmeando en sus papeles.

Al decirlo, su voz adquirió un matiz de agitación, aunque sólo elevó levemente el tono para amortiguar el chirrido.

–Si fue lo único que hizo. –dijo Angelika al volver–. Hubiera podido sacar un millón de chelines de su libreta de ahorros cada día sin que la Rupprechter se diera cuenta. No habría sido la primera vez que una cuidadora se aprovecha de una vieja indefensa.

–Aun así. He sondeado un poco y me he enterado de que Irmí también fisgoneó en casa de otras pacientes.

–¿Y qué? No tiene importancia. ¿Adónde quieres ir a parar? El disparo la alcanzó por error –dijo Angelika empezando a perder la paciencia–. Era una mujer que tuvo mala suerte toda su vida.

–¿Por qué sabes tanto acerca de ella?

Angelika vertió las aceitunas del cuenco de cristal en un recipiente de plástico y le puso la tapa. Ya sabes a qué me refiero: esos boles que se vendían antes en fiestas privadas y las amas de casa acudían y lo compraban todo y luego no les alcanzaba el presupuesto doméstico y había divorcio y tragedia. Pero eso sí, los boles eran muy prácticos.

–Trabajo aquí.

–Y vives con nosotros.

Ella colocó el bol en la nevera, y permíteme que te diga una cosa: si los restos de comida aguantan más que el matrimonio, hay algo que no concuerda con la idea del inventor. Del inventor del matrimonio, quiero decir. Porque con la idea del que inventó el túper, tal vez sí. Eso, túper, así se llaman esos boles.

–Irmí salía con un compañero de mi padre.

–¿Con cuál?

–No llegaste a conocerlo.

Limpio la barra con una bayeta Vileda color rosa, la tiró a la basura, se olió los dedos torciendo el gesto y dijo:

–No sé cómo se llamaba. Todos le decían el lungauense, aunque de Lungau no era. Había nacido en Burgenland. No sé por qué le pusieron ese apodo.

–¿Y dejó plantada a Irmí?

–No, hasta querían casarse y todo. Congeniaban bien. Tengo que decir que era uno de los más simpáticos.

–¿Y qué pasó?

La chica se lavó las manos, se las secó en los pantalones y volvió a olerse los dedos.

–Es increíble este olor a bayeta, no hay manera de quitárselo de encima. El lungauense siempre conducía la 740. No la nueva, sino la que había antes. Era la más vieja de las ambulancias. La tenían que reparar cada semana, pero el lungauense era mecánico de profesión, de manera que las más de las veces la arreglaba él. En compensación le tocaba siempre el viejo cacharro, porque así el júnior se ahorra los gastos de las reparaciones.

–¿Cuándo se marchó?

–Debe de hacer poco más de un año.

–¿Provocó un accidente?

–No, no lo provocó. Lo sufrió.

–¿No lo provocó pero lo sufrió? ¿Qué pasa hoy? ¿Cómo es que me encuentro a tanto malabarista de las palabras?

No debes olvidar que aún tenía atravesado en el estómago el aria de la fresa.

–Una vez estaban arreglando un tubo de escape entre dos. Ni siquiera era el de su 740. Pero él un tipo servicial –dijo Angelika contando los paquetes de cigarrillos y sacando el dinero del cajón donde los guardaba–. En fin, el caso es que un tornillo se había atascado completamente y el otro necesitaba que alguien le ayudara. Los dos estaban debajo de la plataforma elevadora. El lungauense hacía palanca mientras su compañero apretaba con toda su fuerza. De pronto el destornillador resbaló y se le clavó al lungauense en el ojo derecho.

–¡Mierda!

–Y de ahí derecho al cerebro.

–¡Mierda!

Imaginárselo le dolió tanto que hubiera preferido pegar un grito.

–Ya puedes decirlo en voz alta.

–Mierda –volvió a decir en voz baja.

No es agradable figurárselo. Porque cuando decimos, sin pensar, que a fulanito le falta un tornillo, lo que le deseamos, en la mayor parte de los casos, es que alguien venga y se lo ponga.

–¿Sobrevivió?

–Sobrevivió. Pero está muy mal. En silla de ruedas. Discapacitado intelectual. Malvive. Ya sabes, uno de esos casos que la gente dice que hubiera sido mejor dejarlo morir. Ni siquiera puede hablar y no se entera de nada.

A Brenner la historia le caló hondo y estuvo un rato sin decir nada.

Pero luego quiso salir de dudas:

–¿Quién era el otro?

La hija de Lanz colocaba en fila las botellas de licor: fresa, frambuesa, kiwi, chocolate.

–Pongo.

«Mierda», pensó Brenner.

Con un puñado de reglas de madera Angelika iba midiendo el nivel de las botellas de aguardiente y apuntaba los datos en una libreta escolar cuadriculada.

Derechito al cerebro.

Brenner tenía ganas de pegar un grito por el dolor que le causaba la imagen. Pero entonces un pensamiento se le clavó derecho en el cerebro:

Que la bala estaba destinada a Irmí. Que el asesino sólo atravesó a Stenzl para camuflar su trabajo.

–¿Qué estás silbando? –preguntó Angelika mientras escribía en su libreta.

–Ni idea –dijo Brenner.

Aunque hacía mucho tiempo que no abrigaba una idea tan terrible como la de ese momento.

Mientras observaba en silencio las últimas maniobras de Angelika en el Golden Heart, Brenner hizo un descubrimiento interesante: si a día de hoy y como detective piensas demasiado en la muerte, fácilmente puede suceder que, para variar, la muerte piense en ti.

Aunque se dice que la muerte tiene la mano fría, la que ahora oprimía por detrás el cuello de Brenner era una mano caliente, mientras la que le torcía el brazo en la espalda parecía absolutamente normal. No quiero decir que humana, porque si la mano está a punto de descoyuntarte el hombro no te apetece tildarla de tal, tenga la temperatura que tenga. Y de la rótula del extraño lo que le llamó la atención tampoco fue el frío, sino su dureza, que le partió la costilla como si fuera un mero palillo.

Pero es curioso. En un primer momento no notó nada. Fue al respirar cuando lo notó. Mejor dicho, al intentar respirar y sufrir la asfixia.

Por eso confundió por un instante a los dos trabajadores de la hormigonera con la muerte. Aunque los tipos no lo enviaron al otro barrio. Lo que hicieron fue embutirlo en el minúsculo montaplatos de tal manera que Brenner creyó estar viajando al infierno mientras lo bajaban al sótano.

Y eso que la parte de abajo era mucho más bonita que la de arriba. Tienes que imaginártelo como una especie de salón de póquer de Las Vegas. Muebles tapizados en felpa, espejos y demás parafernalia. Yo personalmente nunca he estado en Las Vegas, pero lo he visto en la tele. Una vez, en Salzburgo, estuve en un bar Las Vegas, y lo creas o no, a las cuatro de la madrugada conocí allí a una mujer ciega.

Sería una historia muy interesante, pero lamentablemente no es apta para menores. ¿Dónde me he quedado? Ah, en el salón Las Vegas, en los bajos del Golden Heart. Tenía más o menos el mismo tamaño que la bodega bar en el sótano de Servicio de Ambulancias de la Cruz, pero era mucho más elegante. Con una mesa de billar enorme, como esas que tienen los ingleses. Conducción por la izquierda, mesas de billar grandes y príncipes herederos con orejas de soplillo, vaya pueblo. Como sea. De todas formas, en la mesa de billar del sótano del Golden Heart en ese momento no jugaba nadie.

Los hombres estaban sentados alrededor de una mesa de juego haciendo circular el cubilete. Eran el jefe de Watzek en persona, el jefe de la Liga en persona y Berti, también en persona.

–¡Qué bien que por fin esté llegando! –dijo el liguero agitando el cubilete–. Nos falta

precisamente un jugador.

Porque Berti no echaba los dados. Hay que admitir que con las manos atadas por la espalda a la mesa de billar, es difícil echarlos. Pero, curioso: vistos los dos metros de altura del pequeño Berti, la mesa de billar inglesa tenía las proporciones adecuadas.

Cuando Brenner logró abandonar el montaplatos, temió que la costilla rota le saliera por el pecho y que el jefe de Watzek la confundiese con el cañón de una pistola y le pegara un tiro. En defensa propia, como quien dice. Pero, menos mal, la costilla no salió. No fue más que una fantasmagoría subjetiva, contemplada exclusivamente desde la perspectiva del dolor.

Acto seguido el viejo Watzek quiso cerciorarse personalmente de si Brenner iba armado. Aunque arriba, en el Golden Heart, los trabajadores, obvio, ya le habían quitado la Glock. Pero «más vale prevenir que curar», decía el lema de la hormigonera Watzek, y el jefe hormigonero lo había hecho suyo. A Brenner, claro está, no le resultó muy agradable que digamos. Es como una operación a corazón abierto y sin anestesia cuando una mala bestia como el Watzek te toca la costilla rota con sus zarpas.

Stenzl, en cambio, de lo más cortés. Le acomodó la silla y empezó a echar los dados como si Brenner fuera un viejo compañero de juego.

–Cuarenta y tres –dijo pasándole el cubilete.

Ahora bien, suerte que en la Escuela de Policía estuvieron noches enteras jugando a los dados. Así que Brenner enseguida supo lo que debía hacer. Porque aun habiendo olvidado muchas de las cosas allí aprendidas, las reglas para los dados se te quedan grabadas.

Es igual que con la natación o el padrenuestro o el esquí; una vez aprendidos, ya no se te olvidan. Mover el cubilete, chocarlo en el tablero de la mesa, levantarlo un poco de manera que sólo tú puedas ver los dados, decir un número y esperar a que los demás adivinen si el número que has dicho es correcto o no. Eso no se te olvida ya nunca más.

Considero que hay cierta justificación en el hecho de que la Escuela de Policía conceda tanta importancia a los dados. Porque tiene su intrínquis: el cubilete va pasando de mano en mano y, sumando los dos dados, el jugador siguiente siempre debe sacar un número superior al de su antecesor. Si éste ha sacado cuatro y dos y dice cuarenta y dos, tú tienes que sacar al menos cuarenta y tres. Si lo consigues, perfecto; pasas el cubilete al siguiente jugador, que a su vez debe sacar un número superior, y así sucesivamente.

El arte entra en juego cuando sacas un número más bajo que tu antecesor. Entonces, cara de póquer. Has visto tus dados bajo el cubilete y simplemente te inventas un número más alto.

Tu compañero de juego puede creerte o no. Si no se fía, levanta el cubilete, y si te pilla mintiendo, eres tú el que paga. Los hay que han perdido casa y herencia en estas lides. Pero si sucede que el compañero levanta el cubilete y tú no has mentado, es él quien pierde casa y herencia. Ahí está la gracia.

Por eso digo que en la Escuela de Policía hacían bien concediendo tanta importancia a los dados. Porque son estupendos los paralelismos con la vida real, en la que también hay que tener siempre más y tirar faroles y al final alguien te levanta el cubilete y adiós

muy buenas.

Ya puedes estudiar diez años de psicología policial, que aprender no aprenderás sobre la vida ni la mitad de las cosas que en diez noches de dados.

Brenner agitó el cubilete, lo volcó sobre la mesa, miró y dijo:

–Veintidós.

Porque, claro, un par de iguales vale más que cualquier número mixto y tiene incluso nombre propio: doble de dos.

–Desde siempre me apetecía echar alguna vez los dados con los matones del júnior –dijo el jefe de la Liga, mientras Watzek recibía el cubilete que le pasaba Brenner.

–Por este oído no oigo nada desde que sus hombres me dieron la paliza –respondió Brenner. Aunque casi se mareó por la punzada que, al hablar, le producía la costilla incrustándose en el pulmón.

–Entonces tendrás que soplárselo tú –le dijo el jefe de los ligueros a Watzek. Pero éste no movió una pestaña. Siguió agitando el cubilete como si se tratara de un instrumento musical brasileño. En efecto, entre aquellas manazas el cubilete parecía más un juguete en manos de un bebé gigante que una vasija para menear dados.

–Si hubiera sabido que iba a seguir figoneando tan campante, su otro oído tampoco oiría ya nada –dijo el ligüero–. Tampoco vería ya nada. Ni olería ni gustaría nada.

–¿Pero aún tendría tacto? –inquirió Brenner.

–Me temo que hoy mismo se te quitarán las ganas de reír.

–¿Cuál es su apuesta? –deseó saber Brenner prefiriendo mantener el usted. Porque hoy en día la gente enseguida pasa al tuteo, cosa poco oportuna cuando el interlocutor es tu jefe o incluso tu asesino. Porque estos grupos de personas tienden, por naturaleza, a faltarle a uno al respeto.

–Apostamos a cuál de los dos le pegamos el primer tiro –dijo el ligüero esbozando una sonrisa con sus labios finos–. A ti o a tu compañero.

Brenner, en su fuero interno, tuvo un respiro de alivio. Respirar aliviado es ciertamente lo peor que puedes hacer con una costilla rota, pero el dolor de costillas es preferible al dolor de la muerte. Aquí al menos no hay disyuntiva.

Aunque no creas que su alivio se debía a la esperanza de que el pequeño Berti pudiera recibir el tiro antes que él. Respiró aliviado por lo que dice el refrán de que «perro ladrador poco tirador».

–Doble de cuatros –atronó Watzek empujando el cubilete hacia el ligüero. Porque Berti seguía con sus malos modales de no poner las manos sobre la mesa.

Un doble de cuatros es, desde luego, el punto álgido de cualquier partida de dados. El momento en que por lo general, quieras que no, tienes que levantar el cubilete porque la probabilidad de superar el cuarenta y cuatro es prácticamente nula.

El ligüero, sin embargo, no levantó el cubilete, sino que lo cogió y agitó al tiempo que decía:

–Pero antes quiero que me digas una cosa.

–¿Sobre la muerte de su hermano?

–Sabéis perfectamente que con la muerte de mi hermano no tengo nada que ver.

–Usted echó a su hermano y a continuación los crucistas lo colocaron de jefe en el Banco de Sangre. Entonces usted tuvo miedo de que el negocio de la sangre pasara enteramente a manos de los crucistas.

–¿Y qué crees tú que por ese preciso motivo ha estado haciendo el club de las americanas deportivas en estas cuatro últimas semanas? Me han puesto tres veces la casa patas arriba. Pero no han encontrado ni esto –dijo el ligero señalando la mugre bajo sus uñas–. Y eso el júnior lo sabe tan bien como yo.

–¿Quién cree usted que mató a su hermano?

–Qué sé yo en cuántos chanchullos más andaría metido. En algún momento a alguien se le habrá colmado el vaso.

–Entonces el que usted se limitara a ponerlo de patitas en la calle fue todo un acto humanitario.

–Pues sí, porque si de matarlo se trataba, tendría que haberle pegado un tiro ahí mismo, sin contemplaciones. Ahora no me sirve de nada que esté muerto, pues mucho ha llovido desde que fue a soplarle al júnior lo de la contabilidad.

–¿Qué contabilidad?

–No te hagas el tonto. ¿Acaso crees que no sé lo que estáis buscando aquí?

–De la contabilidad nunca se ha hablado. Lo único que el júnior quería saber era si ustedes espían nuestras comunicaciones de radio.

Ahora tamaña tortura. El viejo Watzek y el ligero se carcajearon de tal manera de la explicación de Brenner que éste casi secunda sus risas. Y cualquiera que se haya reído alguna vez con una costilla rota sabe lo que eso significa.

Pero luego, de un momento a otro, el ligero puso cara muy seria y dijo:

–Ahora voy a contarte algo. Desde hace años espíamos la radio de los crucistas. Y los crucistas desde hace años espían la nuestra. Con absoluto consentimiento mutuo. Es lo mejor para ambas partes. Sucede como entre países enemistados, donde es precisamente el espionaje mutuo lo que garantiza la paz. De esta manera los dos lados saben a qué atenerse. No hay paz pero sí tregua.

Una costilla rota es algo sumamente interesante. Duele, naturalmente, si te da un ataque de risa o de rabia, porque la cosa es física. Pero lo curioso es que sientas la misma punzada tanto si reprimes un acceso de ira y no te mueves como si lo exteriorizas. Porque aunque Brenner permanecía tan quieto como un auténtico profesor de yoga, su costilla fue presa de una rabia tal que hubiera deseado subirse por las paredes.

Y eso que no podía saber si el ligero le estaba poniendo una trampa. Si el encargo de espionaje del júnior no tenía su razón de ser. Pero ¿ves lo que te digo?: a veces una costilla resulta siendo más lista que su dueño.

–A ver si de una vez me cuentas la verdad –dijo el ligero sin revelar el número de los dados–. ¿O dirías que es pura casualidad que al tiempo que matan a mi hermano aparezcan dos fisgones de los crucistas en mi empresa? Aunque tengo que decir que tu excusa del espionaje de las radiocomunicaciones es tan mala que casi me da que pensar.

–¿Qué quiere saber?

–Quiero saber qué sabéis.

Brenner no dijo más. El pecho le dolía hasta el punto de que incluso al amordazado Berti le hubiera resultado más fácil decir algo.

Pero a quien le tocaba mover ahora la lengua era al ligero. Sólo existen tres posibilidades de superar un doble de cuatros. Un doble de cincos o un doble de seises.

–Maxi –dijo el ligero.

Hay quien cree que «maxi» viene de «Maximiliano». Pero en el juego de los dados, obvio, viene de «máximo». Porque cuando sacas veintiuno, tienes el máximo puntaje posible. Así lo establecieron en su día, y así sigue siendo hasta la actualidad. Primero, las combinaciones normales; luego, los dobles; luego, el veintiuno, que es el no va más.

Ahora bien, una sutileza en las reglas de juego, porque la partida todavía no se acaba. Por eso alabo yo la formación de la Escuela de Policía. Porque aunque tu adversario cante «maxi», aún tienes opciones.

Escucha lo que te digo, porque es complicado: si un jugador dice «maxi», al que le sigue le quedan tres posibilidades.

O sea en este caso concreto: Brenner levanta el cubilete y si el ligero ha mentido, éste pierde.

O bien, Brenner levanta el cubilete y resulta que es cierto que el ligero ha sacado veintiuno; entonces pierde Brenner.

O bien existe la posibilidad, ya especial, de que Brenner no levante el cubilete, sino que se lo pase al Watzek sin mirar. Éste, quiera o no, tiene que levantar el cubilete.

Y entonces hay dos posibilidades. Si los dados marcan veintiuno, Watzek ha perdido porque ha destapado un número correcto.

O bien, aunque más probable, el ligero ha mentido. Entonces el que pierde no es el ligero, sino el del medio, o sea Brenner, porque le ha faltado coraje para levantar el cubilete y por querer nadar entre dos aguas ha acabado por ahogarse.

Tantas posibilidades y ninguna se cumplió.

Porque el ligero se puso de pie y llamó el montaplatos:

–Mientras no sepa lo que mi hermano le contó al júnior, os quedáis aquí abajo. El montaplatos es la única salida y vamos a dejarlo fuera de combate hasta que se os ocurra algo con respecto a mi pregunta.

Brenner alcanzó a pensar en si debía explicarle a Stenzl que el verdadero objetivo del asesino no había sido su hermano sino Irmí. Pero, en primer lugar, el jefe de la Liga no le habría creído y, en segundo lugar, tenía ya otras preocupaciones a las que hacer frente. No me refiero a la contabilidad doble, sino a unas preocupaciones muy distintas.

Estaba de espaldas al montaplatos mientras hablaba con Brenner, de manera que no vio lo que éste veía: que el montaplatos no estaba vacío, sino lleno a más no poder, como una lata de sardinas. Contenía dos gordos obreros de la hormigonera Watzek.

Uno de ellos tenía los brazos atados a la espalda con su propio cinturón, cosa que le restaba ridiculez a la estampa. Pero al otro le habían ligado los brazos al lomo con un cinturón sobre el que brillaban las letras doradas de ESCAPADE.

Porque, obvio, no es posible que un trabajador de hormigonera tenga la rodilla tan puntiaguda como para romperte con ella una costilla. Arriba, en el Golden Heart, a

Brenner la susodicha rodilla sólo le pareció puntiaguda debido a que entre ella y su costilla estaba la Glock, alojada en el bolsillo superior de su chaqueta. Y si la rodilla de un obrero hormigonero de cien kilos hace presión sobre tu pistola, te parte la costilla como si nada.

Los hormigoneros, por supuesto, no tardaron en despojarlo de la Glock. Hasta ahí, todo bien. Pero cometieron el error de dejarla tirada por ahí, en el Golden Heart. Y es que eran unos probos matones que no querían tener nada que ver con pistolas. En el fondo de sus corazones eran dos pedazos de pan.

Ahora bien, con la pistola en la mano hasta Angelika los superaba. Primero obligó a uno a atar al otro, luego ella misma ligó a aquél con su cinturón ESCAPADE, dotado de esa hebilla especial que te deja indefenso en un santiamén.

Mientras los dos trabajadores relataban, con el rabo entre las piernas, a Watzek y al liguero lo que había sucedido, el montaplatos volvió a ponerse en marcha.

Y es curioso. Mientras que, comparada con la carnosidad de la rodilla del hormigonero, la Glock de Brenner parecía un instrumento puntiagudo, afilado y capaz de romper una costilla, en la delicada mano de Angelika la pistola volvía a tener un aspecto tosco y vulgar.

Angelika le devolvió a Brenner su Glock. Y en cuanto tuvo las manos libres, enseguida empleó sus uñas en cortar las cintas adhesivas que ataban las articulaciones de Berti.

El liguero ponía una cara de amargura que daba la impresión de haber perdido los labios por amputación total. Y tengo que decir que, dadas las circunstancias, había que comprender su frustración.

Porque lo que tenía previsto era que él y Watzek se marcharan y que los obreros dejaran el montaplatos fuera de servicio para que Brenner y Berti pudieran reflexionar en aquel sótano sobre su pregunta.

Y ahora eran Brenner y Berti los que salían de allí tan campantes.

Y Angelika la que desde el piso de arriba hacía jaque mate al montaplatos.

Y ahora eran el liguero y los hormigoneros quienes sudarían la gota gorda hasta la noche del día siguiente en el sótano del Golden Heart.

Últimamente se hacen muchos aspavientos en torno a la luna, acerca de su influencia bestial sobre todas las cosas, ya sea el corte de pelo o la vida amorosa. Que cuando hay luna llena ocurren más accidentes de tráfico es algo que, al parecer, se ha sabido siempre.

Pero es curioso constatar que las cosas que siempre se han sabido, siempre son falsas. Porque las estadísticas demuestran que con luna llena los accidentes incluso disminuyen por aquello de que hay más luminosidad. Y si eres conductor de ambulancia no necesitas estadística alguna, pues por experiencia propia sabes que la luna no tiene nada que ver. Otros factores sí los sientes cuando se multiplican las salidas. El anticiclón acompañado de bochorno, por ejemplo, o los cálidos vientos del sur. ¿Pero la luna?

Las verdaderas causas son otras muy distintas: el comienzo de las vacaciones, los suicidios de los chavales cuando les entregan las notas, la fiesta del Danubio con sus casos de coma etílico, etc. Todo esto no tiene nada que ver con la luna llena.

Como tampoco tiene que ver con ella el hecho de que Bren –ner no se fuera a dormir después de que Angelika y Berti le vendaran la costilla y él les diera las buenas noches.

–Diga –contestó Klara al teléfono cuando Brenner había dejado sonar por lo menos diez veces.

–¿Despierta a estas horas? –dijo Brenner a modo de huida hacia delante.

–Simon –exclamó Klara, aliviada.

–Hace tiempo que nadie me llamaba así –se le escapó a Brenner, porque en el servicio de ambulancias, naturalmente, sólo usaban el apellido y Nicole siempre le decía Brenni. Un horror, pero qué se le va a hacer. Cosas de la vida.

–¿Estás en tu fase sentimental? –preguntó la chica bostezando con ganas para luego añadir en medio del bostezo –: Por si te sirve de consuelo, después de las dos la cosa mejora. Las dos es siempre la hora crítica de la fase sentimental.

–Parece que sabes de qué hablas.

–Últimamente he pasado muchas noches en blanco.

Brenner percibió claramente el inicio de la fase sentimental en Klara.

Pero a continuación Klara, sin el menor asomo de sentimentalismo, dijo:

–¿Qué quieres?

–Antes, cuando peleábamos, siempre presumías de tu lógica.

–No tenía mérito comparándome contigo.

–Decías que la música y la lógica ocupaban el mismo lugar en el cerebro.

Klara no pudo por menos que reír:

–Creo que entre tanto las neurociencias han avanzado un poco. Si me pongo a buscar la lógica en la evolución de mi vida, necesariamente tienen que haber adelantado.

–Ahora que necesito tu lógica no puedes desdeñarte –le dijo Brenner cogiéndola por banda.

–Me da la impresión de que sólo necesitas a alguien con quien hablar.

–¿La lógica y el hablar también están emparentados en el cerebro?

–Si te oigo a ti, más bien diría que no –dijo Klara riendo–. Pero pásate por aquí, si quieres.

–Lo que ocurre es que... tendría que ser ahora mismo.

–Nunca has sabido esperar –le restregó Klara en las narices. Reproche injusto, porque Brenner, en principio, era un hombre bastante paciente. A menudo demasiado.

Pero luego, abajo, estuvo a punto de perder los nervios cuando le tocó esperar tres minutos el taxi. Después todo fue sobre ruedas, literalmente, porque en una ciudad el tráfico nunca es tan fluido como a las tres y media de la madrugada.

Y menos mal, hay que decir. Porque cuando el Ford Mondeo negro y el GTI rojo pasaron a tumba abierta no habrían faltado muertos si llega a haber tráfico.

–¡Descerebrados! –maldijo la taxista–. ¡Ojalá se partan la crisma en la próxima tapia!

Ésta era otra de las causas de accidentes que tú, como conductor de ambulancia, más notabas en los últimos tiempos. Los duelos kamikazes entre conductores noveles. Porque de unos años a esta parte ha surgido esa moda de que los novatos del volante con sus coches tuneados se echan carreras nocturnas en la vía pública. Golf GTI con vidrios ahumados, y alerones, y faldones, y matrícula de coche personalizada, y Red Bull y toda la pesca.

–Por lo demás, hoy tranquilidad absoluta, ¿no? –dijo Brenner tratando de apaciguar a la taxista porque durante unos instantes creyó que perseguía a los dos descerebrados.

–La víspera de la fiesta del Danubio siempre es tranquila.

–Es que la gente tiene que juntar fuerzas para la gran borrachera –porque Brenner siempre ha sido un aficionado a la psicología.

–Así y todo, cada vez hay más kamikazes –dijo la taxista sacudiendo la cabeza.

–Aunque no pasa día sin que un kamikaze dé tres vueltas de campana.

–No sirve de nada –golpeaba la taxista el volante con resignación–. Por cada uno que la casca llegan tres que cogen el relevo. Es como con las polillas. Puedes matar una, pero los huevos, imposible.

En el barrio de Döbling, donde vivía Klara, reinaba una calma tan absoluta que Brenner apenas se atrevió a abrir la cancela del jardín. «Pero esta garita no la pagará con su sueldo de profesora», pensó cuando ella salía a su encuentro. Porque esta clase de envidia es casi tan difícil de erradicar como la especie de los conductores novatos.

Klara llevaba una ropa completamente normal, o sea no uno de esos trajes de casa carísimos que suelen ponerse las millonarias del distinguido barrio donde estaba ubicada su residencia. Vestía como si acabara de llegar de la escuela. Porque hoy en día los profesores ya pueden ir de vaqueros, y más todavía Klara, que seguía luciendo una

figura estupenda.

–Hoy tienes mucho mejor aspecto –le dijo Brenner con franqueza.

–Es que las dos y media de la madrugada es mi hora –respondió ella sonriendo.

Brenner deseaba exponerle el caso sin demora pero, obviamente, la buena educación exigía que primero se interesara por su enfermedad. Y como suele ocurrir cuando precisamente no quieres tocar un tema, a veces lo abordas demasiado rápido:

–¿Qué resultado ha dado el examen? –preguntó aun antes de cruzar el umbral.

Klara primero le hizo tomar asiento, en su salón. Luego dijo:

–Hace medio año el médico al examinarme dijo que mis probabilidades eran fifty-fifty.

–Encima en inglés.

–Sí, hoy en día los médicos ya no hablan latín. Pero él lo dijo en alemán, sólo que yo me dije a mí misma: «fifty-fifty» suena mejor.

–Fifty-fifty, como cuando dos ladrones se reparten el botín de un atraco.

–Exacto. Como si en ambos casos hubiera algo que ganar. Cuando estás enfermo, constantemente tienes que consolar a los sanos por el shock que les propinas.

–¡Dímelo a mí! Los enfermos tienen que consolar incluso a los conductores de las ambulancias.

–¿Te apetece tomar algo?

–Me apetece saber qué dijo el médico esta vez, no lo que dijo hace medio año.

–¿Un whisky quizás?

–Es increíble que sean justo los médicos los que beban tanto –dijo Brenner malinterpretándola aposta para que por fin soltara prenda.

–Noventa por ciento –dijo Klara, radiante.

–¿Un whisky de noventa por ciento?

–De probabilidades de curación.

–Entonces, nada de perecer –se apresuró a decir Brenner. Incluso sin whisky en la boca tuvo que tragar varias veces hasta recobrar el habla–. Pero lo que decías de las dos de la madrugada no es cierto.

–¿Qué decía?

–Dijiste que a partir de las dos mejoraba la fase sentimental.

–Mejora poco a poco. No de sopetón, como los hombres os imagináis las cosas.

–Vaya.

–Y ahora di. ¿Por qué has venido?

–He tenido una recaída a mis tiempos de detective. Por un asesinato. Estoy a un milímetro de resolver el caso y no veo la solución.

–Igual tienes que dar un paso atrás para verla –Klara se rió con sarcasmo–: Debo de sonar como una vieja maestra.

–Se dice fácil. Para dar un paso atrás tienes que saber dónde estás.

–Lo mejor será que me lo cuentes todo y yo te lo soluciono en un pispás.

–Era más o menos así como me lo imaginaba.

Brenner le contó, pues, que Pongo había sido estrangulado con su cadena de oro. Y le contó la escena que habían protagonizado Pongo y Angelika Lanz en la bodega bar un

día antes del asesinato. Y que la policía había arrestado al padre de ésta.

–Se comprende –juzgó Klara.

–¿Qué se comprende?

–Que sospechen de él.

–¿Y qué es lo que no se comprende?

–Que tú te ocupes de esto.

Después Brenner le contó que, tras el episodio con el vagabundo, el júnior le encargó averiguar si la Liga espiaba sus comunicaciones de radio. Y que le había insinuado que él, Brenner, tenía la culpa de la muerte de Pongo. Porque matando a Pongo los ligueros se habían vengado de su torpe fisgoneo en los territorios de la Liga.

–Si es así, la Liga debe de tener las manos muy sucias para devolver el golpe con semejante contundencia –dijo Klara tomándole el gusto a su papel de inteligente.

Entonces Brenner soltó que al hermano del jefe de los ligueros lo mataron de un tiro dos semanas atrás. Y que junto con él mataron a su novia y que el testigo de los hechos había sido justamente Pongo.

–La cosa empieza a complicarse –dijo Klara.

–Y esto es sólo el comienzo. Porque mientras yo me interesaba por las radiocomunicaciones de la Liga, el jefe de los ligueros sospechó que yo andaba tras él por asuntos fiscales. Y para la Brigada Criminal es sospechoso de haber encargado los asesinatos de su hermano y de Pongo.

Y sólo entonces Brenner le reveló la historia que acababa de contarle Angelika horas antes. Que Irmí, a quien habían matado por error, era la novia del lungauense, al que Pongo había clavado por error un destornillador en el ojo.

–Siempre por error –dijo Klara.

–Por error Irmí y por error el novio.

–¿Qué quieres decir, que dos errores equivalen a una premeditación?

Brenner se encogió de hombros:

–De nosotros dos, tú eres la experta en lógica.

–Desde un punto de vista puramente lógico, dos errores no equivalen necesariamente a una premeditación. Pero desde el punto de vista de la intuición.

–¿Puedes imaginarte que la bala en realidad era para la víctima matada por error? –interrumpió Brenner el silencio intuitivo de Klara.

–¿Que Stenzl sólo tuvo que poner el cuerpo para borrar las pistas? ¿Pero eso qué significaría?

–Es lo que te pregunto yo. Ya sabes que siempre me ha costado concentrarme.

–¿Te apetece un café?

Por aquella vieja superstición de que el café es bueno para la concentración. Aunque sucede todo lo contrario, te lo juro.

Pero la verdad nunca es tan sencilla. Ésa es otra de las reglas importantes. A menudo viene gente que se hace la simpática diciendo que la verdad es sencilla. Pero tú recuerda: la verdad es complicada.

En cuanto al café, por ejemplo, es verdad que tomarlo es fatal para la concentración.

Prepararlo, en cambio, es estupendo. Para preparar café uno tiene sus pequeñas rutinas y éstas son los mejores recursos que hay en el mundo para poder concentrarse. Y por lo general no se prepara café si no se va a beber. ¿Lo ves? Ésa es la verdad.

Ahora bien, no creas que a Klara se le encendió la luz de la verdad preparando café, como regalo para Brenner por el reencuentro, por así decir, o para celebrar el noventa por ciento de posibilidades de curación.

Pero estando de pie en la cocina y habiendo puesto en marcha la máquina de café, Klara va y dice:

–¿Qué estás silbando?

–¿Silbando yo?

Ella le sonrió de una manera que Brenner tuvo esa sensación de piel de gallina que a ti como hombre te empieza a resultar desagradable a partir de una cierta edad. Por aquello del sentimiento y esas cosas. Luego dijo:

–O sea que sigues con esa costumbre. Basta con poner atención a la letra de la melodía que silbas para saber dónde te aprieta el zapato.

–¿Ya lo hacía en Puntigam?

Klara ahuecó los labios y Brenner pensó que quería darle en la mejilla uno de esos besos desdeñosos de mujer que está de vuelta de las cosas. Pero lo único que hizo fue ponerse a silbar.

–¿Qué es? –preguntó él. Primero no lo reconoció, porque ella, claro, silbaba la melodía con una perfección que, de tan perfecta, resultaba casi irreconocible.

Con la voz un poco tomada por los medicamentos Klara empezó a cantar suavemente:

–Ven, du-ulce cruz.

–Ven, dulce muerte –la corrigió Brenner.

Pero Klara fue a buscar un casete y le puso el aria, y obvio: Ven, dulce cruz. O sea que Brenner en su juventud efectivamente había oído demasiado Jimi Hendrix y demasiado poco La Pasión según San Mateo.

–Me la grabaste una vez en cinta.

–Me acuerdo –sonrió Klara.

–Y desde que te volví a ver, la melodía no me sale de la cabeza. Incluso he buscado la cinta por toda la casa. Tanto me has asustado con tu enfermedad.

–Pues no la hubieras encontrado –sonrió Klara con mueca burlona–. Porque es ésta –dijo señalando al equipo de música.

Porque en la vida sucede con frecuencia que uno se construye una versión de las cosas para que éstas sean menos dolorosas que la verdad pura y dura. Es algo muy humano; el problema está en que con el tiempo empiezas a creer en la versión maquillada.

Pero ahora, pasados casi treinta años, Brenner volvía a recordar, claro está. Recordar que no había dejado a Klara por la Miss Pechos, sino que había sido Klara la que lo puso de patitas en la calle después de que él, por tercera vez consecutiva, hubiera olvidado llevarse el casete con la grabación donde ella cantaba con su coro y que había elaborado para Brenner a lo largo de varias semanas de minucioso trabajo.

Porque la manía bachiana de Klara siempre le había servido a Brenner un poco de

excusa para decir: vamos a la habitación a escuchar *La Pasión según San Mateo*.

—Ésta, por cierto, no es *La Pasión según San Mateo* en su versión original —le explicó Klara—. Sólo cantamos algunos fragmentos. Pero del himno barroco *Salve caput cruentatum* cantamos casi todas las estrofas aunque no salgan en *La Pasión*.

Esto a Brenner ya le interesaba menos. Por otro lado, generosa la actitud de Klara al desviar la conversación hacia otro tema alejándose de la embarazosa historia.

Una vez que estuvo listo el café, Brenner dijo:

—Tu Bach tampoco va a ayudarme a encontrar al asesino. Y sólo me quedan catorce horas. Porque para entonces habrán encontrado al ligero en el sótano del Golden Heart, y entonces suerte si no me matan con sus propias manos.

—¿Sabes qué he descubierto por mi enfermedad?

—Y yo que ya creía que tú eras una de las pocas personas que no han descubierto nada por su enfermedad —dijo Brenner con acento un poco hosco—. Porque no me vas a creer, pero como conductor de ambulancia no paras de encontrarte a filósofos que han descubierto alguna cosa. ¿Por qué la gente no empieza a pensar mientras está sana?

—Creí que eras tú el que quería encontrar al asesino —le dijo Klara devolviéndolo al terreno de la realidad.

Sirvió una taza de café para cada uno y volvieron al salón.

—Cuando el médico me dijo lo del cincuenta por ciento de posibilidades reflexioné mucho acerca de esa cifra. Cincuenta por ciento. La mitad. En realidad, muy sencillo. Recordé un juego que me había inventado cuando era estudiante.

—Lo inventaste ya en la escuela. ¿De qué iba? De que en la vida te equivocas más de la mitad de las veces o algo por el estilo, ¿no?

—Sí, tienes razón. Debe de haber sido ya en el instituto. Esos pensamientos se tienen sólo en la pubertad.

—O cuando a las tres de la madrugada vuelves a ella.

—En aquella época me sucedía a menudo que personas que al comienzo me resultaban bastante antipáticas acababan por ser mis mejores amigos. Y otros que me caían bien a la primera.

—Prefiero no preguntar en qué categoría entraba yo.

—Por aquel entonces estaba convencida —dijo ignorando el comentario— de que a fin de cuentas más del cincuenta por ciento de nuestras decisiones resultan ser equivocadas. Y aunque sólo fuera el cincuenta y uno por ciento, sería más inteligente hacer, por principio, siempre lo contrario de lo que nos parece sensato.

—¿Y por qué no has actuado en consecuencia?

—Precisamente por eso. Ésa fue ya la primera decisión obvia con la que no debía ser consecuente si quería serlo.

—La cosa se complica.

—Sí, la vida no se deja engañar. Hay que pasar por el aro.

¿Lo ves? Unas gotas de café, y ya toda la concentración se ha ido al diablo. Aunque Brenner y Klara siguieron jugando un poco con la teoría del cincuenta por ciento, aplicándola al caso del asesinato y barajando en todos los casos los supuestos contrarios

más absurdos. Pero no llegaron más allá de la hipótesis de que fue el propio Stenzl quien se pegó el tiro en la nuca recurriendo a una maniobra acrobática.

Cuando Brenner se disponía a marcharse, Klara dijo:

–Ya está clareando.

–Qué más quisiera yo –rezongó Brenner.

A modo de despedida Klara acabó dándole en la mejilla ese beso desdeñoso de mujer experimentada, y el hecho de que al hacerlo le hundiera un poco la costilla, al menos le sirvió a Brenner para no ponerse sentimental.

Sin embargo, si de Brenner hubiera dependido, podría haberse ahorrado la frase de despedida:

–Por cierto, ¿qué pasó con tu simpático bigote a lo Jason King?

Seamos sinceros: ¿acaso a nosotros nos gustaría que después de tantos años se nos recordara que tuvimos un bigote rubio a lo Jason King? Porque, a decir verdad, con un bigote así, Brenner hubiera podido impresionar hasta a un crucista. Pero sea como sea. Lo que yo digo es que al cabo de treinta años incluso un bigote rubio a lo Jason King tiene que ser cosa del pasado.

Decidió ir a casa a pie y caminó casi una hora. Sentía que de todas formas no podría dormir. Y una caminata en la madrugada no deja de tener su lado bueno.

–Qué más quisiera yo –dijo en parte para sus adentros, en parte hacia la desvaneciente luna llena.

Pero antes de que clareara en la mente de Brenner, otras dos personas habrían de morir.

Viena es una ciudad de la que a menudo se dice que es especialmente buena para morir. Puede que así sea, pero yo considero que Viena es especialmente buena para pasear. Sobre todo en los barrios que tienen el terreno un poco accidentado. Caminando por ellos cargas una vez un músculo, luego otro y no te cansas tan rápido como en llano.

Y ahora, a las cuatro y media de la mañana, a Brenner le resultaba agradable que la calle principal de Döbling descendiera en suave pendiente. Casi le parecía que eran las majestuosas casas señoriales las que caminaban, y se extrañó un poco de que con ese clima tan benigno medrara gente tan mala como la señora Ruppachter.

Después de tres cuartos de hora de camino llegó a su piso; le dolían las piernas, le dolía la cabeza, le dolía la costilla.

Le hubiera gustado ducharse, pero enseguida desistió por el vendaje en el pecho. Sólo se lavó un poco por encima, desayunó y cuando a las siete se sentó en la sala de guardia, le pareció completamente normal que la campana de alarma sonara al instante.

Tampoco sé cómo funciona el cerebro humano en estos casos, ni si es verdad que el contacto con elementos afines tiene un efecto intensificador. Como dicen que sucede con los boxeadores, a quienes se dopa con sangre de toro, o con los fondistas, que reciben sangre de reno. Vete tú a saber si esto no es otra de esas teorías de luna llena. En cualquier caso:

Dos conductores kamikazes de dieciocho años, con matrículas personalizadas Pole I y Elvis I, se echaron un duelo por los tres carriles del Cinturón en pleno tráfico matinal. De

la estación del Oeste a la Schlachthausgasse. Pero ni el Audi Quattro negro ni el Alfa rojo llegaron a la meta. Porque primero fue el Audi Quattro, con la matrícula Elvis I, el que patinó en el Cinturón de Gaudenzdorf y luego el Alfa rojo el que se empotró a toda mecha en la chapa del Quattro.

Y ahora fíjate en la coincidencia: cuando Brenner retiraba del quitamiedos los restos de cerebro de los dos dieciochoañeros, de repente en su propio cerebro algo comenzó a moverse.

Puede que la muerte sea grande, pero Viena también lo es. Si coges el tranvía 5 y vas de la estación del Oeste a la del Norte tardas casi una hora. Y aún no has llegado a las afueras, al Bronx. Lejos estás todavía de los barrios periféricos de Grossfeldsiedlung, Trabbensiedlung o Schöpfwerk, donde siempre tienen violadores y bandas juveniles y gente de la prensa.

Luego lees en el periódico lo peligroso que es el Schöpfwerk porque el crack, o como se llame esa basura, pone a la gente tan agresiva que te corta la cabeza. Pero nadie habla de la causa profunda. Nadie habla de la *burenwurst*, la salchicha hervida. Porque esta salchicha pone tan agresivo como no te lo imaginas. Las demás también, la *käsekrainer*, la *zigeuner*, la *cabanossi*, todas generan agresividad. Pero ninguna actúa como la *burenwurst* caliente, salvo, claro, el *leberkäse* caliente.

Como conductor de ambulancia te puede suceder, y no pocas veces, que después de una trifulca tengas que llevar a los implicados al hospital y éstos te dejen la ambulancia llena de vomitonas. Entonces tienes un ochenta por ciento de probabilidades de llevar a bordo algo del chiringuito de las salchichas, por lo general una *burenwurst*. No sé si es por la grasa o por los aditivos que le echan. Igual le añaden algún polvo que pone a la gente a cien.

Porque de no ser así, yo diría que igual es por las vacas locas... Pero la *burenwurst* no contiene carne de vacuno. En realidad, no contiene ningún tipo de carne. Al menos era lo que decía el abuelo de Brenner en sus últimos años de vida: «Hoy en día las salchichas ya no tienen carne, sino puro serrín».

Y ahora Brenner, en su edad madura, había de constatar que su abuelo no tenía razón. Porque cuando le vomitaban en su ambulancia, ésta no olía para nada a serrín.

Pero lo que quiero decir es otra cosa bien diferente. Digo que la muerte es grande y Viena también lo es. Y eso es cierto. Pero el mundo es un pañuelo. Porque el señor Oswald vivía en el suburbio de Alt Erlaa y el lungauense, también. Una urbanización satélite, aunque nada que ver con el Schöpfwerk o el Grossfeldsiedlung, sino todo lo contrario: satélite fino. Satélite de clase media. Ocho rascacielos y tantos habitantes como la ciudad de Eisenstadt. Con piscinas en las azoteas y guarderías y toda la pesca.

Pero el señor Oswald y el lungauense seguro que no se conocieron en la guardería. Primero porque Alt Erlaa aún no existía y segundo porque el lungauense no se mudó allí con su madre sino después del accidente. Además, sólo tenía treinta y ocho años, de

manera que ya por la edad no hubiera podido coincidir con el señor Oswald en la guardería.

Ahora bien, por qué hablo todo el tiempo de la guardería. Un año y medio después del accidente, el lungauense seguía estando tan desvalido como un párvulo. Al verlo hundido en su silla de ruedas, Brenner enseguida se percató de que incluso el estar sentado le suponía un esfuerzo.

Era tan flaco como esas fotomodelos con las que hoy en día puedes ganar millones. Yo siempre digo que una mujer perfectamente puede permitirse unos cuantos michelines. Pero claro, para un fotógrafo de moda lo más caro es la película; se pasa la vida bobinando y disparando, y al final del día ha gastado cientos de metros de película que le cuestan una fortuna. Con una modelo flaca, en cambio, se ahorra, qué duda cabe, mucha película.

Aunque de ninguna manera podrías comparar el cuerpo de una modelo con la lamentable figura del lungauense. Porque aquel hombre, escurrido en su silla de ruedas, era el espíritu de la golosina. Y menos mal que pesaba poco, pues si no, ni siquiera habría sido capaz de mantener el tronco en posición derecha.

El pelo, grasiento, le caía sobre el cuello de su nuevo chándal, y Brenner no pudo por menos que pensar en ese famoso investigador del espacio. Yo también me compré el libro y tengo que decir que no llegué muy lejos; pero superinteresante lo de los agujeros negros y todas esas cosas.

La madre del lungauense condujo a Brenner adonde se encontraba su hijo y se lo presentó. Le hablaba tan alto y claro como se habla a una persona que no está bien de la cabeza.

—Éste es el señor Brenner. Un nuevo compañero tuyo. En la ambulancia.

—Buenas le dé Dios —dijo Brenner.

Curioso. Normalmente, Brenner nunca saludaba así. Siempre decía «buenas tardes». Una costumbre que adquirió a los quince o dieciséis años, cuando pasó por la fase de la obstinación en Puntigam. Desde entonces sólo ha dicho «buenas tardes». Y ahora, por primera vez después de treinta años, vuelve a decir «buenas le dé Dios».

Ahí te das cuenta de que la obstinación tiene la patita corta. Basta con que el Señor te enseñe la porra, que saque un poco a relucir la paraplejia y te diga guiñando el ojo: «Mira a ese desgraciado. ¿Te gustaría acabar como él?» y ya estás vomitando el «buenas le dé Dios» cual macarra borracho que vomita la *burenwurst*.

Uno creería que en los meses de ambulancia Brenner había visto suficientes enfermedades y miserias como para que no le impresionara lo que estaba viendo. Pero qué va. Mientras tú seas el conductor de la ambulancia y el otro el parálitico de turno, no llegas a asustarte de verdad. Ahora bien, si resulta que el pobre diablo es un compañero tuyo, la cosa cambia. Y es por eso por lo que a Brenner se le escapó el viejo saludo de «buenas le dé Dios». A ver, tampoco pasa nada por saludar así, digo yo.

El hecho de que el lungauense se quedara callado no sorprendió a Brenner. Porque no daba la impresión de poder hablar, en eso Brenner tuvo que darle la razón a Angelika. Tenía la cabeza doblada sobre el hombro derecho, y de la comisura de los labios le caía

un hilo de saliva. Un ojo inútil y el otro tanto más rígido. Y tampoco es que la bolsa del catéter que colgaba de un lado de la silla de ruedas te hiciera pensar en un deportista de élite que venía a entregar su muestra para la prueba de dopaje.

Pero en el momento que Brenner quiso dirigirse de nuevo a la madre, notó que el lungauense empezaba a mover su brazo derecho, muy despacio, centímetro a centímetro, y al cabo de una eternidad le tendía la mano.

–Si me lo encuentro –dijo el lungauense de forma convulsiva, entrecortada, de modo que no era fácil entenderlo. Brenner tardó unos segundos en recomponer los sonidos, pero al final lo consiguió. El otro había dicho: «Si me lo encuentro».

No era que el lungauense hablara de una forma demasiado ininteligible, lo que pasaba era que Brenner no quería aceptar que el discapacitado le estuviera tomando el pelo, que alguien que tenía muchos números para encontrarse a Dios en poco tiempo se estuviera burlando de ese cobarde «buenas le dé Dios» de una persona sana.

Y es cierto: hay que tener una salud de roble para poder ser un cobarde redomado. Aunque en defensa de Brenner he de decir que el lungauense tenía la ventaja de estar habituado a la condición de discapacitado, mientras que Brenner aún tenía que adaptarse a la nueva situación.

–El señor Brenner ha venido por Irmi –le explicó la madre al hijo hablándole de nuevo en un tono alto y claro.

–Ya lo sé.

–¿Sabe lo que ha sucedido? –le preguntó Brenner sin elevar el volumen de la voz tanto como la madre pero sí hablando más alto que de costumbre.

El lungauense movió un poco la cabeza sobre uno y otro hombro. Era su manera de asentir. Luego dijo:

–Por la pantalla.

–La tele –susurró la madre–. La gente cree que quedó mal de la cabeza –añadió precipitadamente, como si tuviera la esperanza de que hablando deprisa su hijo no se enteraría–. Pero los médicos dicen que no, que está completamente normal y lo entiende todo. Como antes del accidente. Sólo el centro del habla está lesionado. El doctor me lo enseñó en una radiografía, el lugar donde el destornillador destruyó el centro del habla. Pero no está mal de la cabeza. Tiene... Tiene un nombre lo que tiene.

–Afasia –masculló el discapacitado en su silla de ruedas.

–¿Lo ve? Lo capta todo –suspiró la madre, como si le pareciera mal–. Lo entiende incluso mejor que yo. Afasia. ¿Sabe lo que es?

–Una vez llevé a un epiléptico afásico –recordó Brenner–. Siempre me decía conductor de grúa. Creo que lo hacía porque las grúas son amarillas, y antes las ambulancias también lo eran.

–Eso, sólo confunde las palabras –asintió la madre con gesto nervioso–. Pero piensa completamente normal. Sólo las palabras. Las confunde.

El lungauense los miraba con interés observando cómo intercambiaban sus palabras. Su ojo sano iba de un lado a otro mirando siempre al que hablaba. Brenner tuvo la impresión de que, para compensar, el ojo sano se volvía el doble de grande.

En la época en que Brenner cursaba la Escuela de Policía no existían los videojuegos, pero en las llamadas salas recreativas, que a mí me resultan agotadoras, había ya unos primeros prototipos. Y el ojo del lungauense le recordaba ahora ese videojuego en el que podías jugar al tenis con un punto blanco. Durante unos meses estuvo jugando a ese tenis automático con Irrsieglar. Cuando acertabas a darle a la pelota, la máquina hacía un ruido determinado y cuando fallabas, otro distinto. Irrsieglar se mató después con la moto y entonces, automáticamente, se acabó lo de ir a jugar al tenis automático.

Al despertar de la hipnosis en que lo había sumido el ojo del lungauense, Brenner le preguntó por Irmí.

–Era mi capa.

–Quiere decir que era su novia –tradujo la madre, y Brenner estuvo a punto de pedirle que lo dejara un momento a solas con su hijo–. Seguro que dice «capa» porque ella siempre llevaba una de esas batas blancas que tienen las enfermeras.

–O porque ella lo defendía a capa y espada –dijo Brenner–. O porque estaba hecha a su medida –añadió, un poco prepotente–. O porque le daba calor. O porque con ella empezó a coger el hilo. O porque de niño tenía una capa de pelo de camello e Irmí unas protuberancias tan atractivas.

–Jajajaja –rió el parapléjico lungauense hasta casi caerse de la silla. Tenía todo el tiempo la cara colgada hacia abajo, de modo que era prácticamente imposible que viera a su madre, aunque sin duda percibió lo mal que le había sentado el comentario de Brenner.

El lungauense estaba radiante. En realidad es increíble que un solo ojo pueda irradiar tanta alegría. Pero de repente bufó con voz de mando:

–¡Habitación!

–Mientras esté el señor Brenner tienes que hacernos compañía.

–¡Brenner también habitación!

–Pero el señor Brenner quiere seguir conversando contigo.

–Conmigo habitación.

–Quiere hablar con usted en su habitación –tradujo ella para Brenner, como si también a él lo tuviera un poco por débil mental.

No sé por qué a la madre le resultaba incómodo, máxime que desde la habitación del lungauense se tenía una vista tan. Increíble que exista algo así. Brenner cayó en la cuenta de que se hallaba en la planta 23. La catedral de San Esteban, la noria, la Torre del Danubio, el edificio de Naciones Unidas, todo estaba a kilómetros de distancia, pero tenía la sensación de poder tocarlos con la mano. A la izquierda divisabas incluso las torres del hospital general y una de las torres de defensa antiaérea, esos mastodontes negros levantados durante la guerra que ya nunca desaparecieron. Pero lo más llamativo era que en toda Viena no quedara prácticamente edificio alguno sin esas manchas de color encima.

–Ese Hundertwasser echa sus meadas por todas partes –dijo Brenner.

–¡Jajajaja!

Brenner sintió una punzada en su costilla, tan contagiosas eran las carcajadas de aquel

tuerto rey del humor. La risa es el mejor instrumento para conocer a la gente. Porque puede que un cabrón sepa disimular a la perfección, pero si lo haces reír, ríe cabronamente. Y un tonto ríe tontamente. Y un inhibido ríe con inhibición. Y un cínico con cinismo y un acomplejado, acomplejadamente... Ya ves, puedes probarlo con los atributos que quieras, siempre será así.

Pero pocas veces has oído reír a alguien como al lungauense. Era, como quien dice, la antítesis de quien no tiene motivo para reír. Porque esos otros serán guapos, tendrán salud, irán bien vestidos, tendrán dinero a punta pala y trabajarán en cine o en publicidad o en arquitectura, pero por dentro están tan vacíos que basta con que abran la boca para que la implosión al vacío produzca una serie de víctimas mortales. Ésa es mi opinión.

–Al principio pensé que usted trabajaba para el júnior –le dijo a bocajarro el lungauense, muy serio.

–Así es –dijo Brenner haciéndose el tonto, pues ya había notado que el lungauense no se refería al trabajo de conductor.

–Es usted un perro, ¿verdad?

–Un sabueso, sí –contestó. Porque cuando llevas un tiempo con un tergiversador de palabras, lo entiendes cada vez mejor. Sucede con más rapidez de lo que uno se imagina. Y si te quedas un rato más a su lado, empiezas a tergiversar tú también las palabras. Aunque Brenner por lo pronto no tenía problemas:

–¿Se acuerda de Lanz?

–El padre de Angelika.

–Lo han arrestado.

–Lo sé.

–Pero su hija cree que él no es el culpable.

–No lo es.

–¿Cómo?

–Lanz no mató a Grande.

¿Acaso Brenner se lo imaginaba o era verdad que el lungauense hablaba ahora con mayor fluidez?

–Hace doce años empecé a trabajar con los crucistas. En aquella época el Servicio de Ambulancias de la Cruz era tres veces más grande que la Liga. Por entonces el viejo aún vivía. Luego, de repente, la Liga creció tanto que casi nos alcanza en tamaño.

Para cada frase el lungauense necesitaba una eternidad. Y aunque Brenner suele ser tremendamente impaciente en situaciones así, tengo que decir que en este caso su ritmo de escucha se acomodaba perfectamente a la lentitud del enfermo.

–Después de la muerte del viejo la Liga tenía mejores contactos políticos. Consiguió el patrocinio de la hormigonera que, a cambio, recibió encargos públicos del municipio. Pero nosotros seguíamos teniendo los mejores donantes.

Brenner casi sintió mareo al mirar a la calle, veintitrés pisos por debajo de donde él se hallaba, mientras el lungauense seguía hablando.

–La gente sin hijos no sabe qué hacer con su dinero tras la muerte. La mayoría se lo dejan todo a la Iglesia. Quieren asegurarse un lugar en el cielo. Pero también hay quien

nos nombra herederos a nosotros. Fue así como durante un tiempo mantuvimos la ventaja sobre la Liga. No obstante, la medicina moderna... La gente vive más tiempo. Por eso empezaron a escasear las grandes donaciones. Porque la gente no se moría.

«Yo nunca he tenido vértigo», pensó Brenner. Pero el temblor que empezó a notar en las rodillas no tenía nada que ver con la planta 23. Escucha lo que el lungauense le contó en la media hora siguiente. Una persona sana quizás hubiera tardado cinco minutos en decirlo, pero Brenner incluso estaba contento de que no fuera más rápido, pues lo que oía era difícil de digerir.

Que el júnior había creado un equipo anticrisis formado por el lungauense y Pongo. Que siempre les colocaban los turnos de tal manera que éstos coincidieran con el transporte de alguna ancianita. Que siguieron el ejemplo de Czerny, que le había birlado la mansión a una viuda. Pero, a diferencia de éste, no lo hicieron con afán de lucro personal, sino todo por la asociación.

–Pero la cosa sólo funcionaba de vez en cuando –dijo con esfuerzo el lungauense–. Le hacías la corte a diez ancianitas y sólo a una se le ocurría dejarnos algo en herencia. Y la Liga seguía creciendo a un ritmo cada vez más rápido. Porque claro, los ligueros también tenían su servicio de asistencia a damas de la tercera edad. De modo que el júnior tuvo la sospecha de que la Liga era más consecuente en ese terreno.

A estas alturas Brenner se preguntaba por qué el lungauense de pronto había dejado de confundir las palabras. Según su relato, las señoras mayores a menudo no dejaban herencia al servicio de ambulancias simplemente porque no se les ocurría hacerlo. Porque tenían el cerebro tan esclerótico que ya no se acordaban de su fortuna.

–Luego, el júnior tuvo una idea mejor. Usted sabe el papeleo del seguro que suponen los viajes rutina. Era fácil usarlo de pretexto para sacarle una firma a una anciana sin que se diera cuenta de que lo que firmaba era la cesión de sus bienes al servicio de ambulancias.

–¿Podría ser que el miedo al júnior lo haya llevado a usted a hacerse el afásico? –se le escapó de súbito a Brenner.

–Jajajaja.

El lungauense guardó silencio durante unos instantes. Respiraba con tanta dificultad que Brenner ya temía que pudiera no querer seguir hablando. Pero luego el hombre continuó como si Brenner no hubiera dicho nada.

–Lo que hacíamos aún no era malo necesariamente. Porque ¿qué habría de malo en que la anciana de turno nos nombrara herederos a nosotros y no a los chupacirios? Al fin y al cabo, los chupacirios seguían teniendo sus asistidas. En resumidas cuentas, la cosa es que acabamos teniendo el doble de testamentos que antes. Así mantuvimos a distancia a la Liga durante dos años. Pero después ésta volvió a reducir la ventaja.

Brenner seguía extrañándose de que el lungauense ya no confundiera las palabras. ¿Acaso antes se había hecho el tarado? ¿O estaría haciendo un esfuerzo de concentración? ¿O quizás era el propio Brenner el que automáticamente corregía las palabras equivocadas?

No lo sé. Lo único que sé es que cuando el lungauense continuó su relato, él, Brenner,

hubiera dado una fortuna porque todo hubiese resultado ser una patológica confusión de palabras.

–El problema es que acabamos por tirar piedras contra nuestro propio tejado. Cuanto mejor trabajábamos, menos gente se moría. Por tanto, menores las ocasiones en que heredábamos. Pero luego llegó el momento de cobrar tres pingües testamentos en un mes. Normalmente, tres testamentos al año ya eran mucho. Y el mes siguiente fueron otros cuatro. Siempre resultado de viajes que Pongo y el júnior hicieron al alimón.

«Quizás todo se debe a un colosal galimatías de palabras», pensó Brenner agarrándose a un clavo ardiendo. Pero no en vano el refrán aconseja que «no te agarres a un clavo ardiendo».

Porque cuando el lungauense decía «muerte» no quería decir «suerte», sino «muerte». Cuando decía «narcotizar» no quería decir «consolar», y cuando decía «matar» quería decir «matar» y no «salvar».

–Luego murieron tres en una mesana –dijo el lungauense.

–¿Tres en una mesana?

–Dos incluso el mismo día. Y la tercera en la misma mesana.

Semana. Brenner se preguntó si habría alguna regla según la cual el lungauense confundiera las palabras, por qué unas veces sí y otras no. Pero ¿lo ves? Las grandes preguntas se dejan para el día de San Blando... que no tiene cuándo, porque siempre hay algo que preguntar que le parece a uno más importante en ese momento.

–¿Cuál era la causa de muerte?

–Siempre la misma –dijo el lungauense sin inmutarse ni confundir las palabras–. Usted sabe que los viajes mierderos se parecen como dos gotas de agua.

Viajes mierderos. Creo que no se puede estar tan enfermo como para olvidar esta expresión.

–Diálisis o control de glucosa –dijo Brenner.

–En este caso, control de glucosa –respondió el lungauense–. Pongo sencillamente enchufaba a la viejas que llevaba al hospital al gota a gota para ajustar los niveles de glucosa.

–¿Y qué? Es lo que hacemos en caso de shock insulínico agudo –dijo Brenner no queriendo entender a la primera.

–Sí, claro. Pero en el gota a gota de Pongo había agua azucarada.

Brenner se puso a silbar para sus adentros. No como se silba cuando uno acaba de oír algo extraordinario. Silbaba su melodía. Ya sabes.

Pero lo hacía tan bajo que no se le escuchaba, o sea pantomima. Como silba el que teme despertar al perro dormido. Aunque, claro está, más valdría abstenerse de silbar cuando hay uno a la vista. No fuera a despertar y morderte.

Y luego, claro, salir corriendo de la habitación. Del piso. Del edificio pequeñoburgués de veintitrés plantas. De la zona residencial ajardinada. Y subir al taxi que Brenner llamó desde la casa de la lungaureense.

Mientras pensaba a quién le recordaba la voz grabada de la centralita de taxis reparó en la foto descolorida que había al lado del teléfono. Un joven fortachón con pinta de rozagante mozo de campo de película en blanco y negro.

–¿Su marido? –preguntó Brenner a la lungaureense porque la de la centralita seguía sin contestarle.

–Mi hijo.

–Ah, tiene otro hijo.

Mecachis. Hay que pensar antes de hablar. Vieja regla. Y Brenner habría salido mejor parado si hubiera atendido a esa regla de su profesor de Latín. Porque en mitad de la frase se acordó de las dos cosas al mismo tiempo: la voz del teléfono le recordaba a su hermanastra, que cuando él tenía doce años se casó con un berlinés. Un tipo llamado Günter Schmitt. Brenner no se había criado con ella, y en los treinta y cinco años que llevaban de casados sólo la había visto dos o tres veces, y lo creas o no, a veces se le olvidaba por completo que tenía una hermana.

El de la foto era, naturalmente, el propio lungaureense. Antes de que Pongo le hubiera hecho un agujero en el cerebro con el destornillador en punta en cruz.

«Con el accidente tiene que haber perdido al menos treinta kilos», pensó Brenner. Sabiendo ya que no había sido un accidente.

En el taxi Brenner tuvo la cabeza medio encogida entre los hombros porque si trabajas en la ambulancia sabes perfectamente que la vía pública está llena de compañeros que podrían descubrirete haciendo novillos. En efecto, Brenner hacía sus diligencias de extranjis; sencillamente le había pedido al *ochomil* que se quedara solo durante una hora. Eso había sido a las diez y cuarto. Ahora eran la una y media pasadas.

Aunque esto, en realidad, tendría que traerle totalmente sin cuidado después de haber oído el relato completo del lungaureense. De cómo la asistencia a las viudas dio lugar a la falsificación de los testamentos y ésta, a la aceleración de los trámites de herencia. Y cuando el lungaureense consideró que la cosa pasaba de castaño oscuro, no tardó en tener el destornillador de punta en cruz hundido en el cerebro.

También le contó que Irmí, su novia, siguió investigando por su cuenta creyendo que

podía hacerle justicia.

–¿Contento? –preguntó el taxista a su pasajero silbador sacándolo de su ensimismamiento.

Pero Brenner no le constestó. Ya se sabe que es peligroso responder a un taxista vienés. Tenlo en cuenta para el resto de tu vida, porque si lo haces, puedes estar seguro de que el taxista también te responde, y por lo general su respuesta no es agradable. Más no quiero decir.

–¿Contento? –insistió el taxista.

Como respuesta Brenner dejó de silbar. Porque sólo en ese momento notó que una vez más la melodía había vuelto a sus labios.

Poco antes de las dos llegó a la central de ambulancias. Se coló sin que las cámaras del patio lo registraran y subió derecho a su piso.

Se apostó en la ventana para observar la entrada y esperar a que llegara Hansi Munz.

A las tres menos veinte entró la 740. Brenner, sin tiempo que perder, bajó a interceptar al socorrista en el patio, antes de que se dirigiera a la sala.

–¿Tienes cinco minutos? –le dijo.

–Por supuesto.

–Subamos un momento a mi piso.

Hansi Munz se extrañó pero no puso reparos.

–Acogedor –dijo poniendo cara de entendido–. Estos armarios de nogal ¿dónde los conseguiste?

–Eran de mi abuelo.

–¿Heredados? No está mal.

–Sí, heredados. Y murió de muerte natural.

–Morir es algo natural.

–Sí, suele serlo.

–La muerte es gratis.

Pero cuesta la vida, tendría que haber dicho Brenner en ese momento, como lo había hecho ya mil veces. Pero esta vez dijo:

–¡Qué gracioso!

–¿Qué te pasa hoy? ¿Se te ha rebotado la bilis en el hígado?

«Increíble», pensó Brenner. «Qué diferente puede sonar una misma frase en los labios de Klara y en los de Hansi Munz.»

–¿Por qué mencionas el hígado? –le espetó Brenner.

–¿Te has vuelto loco? ¿Por qué no habría de mencionarlo?

–¿Te acuerdas del día en que Pongo fue a buscar el hígado de donante? El día en que mataron al campeón del beso.

–Lunes, 23 de mayo, a las 17 horas y 3 minutos.

–¿Por qué lo sabes con tanta precisión?

–No todos los días eres testigo de un asesinato.

–¿Estás seguro?

–Ya en la mili me ponía malo cuando olía la grasa de las armas.

–¿Y con el hígado de donante no te pones malo?

–¿Qué te pasa con el hígado de donante que a cada rato lo estás mentando?

–¿Te acuerdas dónde se encontraba Pongo cuando esperaba el hígado de donante?

–¿Dónde iba a encontrarse? Delante de Rosi, donde nos ponemos siempre.

–¿Estaba solo?

–No, Lanz había entrado primero, a un palmo de nuestras narices. Por eso Pongo tardó tanto.

–¿Viste a Lanz esperando allí?

–Sabes muy bien que desde el aparcamiento sólo se ve la parte trasera del chiringuito.

–¿Y viste si Lanz se dirigió a esa parte?

–Oye, tenía cosas más interesantes que ver.

–Estuviste observando a la pareja que se besuqueaba.

Hansi Munz ensayó una sonrisa sucia. Algo que siempre es peligroso. Es como cuando en el salto del trampolín de diez metros eliges un grado de dificultad demasiado alto. Si no te sale bien, haces el ridículo.

La estúpida mueca, sin embargo, se borró de inmediato de su cara cuando Brenner dijo:

–¿Y si te digo que Lanz no estuvo en el chiringuito porque en ese momento llevaba un hígado de donante a la estación de cirugía?

–Pero entonces Pongo habría vuelto mucho antes con el hígado de donante a la ambulancia.

–A menos que hiciera otra cosa. A él tampoco lo viste.

–¿Pero qué iba a hacer?

–¿No se te ocurre nada?

Hansi Munz guardó silencio. Pero cuanto más apretaba los labios, más parecían salirse los ojos.

–¿Contento? –le preguntó de pronto Brenner con la voz del taxista, de manera que Munz puso aún más cara de susto.

–¿Estás loco? ¿Dónde habría escondido Pongo el arma? ¿Los agentes lo inspeccionaron todo?

–¿Has salido hoy con la 740?

–Sabes perfectamente que desde la muerte de Pongo salgo con la 740.

Estaba tan orgulloso del hecho que enseguida se dejó llevar de nuevo por el entusiasmo:

–El júnior no permite que nadie más conduzca la 740. Pero el mes que viene llega la nueva 710. A su lado, la 740 parecerá un trasto viejo, te lo digo yo. Hasta tiene un dispositivo automático para el gas. Si me dan la 710, te dejo la 740. Pídela a tiempo porque sólo puedo decirte que no hay comparación con los viejos cacharros.

Brenner, no obstante, ya enfilaba hacia los garajes con Hansi Munz a la zaga porque, claro, éste no las tenía todas consigo. Aunque jamás imaginó que Brenner fuera capaz de cometer tamaña tontería. Porque verás: Brenner entró en el garaje y se puso a desmontar la ambulancia de una manera que Hansi Munz empezó a pegar saltos del susto que

sentía.

—¿Te has vuelto loco o qué? En cualquier momento tendré que volver a salir. ¡No me saques el colchón de vacío!

Pero cuando lo dijo, el colchón de vacío ya estaba en el suelo.

Y antes de que pudiera gritar «Pero la bolsa para los cadáveres no se te ocurra desdoblármela», la bolsa para cadáveres y los guantes de nitrilo y los vendajes y los paños ya estaban regados por el suelo del garaje.

Y a la que gritaba «Como me toques la cajonera de medicamentos...», el contenido de los veinticuatro cajones se hallaba ya esparcido por el suelo del garaje y las infusiones se escurrían por el sumidero. Y las férulas, y los esparadrapos, y la camisa de fuerza, y la palanqueta, y la botella de oxígeno, todo lo tiró Brenner en el suelo del garaje.

—Te juro que te pasarás la noche entera recogiendo las cosas, te lo juro —aulló Hansi Munz, mientras Brenner terminaba por sacar las toallas y las cintas adhesivas y las sábanas para los quemados y el orinal.

Al final, el garaje y el patio quedaron tan llenos que hay que admirarse de cuánto cabe en una ambulancia. Más que en el garaje, donde cabe la misma ambulancia. Porque hay que ver hasta qué punto lo del orden sigue siendo a día de hoy un buen truco. Aunque, claro, la otra cara de la moneda es que cuanto más estricto el orden, peor el zafarrancho si llega a romperse.

—¡Mierda! —resopló Brenner una vez lo hubo sacado todo y visto la que había armado—. Esto es peor que en la recogida de ropa usada.

Porque sabrás que los crucistas también se dedican a recoger ropa usada, una cosa magnífica. Pero lo que no puedes saber es que el encargado de las campañas de recogida era Pongo, detalle del que Brenner se acordó cuando dijo la frase.

Al instante siguiente fue a buscar las llaves del garaje de los camiones. Y al siguiente ya lo estaba abriendo. Tres garajes para camiones y ni un solo camión.

En su lugar había ropa usada por donde miraras. Imagínate. Y decir ropa usada es un decir, porque todo era ropa nueva y de la más moderna. Todo lavado y clasificado. Millones de compras inducidas por la frustración, hechas por personas emocionalmente descompensadas que para alegrarse un poco la vida van y compran un trapo, se lo ponen una vez y luego lo tiran al contenedor de la ropa usada. Tres garajes repletos hasta el techo. Has de paladear despacio lo que esto significa en términos de caos. Piensa en lo que te acabo de explicar de la filosofía del orden.

—Como empieces a sacar también estos trapos, te llevamos directo al loquero. La camisa de fuerza ya me la dejaste lista ahí. Te la ponemos en un periquete. Y el viaje hasta el loquero Pongo llegó a hacerlo en once minutos. Once minutos hasta la celda acolchada.

Hansi Munz tenía ahora refuerzo. El gordo Buttinger, plantado con toda su humanidad ante la puerta de la central de comunicaciones, gritó:

—¿Qué pasa Brenner? ¿Ya no tienes nada que ponerte? Antes de cogerte una de nuestras bonitas prendas usadas tienes que pedir permiso. Porque son para los buenos de los negros, y no para ti.

Brenner, sin embargo, no reparaba ni en Hansi Munz ni en el gordo Buttinger. Y tampoco sacó la ropa fuera.

Lo que hizo fue volver al garaje de la 740 a buscar, en medio del batiburrillo que había dejado, la palanqueta. Esta herramienta sirve para cuando hay que liberar a un ocupante de un coche accidentado antes de que lo devoren las llamas.

Y no para abrir el armario de los materiales en el garaje de la ropa usada, del cual sólo Pongo tenía la llave.

Sabe Dios dónde la escondería, tal vez se la dieron como ofrenda en la tumba. En cualquier caso, Brenner no tenía tiempo para ponerse a buscar y tomó el atajo, o sea la palanqueta.

Luego vio los pechos más hermosos que había visto en la vida. «Primavera en Provenza», ponía sobre la foto que Pongo había colgado con cinta adhesiva en su armario. Pero debía de ser una foto un tanto antigua, porque te aseguro que pechos tan hermosos ya no los hay. No sé si tiene que ver con el movimiento de emancipación.

Y lo creas o no, Brenner ni siquiera se paró a mirar la foto, porque debajo estaban los destornilladores, y al lado había una taladradora. Pero no una taladradora de verdad.

Cuando Brenner salió del garaje con el arma en la mano –que pesaba tanto que casi se le abrió la cicatriz de su operación del apéndice–, ni Hansi Munz ni el gordo Buttinger pronunciaron palabra.

Lo único que se oyó fue un suave murmullo. Venía del reguero que lentamente se abría paso desde la pierna del uniforme de Hansi Munz hacia el sumidero del garaje.

–Ahora tienes que decidir si quieres estar en el bando correcto o en el bando equivocado –dijo Brenner, tan serio como nunca lo había visto yo.

–Yo siempre estoy en el bando correcto –le contestó el gordo Buttinger.

–Entonces me harás el favor de ir a la centralita a mirarme en el ordenador unos cuantos datos.

–¿Crees que por tener un petardo en la mano voy a bailar al son que me toques?

–Ésta es la cacharra de Pongo.

–¿Pongo? –dijo el gordo Buttinger arrugando la frente–. Espera, ¿ése no trabajaba con nosotros?

–Pongo mató a Irmí.

Cuando Buttinger arrugaba la frente se le formaban unas auténticas salchichas sobre los ojos.

–¿Y Stenzl se tiró en medio como el más heroico de los guardaespaldas?

–Stenzl sólo se interpuso. Pero tenía tanta paja en el cerebro que la bala lo atravesó como si tal cosa.

El gordo Buttinger sólo hizo una mueca de sonrisa.

–Y si me dejas entrar en el ordenador –insistió Brenner– puede que después se tenga la impresión de que has estado en el bando correcto.

Pero el gordo Buttinger no pensaba permitir ni en sueños que Brenner accediera al ordenador.

Seguía disfrutando del hecho de que Brenner ya no tuviera la protección del júnior. Pero no acababa de comprender que él también la había perdido. Porque ahora el júnior necesitaba toda su protección para sí mismo.

Al instante el gordo de Buttinger salió corriendo hacia la centralita y gritó en el micrófono:

–¡740, vuelve inmediatamente a la central!

El que iba en la 740, vaciada por completo, era Brenner, quien había salido de la central a tal velocidad que los transeúntes, o sea gente que venía del *shopping*, no pudieron por menos que santiguarse. Aunque lo de santiguarse, en realidad, no forma parte de la religión del *shopping*. Ésta tiene otros rituales. Sus adeptos cogen un billete y se lo entregan a una cajera encargada de recibirlo. Pero, que yo sepa, no se santiguan. Sin embargo, cuando Brenner se saltó el primer semáforo en rojo con sirena y luz azul

obligando a frenar en seco a un autocar con turistas, vio en el retrovisor a una mujer que incluso soltó sus bolsas con las compras para santiguarse.

–¡740, vuelva inmediatamente! –volvió a gritar el gordo Buttinger. Pero Brenner ya estaba a años luz. Y la gente del *shopping* también se había esfumado: deprisa y corriendo se había metido a la primera tienda a su alcance para comprar, por si las moscas, algo para la siguiente recogida de prendas usadas. No fuera que la ambulancia, o acaso el diablo, los pillara en su camino.

–¡740, vuelva inmediatamente!

Aunque el gordo Buttinger era un hombre tremendamente irascible, no recuerdo que hubiera violado nunca las reglas de la centralita gritando como lo hacía en ese momento:

–Mensaje para las ambulancias, mensaje para todas las ambulancias. ¡Detengan a 740!

–¿Localización? –preguntaron los socorristas desde sus ambulancias.

–Desconocida –bufó el gordo Buttinger.

–690 llamando a central –dijo Schimpl al micrófono con voz nerviosa.

–Adelante, 690.

–740 va por la Triester Strasse en dirección a las afueras.

–Entendido, 690. Sígalas.

–La 740 va a 160.

–¿Por la Triester Strasse?

–Positivo.

–¡Entonces circule a 170!

–Entendido –dijo Schimpl al micrófono en un tono tan profesional que cualquier escenario de guerra se queda corto.

Luego, breve interrupción porque el gordo Buttinger tuvo que enviar una ambulancia para atender un infarto en la He –rrengasse. Después volvió a oírse la voz excitada de Schimpl:

–690 llamando a central.

–Adelante, 690.

–Accidente grave.

–¿Dónde?

–Cruce Triester Strasse con Anton-Baumgartner-Strasse.

–¿Cuántos heridos?

–Dos heridos graves.

–Atiendan a los heridos. Mando UVI móvil.

–690 llamando a central –volvió a decir Schimpl sin poder calmarse.

–Diga, 690.

–Los heridos somos nosotros.

–¿Qué me dice?

–Volcamos persiguiendo a 740.

–¡Hijo de la gran puta! –bramó el gordo Buttinger en el micrófono. Brenner no pudo seguir oyendo la conversación porque ya había llegado a Alt Erlaa. Aparcó frente al tercer bloque de pisos y subió a la segunda planta, donde vivía el señor Oswald. A cien

metros del lungauense, como mucho, y en línea recta.

Ahora una verdad como un templo: los hombres cometen a menudo el error de no levantarse a abrir cuando llaman a la puerta. Entonces son ellas las que han de levantarse porque para él el sofá es tan cómodo en ese momento o porque hay tarde deportiva en la tele.

Y cuando la mujer abre la puerta, puede que sea demasiado tarde. La desagradable sorpresa ya está servida. O sea en este caso concreto: nada más que la señora Oswald abrió la puerta, Brenner divisó al señor Oswald en el sofá y el señor Oswald, a Brenner en la puerta. Pero el señor Oswald creyó ver un fantasma y Brenner creyó ver un caso agudo de 21, o sea pistón atascado, o sea infarto cardiaco.

–Es para ti. Un tal señor Brenner –dijo la mujer dándose la vuelta, y Brenner enseguida notó su acento esmerado. Una persona de aspecto refinado, tengo que decir; pelo recogido, traje de loden y demás aditamentos; en la tele hubiera hecho de esposa de un médico rural, pero en la vida real sólo era la mujer del señor Oswald.

Y ;el mobiliario también muy elegante: paredes blancas, alfombra blanca, sofá de cuero blanco, y blanco el rostro del dueño de la casa.

–¡Vaya! –se le escapó a Oswald–. El señor Brenner.

–Cuánto tiempo, señor Oswald.

–Éste es el señor Brenner –balbuceó el dueño de la casa dirigiéndose a su mujer–. Un conocido.

–Pase, por favor –le dijo ella amablemente a Brenner tendiéndole la mano.

–No, paso yo... –se apresuró a decir el señor Oswald– ...salgo yo un momento con el señor Brenner.

Y luego, claro, mirada inquisitiva de la señora. Hay una expresión simpática para estas ocasiones en que unas personas departen en una estancia y de repente se hace un silencio en la conversación: se dice que un ángel está pasando por la sala. No sé de dónde viene, quizás de la sensación de extrañeza que se siente en un momento así, como si se estuviera ante una especie de hálito del más allá. Casi como cuando vas de compras y entras en una tienda donde las estanterías están todas vacías.

Y mientras el ángel se paseaba por la estancia, Brenner recordó la revista del corazón que había estado hojeando el día anterior en el servicio de geriatría. Había una foto del hombre más gordo del mundo que acababa de morir en los Estados Unidos. Lo creas o no, pesaba cuatrocientos veinte kilos. Tuvieron que tirar abajo una pared para poder sacar el cadáver de la casa.

Dirás que por qué no trocearon el cadáver, les hubiera salido más barato. Pero, ¿ves?, es cosa de la sensibilidad. Considero que a una persona hay que tenerle el respeto suficiente como para no despedazarla por el simple hecho de que se la quiera sacar por una puerta. Aunque luego se la incinere diez veces o se la entierre o meta a porciones en los compartimentos de un banco de órganos. Pero otra cosa es partir a alguien en trozos por motivos de transporte, y en este caso por una vez tengo que darles la razón a los americanos.

Y a lo que iba: Brenner se imaginó que era el ángel de aquel monstruo americano el

que se paseaba en ese momento por el piso del señor Oswald, tan colosal fue el silencio que se se interpuso entre ambos cónyuges.

Luego Brenner le dijo a la señora Oswald:

–Soy de la ambulancia. Ayer su marido le salvó la vida a un ciclista.

Las torres de pisos oscilan muy ligeramente; por lo general no se siente, y menos en la segunda planta. Pero en ese momento Brenner tenía la impresión de sentirlo.

Exacto, debió de ser por el peso que se le quitó de encima al señor Oswald.

–No me lo habías contado –dijo la señora Oswald, tan orgullosa que sus nobles ojos tomaron un brillo de emoción bastante innoble.

–Lo más seguro es que no haya querido asustarla –salió al paso Brenner con una respuesta.

–¡Pero hubiera estado orgullosa! ¿Por qué no me lo contaste?

Queridas mujeres: menos prisas a la hora de investigar los secretos. Entonces el hombre sacará antes la cabeza de su concha. Es el consejo que yo os daría para esta problemática prototípica. Aunque en el caso presente, claro, daba igual la táctica que se emplease porque al fin y al cabo todo era un montón de patrañas.

–El paciente ya está fuera de peligro –dijo Brenner inaugurando la siguiente mentira–. Y no desea otra cosa que conocer al hombre que le salvó la vida.

–¡Pues entonces tienes que ir! –exclamó la señora Oswald tan resoluta que tengo que reconocer que una mujer espiada nunca hablaría así con su voyeur; por lo tanto comprendo un poco las preferencias del señor Oswald.

Enseguida le trajo su elegante chaqueta y él, obediente como una criatura, se la enfundó.

–Hasta más tarde –dijo su mujer, sin que él le respondiera. Y mientras bajaba en el ascensor con Brenner seguía sin decir esta boca es mía, y cuando se sentó en el asiento de copiloto de la ambulancia seguía callado, e incluso cuando Brenner llevaba ya cinco minutos conduciendo a toda pastilla con luz azul continuaba encerrado en su mutismo. Pero de pronto gritó:

–¿Se ha vuelto completamente loco? ¿Es que no está bien de la cabeza? ¿Ha perdido la chaveta? ¿Es usted un sádico? ¿Quiere acabar con mi matrimonio? ¿Le queda una pizca de cordura como para.?

–¿A cuál de las preguntas debo responder primero?

Pero la salida le quedó atravesada en la garganta, pues el señor Oswald ya se estremecía como un epiléptico por el llanto que le produjo el shock de pensar que su mujer podría haber descubierto su pequeño hobby.

Ahora Brenner lamentaba haber destripado la 740 como a un pavo de Navidad, porque no podía echar mano de los medicamentos y calmar al señor Oswald con uno o dos Rohipnol para que dejara de estar histérico y, no obstante, mantuviera unos niveles mínimos de operatividad. Porque viéndolo en ese estado, Brenner temió que el señor Oswald no iba a ser capaz de cumplir su tarea.

No se le ocurrió mejor tranquilizante que el casete que Klara le había dado de despedida. Pero en cuanto sonaron los primeros compases en los altavoces

cuadrafónicos, tuvo el presentimiento de que no había sido una buena idea. Pues se trata, hay que decirlo, de una música que impresiona, y mucho.

Y eso que la grabación se hizo sin amplificadores ni nada, sin guitarras eléctricas, nada, sólo la música; algo así hoy en día ya no existe. Ahora bien, en lugar de atender a Oswald para que dejara de lloriquear, Brenner tuvo que controlarse para no entonar otro llanto. Por los recuerdos y todo lo demás.

Le bajó un poco el volumen a la música y le dijo a Oswald:

–Sé quién disparó contra Stenzl y la enfermera.

Oswald, absorto en su gimoteo, no reaccionó.

–Todo el mundo pensó que era a Stenzl a quien habían querido matar. Y que el hecho de que Irmi muriera con él fue un accidente.

Oswald no quería oír hablar de nada. En la medida en que el cinturón de seguridad se lo permitía le daba la espalda a Brenner y miraba por la ventana lateral.

«Ven, du-ulce cru-uz», cantaba el tenor. Klara tenía razón, el aria rezaba «dulce cruz» y no «dulce muerte».

El hecho de que en los últimos treinta años hubiera confundido las dos palabras le hacía pensar un poco en la afasia del lungauense. Aunque, eso sí, la palabra clave la tenía desde un principio. Una parte recóndita de su cerebro tuvo que haber estado todo el tiempo con la mira puesta en la dulce sangre del diabético. Mucho antes de saber que Pongo, lejos de salvar a sus pacientes, les propinaba un choque de azúcar para darles el pasaporte.

No obstante, experimentó cierta sensación truculenta al pensar desde cuándo la melodía llevaba martirizándolo. Porque no sólo fue el día en que había vuelto a ver a Klara. También fue cuando la diabética señora Ruppachter le contó que Irmi había estado figoneando entre sus papeles, o sea en su testamento. Y aunque en ese momento no captó bien la historia, una parte recóndita de su cerebro tuvo que haberla almacenado.

–En realidad, Stenzl era lo de menos. Desde un principio el objetivo había sido Irmi. Sólo para despistar le pegaron el tiro a través de Stenzl.

Por el rabillo del ojo Brenner vio que Oswald daba un respingo. El hombre trató de disimular, pero le costó tal esfuerzo que interrumpió su lloriqueo. Y así, claro, se delató.

–Y a mí qué –se resistía Oswald mirando por la ventanilla con gesto ostensible. Gesto que ya te lo decía todo.

–Le he hablado de mi compañero Pongo, ¿verdad?

Nula reacción. Pero lo dicho, demasiado ostensible.

–Le conté lo que pasó en la bodega bar –siguió insistiendo Brenner–. Lo que pasó con la hija de otro compañero.

–¡Usted sí que es un mirón! –se obstinaba el señor Oswald, siempre mirando por la ventanilla.

–¿Le molesta?

–Yo al menos no corro a soplárselo a su mujer.

–Pero si su mujer estaba muy orgullosa de usted.

–En el último momento –susurró el señor Oswald. Y luego se giró hacia Brenner

repitiéndolo a gritos—: ¡En el último momento! ¡En el último momento!

Brenner se alegró de que estallara, ya sabes que las tormentas limpian la atmósfera. Poco a poco, el señor Oswald iba sobreponiéndose al shock de que su mujer hubiera estado a punto de descubrir su secreto.

—Todo ha salido bien —dijo Brenner en tono conciliador.

—A Dios gracias.

Luego, otro intento de Brenner:

—Pero usted se acuerda de Pongo, ¿verdad?

—Claro que me acuerdo. ¿Cree que puedo olvidar una historia así?

—No, por supuesto.

«Ven, du-ulce cru-uz», seguía implorando el aparato de música del coche.

Y, sinceramente, hay que decir que Johann Sebastian Bach sabía por qué introducía tantas repeticiones en sus cantos. Conocía el percal, era consciente de que a sus paisanos había que decirles las cosas mil veces para que las entendieran.

Porque no fue sino entonces cuando Brenner comprendió por qué había confundido la letra de la canción. Por qué, al igual que el lungauense, había intercambiado en el fondo de su cerebro estas dos palabras: «muerte» y «cruz». Y es increíble cuánto tardó el mensaje en llegar de aquel fondo al primer plano del cerebro; cuánto tardó en saber que la cruz de las ambulancias no suponía para los pacientes diabéticos la salvación, sino la muerte.

—Le dije que Pongo estaba cerca cuando mataron a esos dos con una sola bala. Lo cual es correcto. Pongo estaba cerca. Pero no como testigo. Mire lo que hay en la guantera.

El pistolón era tan grande que apenas cabía en el compartimento. Oswald ni siquiera lo tocó, sino que volvió a cerrar la guantera de inmediato.

—Fue Pongo el que le disparó a Stenzl en la nuca.

«Ven, du-ulce cru-uz», seguía cantando el tenor en su eterna letanía.

—¿Y quién se cargó a Pongo?

—Precisamente para eso le necesito a usted.

Oswald puso cara de tonto y volvió a abrir la guantera.

—¿A mí? —dijo, y esta vez estiró la mano para coger el arma pero desistió en el último momento.

—Puede cogerla tranquilamente. Apesta tanto a desinfectante que seguro que Pongo no dejó ahí ni una sola huella dactilar.

Pero en cuanto Oswald intentó sacarla, el arma no se movió ni un milímetro.

—Escuche lo que está cantando —dijo Brenner.

—Lleva tres minutos cantando lo mismo.

—Sí, sólo canta: «Ven, dulce cruz».

—Tanto dulce te pudre los dientes antes de que estires la pata.

A Brenner le pareció que el señor Oswald de repente hablaba como un conductor de ambulancias. Quizás el entorno, la situación de emergencia, tenga un efecto levemente contagioso. Es posible que fuera por eso por lo que a un hombre sensible como al señor Oswald de pronto le creciera el bíceps, moralmente hablando.

Pero Oswald enseguida recobró el tono ofendido de antes:

–¡Déjeme en paz con la canción! Quiero saber qué diablos pinto yo en este sarao.

–Pongo trataba a los pacientes con una solución de agua azucarada. Pero primero les pasaba el testamento para que lo firmaran al vuelo. Irmi lo descubrió.

–¿Está diciendo que el servicio de ambulancias mataba a la gente en lugar de salvarla?

«Ven, du-ulce cru-uz», seguía cantando el tenor con voz seductora, como si evocara el deseo del hombre de tener a la mujer con los brazos en cruz, o sea de darle un revolcón.

–¿Tiene pruebas?

–Para eso precisamente le necesito a usted.

Oswald lo miró con ojos como platos.

–Quiero que entre en el ordenador de los crucistas.

–Me lo temía –dijo suspirando el señor Oswald.

–¿En el número 18? –preguntó Brenner cuando doblaron por la Novaragasse.

Oswald ni siquiera asintió con la cabeza. Tampoco quiso saber cómo Brenner había averiguado que era allí donde tenía su millonaria instalación.

Ya te puedes imaginar cómo la costeó. Pero tengo que decir una cosa en su honor: sus escuchas jamás obedecieron a motivos de dinero. Y si de vez en cuando practicó un poco el chantaje, nunca lo hizo para enriquecerse personalmente, sino siempre para servir a la causa. Invertía cada centavo en la ampliación de la instalación, ¡sin hablar de la cantidad de dinero que ponía de su propio bolsillo!

El piso en sí no pudo haberle costado mucho. Era un cuchitril sin baño ni lavabo. Pero el ordenador, oye, que ni que fuera uno de la NASA.

Mientras el señor Oswald hacía arrancar la máquina e intentaba acceder al ordenador de los crucistas, Brenner terminó de contarle el resto de la historia.

–El lungauense quiso retirarse cuando vio que el juego adquiría dimensiones cada vez más criminales. Y el día después de comunicárselo al júnior, sucedió lo de Pongo con el destornillador.

–720 en hospital Hermanos de la Misericordia –lo interrumpió el ordenador con la voz de Czerny.

Una vez repuesto del susto que le causó ver que el señor Oswald conseguía interceptar la comunicación de radio en menos de dos minutos, dijo:

–La voz hasta se reconoce mejor que en nuestros propios coches.

–Claro, tengo mejor cobertura –dijo el señor Oswald sin inmutarse.

En cambio, tardó una hora larga en controlar todos los datos aportados por el lungauense.

–Positivo –dijo el señor Oswald después de mirar si el 17 de octubre del año anterior Rosa Eigenherr, diabética de 82 años de edad, había muerto durante el transporte.

–Positivo –al comprobar que, en efecto, los conductores de aquella ambulancia habían sido Pongo y el júnior, o sea Grande y AI, porque el ordenador no conocía apodos. El júnior había adoptado el AI de su padre, pero la gente no dejó de llamarle «júnior», sólo el ordenador se tragó el cambio de nombre.

–Positivo –constestó el señor Oswald a la pregunta de que tres semanas más tarde otra

diabética había muerto durante el transporte.

–Positivo –a la pregunta si los conductores del taxi de la muerte volvían a ser Pongo y el júnior.

–Positivo –respondió a si el 26 de noviembre a Pongo y al júnior se les había muerto una diabética durante el viaje.

–Positivo –dijo también en cuanto al señor Haberl, el único hombre de la cohorte.

–Ahora sólo nos falta la señora Edelsbacher –leyó Brenner en sus notas–. 10 de diciembre.

–¿Cómo es posible? –preguntó Oswald mientras continuaba la búsqueda.

–En el gotero había agua con azúcar en lugar de...

–Sí, ya sé, no es a eso a lo que me refiero. Pero si Pongo disparó contra Irmí a través de Stenzl sólo para despistar...

–O para desviar las sospechas hacia la Liga. El ataque es la mejor defensa. Por eso el júnior me movilizó contra la Liga. Se trataba de remover el lodo de la competencia. Para que a nadie se le ocurriera reparar en el júnior.

–Si usted lo dice... Pero ¿cómo pudo saber Pongo que los dos iban a estar ahí besándose a las cinco en punto?

–¿Conoce la teoría del cincuenta por ciento? –preguntó Brenner.

Y le expuso prolijamente la teoría de Klara hasta que por fin llegó a la siguiente explicación:

–Irmí metía la nariz en todas partes en busca de pruebas para los tejemanejes ilegales del júnior. Por eso también buscó en el Banco de Sangre, porque fue el júnior el que colocó a Stenzl ahí.

–Y con esa misma intención Irmí se ligó a Stenzl –dijo el señor Oswald dejándose llevar por su condición de voyeur.

–Pues no. Es aquí donde entra en juego la teoría del cincuenta por ciento. Porque fue precisamente al revés. Irmí creyó que estaba espiando a Stenzl, pero en realidad era Stenzl el que la espiaba a ella.

–¿Por qué?

–Por encargo de Pongo. Sabían desde hace tiempo que Irmí se traía algo entre manos.

–¿Y que Stenzl estuviera ahí con Irmí a las cinco también fue encargo de Pongo?

Antes de que Brenner pudiera contestar, Oswald masculló:

–Alt Erlaa.

Porque mientras el señor Oswald buscaba con tanta destreza en el ordenador central, seguían oyéndose las comunicaciones de los crucistas. Y no sólo sus mensajes por radio, sino también las histéricas llamadas de urgencia.

A Brenner ya lo estaban sacando de quicio los aires de suficiencia del gordo Buttinger repartiendo órdenes a diestra y siniestra. Con todo, se le hubiera pasado si el señor Oswald no llega a mascullar:

–Alt Erlaa.

Porque fue en un tono muy familiar que el gordo Buttinger dijo al micrófono:

–23, ataque epiléptico, Alt Erlaa.

–Esto es menos positivo –dijo Brenner cayendo en la cuenta. Porque la dirección que indicaba el gordo Buttinger era la del lungauense.

Y aunque al principio no puso atención a la llamada por tratarse de una de tantas que entraban constantemente, de alguna manera se le quedó sonando en el oído. De alguna manera la voz de la lungauense, el eco de su llamada de socorro, le rondaba la cabeza.

Lo escuchado tuvo que grabarse en alguna parte de su memoria, pues ahora, a la postre, empezaba de alguna manera a hacerse su composición de lugar.

Pero, ¿ves?, eso de que sea «de alguna manera» no es suficiente. Me gustaría poder dejarte en la creencia de que Brenner, en un arrebato de concentración, había juntado todas las palabras de la lungauense. O sea: el hombre sí, la técnica no. Pero la verdad es que Brenner aún no había empezado a fijarse en el eco de la llamada en su cabeza, cuando el señor Oswald ya le estaba ofreciendo la conversación entera grabada en su ordenador:

–¡Ven rápido! –gritaba la lungauense en el teléfono –. ¡Mi hijo ha tenido un ataque!

El señor Oswald estaba sentado ante su ordenador como un capitán en alta mar que domina con maestría las más peligrosas ondas sonoras.

–Hoy vino uno de tus hombres a preguntarle cosas. Eso lo ha alterado tanto que ha tenido un ataque. ¡Ven rápido!

A Brenner le extrañó que la lungauense tuteara al gordo Buttinger. Pero la gente del campo pasa con más facilidad al tuteo, o quizás la mujer sencillamente tuteaba a los viejos compañeros de su hijo.

–¡Rápido! –gritaba la lungauense al teléfono–. ¡Ven!

–Dulce muerte –completó Brenner. Porque su llamada hubiera significado la muerte segura para su hijo si no hubiese sido por la pericia del señor Oswald y su equipo.

Y digan lo que digan en contra de la técnica: sin ella el lungauense habría muerto media hora después. A veces da miedo constatar que son precisamente los que salvan vidas, los médicos y los hospitales y las ambulancias, los que están equipados y armados hasta los dientes cual ejército privado. O sea un pequeño fascismo sanitario, para decirlo en términos de altos vuelos.

Pero es lo que ocurre cuando se trata de vida o muerte. En momentos así uno deja la crítica social a un lado y vuelve a recurrir a la bomba de la técnica, aunque por lo general diga que es mejor lo humano.

Y gracias al parque de máquinas del señor Oswald hubo un atisbo de esperanza para el lungauense. Porque les permitió oír con claridad cómo, tras la llamada de la lungauense, el gordo Buttinger informaba al júnior de que Brenner había ido a sonsacar información al lungauense y éste, en consecuencia, había sufrido un ataque. Y sólo ahora, oyendo la repetición, Brenner lograba oír al júnior que decía al micrófono:

–590 saliendo.

Brenner sabía que el tubo de escape de la 590, que emitía los gases directamente a la cabina de transporte, seguía sin estar reparado.

–¡Venga! –dijo Brenner arrancando literalmente a Oswald de su ordenador. Acto seguido ya saltaba escaleras abajo como si se tratara de un 21 agudo.

–El júnior se dirige a Alt Erlaa a recoger al lungauense –explicó Brenner mientras bajaban–. El lungauense es el único testigo. Hasta ahora el júnior creía que el hombre estaba demasiado tocado para poder declarar nada. Pero ahora sabe que he estado con él. Tenemos que pillarlo antes que el júnior.

–Tenemos que salvarlo del cuerpo de salvamento –dijo el señor Oswald resoplando en medio de su sorpresa.

Brenner condujo de tal manera que tengo que decir que si hay infierno, Pongo seguro que lo miraba con orgullo desde allá abajo. Porque del distrito 2 hasta Alt Erlaa habrá unos diez kilómetros, con treinta, cuarenta o hasta cincuenta semáforos. Y no parar una sola vez del distrito 2 hasta Alt Erlaa... pues no pondría yo la mano en el fuego asegurando que Pongo una vez lo consiguió.

Pero cuando Brenner llamó al timbre de la madre del lungauense, el júnior ya se había llevado a su hijo.

Cuatro horas antes de comenzar la fiesta del Danubio, las calles de Viena estaban tan desiertas como Brenner nunca las había visto, o sea una ciudad fantasma. Además, con los semáforos en rojo llevaba, claro, cierta ventaja.

Cuando de pronto la guantera se abrió por las sacudidas, el señor Oswald volvió a alargar la mano para coger el pistolón, y esta vez logró sacarlo. Pero el arma se le cayó de las manos y dio en el suelo.

–¡Tenga cuidado! –gritó Brenner, aunque un solitario transeúnte acababa de hacerle un corte de mangas por haberlo apartado brutalmente del paso de cebra.

–Pesa horrores –dijo el señor Oswald al recoger el arma.

–Hombre, de plástico no es. Con esto puedes cargarte a dos al mismo tiempo.

–Al mismo tiempo no, pero sí sucesivamente y con una sola bala –dijo el señor Oswald con repentina precisión–. ¿Adónde vamos, si se puede saber?

–Socorrista Munz a 590 –dijo Brenner imitando la voz de pito de Munz en el micrófono de la radio.

–590 en monumento *Hilandera bajo la cruz* –respondió el júnior al instante comunicando el lugar donde se encontraba.

Brenner hizo una mueca sardónica al oír la agitada voz del auténtico Hansi Munz:

–770 a todas las ambulancias. ¿Quién ha dicho «socorrista Munz»?

El pobre Hansi Munz ya estaba humillado con la vieja 770 porque Brenner le había quitado la 740, y encima ahora alguien enviaba mensajes imitando su voz sin que el júnior se percatara.

–¿Qué quiere, 770? –gruñó el júnior en el micrófono.

–770 no ha enviado mensaje –contestó el auténtico Hansi Munz.

Tú y yo sabemos que le asistía la razón. Pero, para el gusto del júnior, a Munz la frase le salió con un deje de impertinencia. Aunque la impertinencia iba dirigida al desconocido, el interlocutor, claro, era el júnior. Y para él la falta de respeto en las radiocomunicaciones era lo peor que existía.

Da exactamente igual si estás haciendo un viaje rutina o si, por el contrario, estás conduciendo a un paisano a la muerte; aquí lo que importa no es sólo la disciplina en la radiofonía; de lo que se trata, en el fondo, es de las formas, de si controlas o no tus emociones cuando estás al micrófono.

–770, preséntese en mi despacho cuando termine la jornada. Cambio.

–770 entendido –respondió Hansi Munz, y Brenner se imaginó cómo el pobre diablo acababa de cambiarse de pantalón y ya volvía a estar cagado ante lo que le esperaba esa tarde.

–810 en hospital Francisco José –dijo uno de los conductores indicando su ubicación.

–¡810, vuelva a la central! –respondió la centralita.

Mensajes así los oyes, naturalmente, cien veces al día; te entran por una oreja y te salen por la otra.

Brenner sólo prestó atención cuando el mismo conductor repitió el mensaje.

–810 en hospital Francisco José. 810 en hospital Francisco José.

–¡810, vuelva a la central! –volvió a responder el gordo Buttinger, ya bastante picado. Había días en que la disciplina en las comunicaciones dejaba mucho que desear.

–810 en hospital Francisco José.

Ahora, obvio.

–810, entendido –comunicó Brenner saltándose el código de radiocomunicación.

Pero es que su «entendido» no había que interpretarlo en términos del código. Se refería a que Brenner por fin había entendido que la 810 era el pequeño Berti. Y el hospital Francisco José queda a tiro de piedra del monumento *Hilandera bajo la cruz*, posición que hacía un rato había indicado el júnior.

Ahora bien, no te confundas: la estación Francisco José, donde Brenner no encontró al vagabundo, está justo en la otra punta de la ciudad. La coincidencia de nombres es pura casualidad. O quizás no sea tanta casualidad, porque hay que decir que en Viena Francisco José es un poco como el rey del cotarro.

–810 en Matzleinsdorferplatz –comunicó Berti.

–¡810, vuelva a la central! ¡Pero ya! ¡Y deje de indicar cada curva que toma! –gritó el gordo Buttinger con los nervios a flor de piel.

Brenner, por su parte, había captado que el pequeño Berti estaba persiguiendo al júnior para ayudarle.

Berti había regresado a la central, donde se había enterado de la historia del pistolón y de la 740. Y no debes olvidar una cosa. Aquella vez que Brenner estuvo el día entero imitando las voces radiofónicas de los colegas, al pequeño Berti se le crisparon bastante los nervios. Y ahora, obvio, enseguida se había dado cuenta de que no era Hansi Munz el que hablaba, sino Brenner imitando al compañero. A partir de ahí sólo tuvo que sumar dos y dos para adivinar que Brenner, por algún motivo, quería saber la posición exacta del júnior.

–810 en Gudrunstrasse –comunicó el pequeño Berti.

Y de repente se oyó decir al gordo Buttinger con la calma más absoluta:

–Si ven al compañero 810, díganle que vuelva a la central. Tiene la radio averiada.

–Entendido –dijeron Brenner y otros diez conductores.

–810 circulando por Gudrunstrasse.

Brenner no volvió a responder a los mensajes. Temió que el júnior empezara a sospechar.

También el pequeño Berti permaneció unos minutos en silencio, de lo que Brenner

dedujo que el júnior seguiría en la kilométrica Gudrunstrasse y aún no habría doblado hacia la Laxenburgerstrasse.

–810 llamando a central –se oyó de repente a Berti.

–810, ¿me escucha? –gritó el gordo Buttinger a voz en cuello, como pensando: si su radio no funciona, tal vez me oye por vía directa.

–Sintonía perfecta –contestó Berti con inocencia.

–¿Posición? –volvió a gritar el gordo Buttinger.

–Simmeringer Hauptstrasse.

Brenner no podía creer que el pequeño Berti le tomara tan hábilmente el pelo al gordo Buttinger. Comunicaba de la manera más disimulada posible la nueva ubicación del júnior.

–¡Vuelva a la central! –ordenó el gordo Buttinger.

Pero al instante entró una llamada de emergencia para el pequeño Berti:

–810, cubra emergencia en Tangencial Sudeste. 14 grave. Uvi móvil en camino.

De modo que Brenner tuvo que olvidarse de la ayuda de Berti. Porque, claro, no puedes dejar a la gente tiesa en medio de la autopista sólo porque quieras jugar un poco a los detectives. Al fin y al cabo, ni Berti ni Buttinger podían saber que en ese momento cada segundo que pasaba podía ser decisivo para la vida del lungauense en la 590.

Brenner enfiló la Gudrunstrasse a velocidad de vértigo. Cuando Berti recibió la orden de dirigirse hacia la Tangencial Sudeste, él se encontraba a dos kilómetros de la Simmeringer Hauptstrasse, pero cuando llegó aún alcanzó a ver por el retrovisor cómo el otro la abandonaba.

Y de tanto fijarse en el retrovisor por poco se incrusta en la 590 del júnior. Porque el sobresaltado Brenner supuso, claro, que éste iría a ritmo de emergencia, cuando en realidad transitaba por la desierta Simmeringer Hauptstrasse pausada y parsimoniosamente, hacia el centro.

Ahora, claro, la parsimonia resultaba doblemente amenazadora, como quien dice, paso solemne de coche fúnebre.

Brenner sólo le dijo al señor Oswald:

–Usted se queda sentado en el coche.

–¿Y qué hará usted?

El señor Oswald pudo comprobar enseguida y personalmente la respuesta. O sea en vivo y en directo, sin que mediara el cristal al que todo voyeur está acostumbrado hoy en día.

Porque el cristal del parabrisas reventó de tal manera que quedó convertido en una catarata de esquirlas. Fue una maniobra brutal con la que Brenner cortó el paso a la 590, haciéndole impactar en el escaparate del solárium Magic Moment. Los trocitos centelleantes de la luna encendieron el aire como en una auténtica explosión de bengalas, y por un instante transformaron la desangelada Simmeringer Hauptstrasse como por arte de magia.

Inmediatamente después Brenner saltaba de su ambulancia y abría de un tirón el portón trasero de la 590, en la que los gases ya formaban una densa nube.

–¿Está bien? –le gritó al lungauense, sentado allí con el cuerpo encogido, como siempre, en su silla de ruedas.

No respondió. Brenner se inclinó sobre él y lo sacudió, pero el hombre estaba completamente ido.

Y en ese mismo instante el júnior cerró el portón trasero y enseguida la ambulancia volvió a ponerse en marcha, aunque no avanzaba ni reculaba. Se movía en círculos, lentamente.

Y al instante Brenner tuvo una arcada. Y al instante supo que al instante perdería el conocimiento.

A través del grueso cristal que separaba el habitáculo de transporte de la cabina del conductor, vio cómo el júnior introducía marcha atrás e intentaba desaparcar, o sea sacar el vehículo del escaparate del Magic Moment.

En su caída Brenner alcanzó a agarrarse de la horquilla de metal que sostenía el gota a gota, pero la horquilla se salió de la sujeción. Ahora intentaba romper el cristal divisorio con la horquilla. Pero nunca había experimentado algo semejante. Hoy la horquilla era de goma. Y sus brazos eran brazos de goma.

En cualquier caso, la ventana de goma no se hubiera roto, se dijo Brenner a modo de consuelo, mientras miraba cómo el júnior seguía intentando desaparcar.

Y al instante se oyó un estruendo tal que Brenner, ya atontado, pensó: «Adiós caja de cambios». Aunque nunca había oído que una caja de cambios hiciera tanto ruido. Como si en lugar de un tímpano tuviera metida en el oído la enorme luna del Magic Moment que, por la tensión a la que estaba sometida en el órgano demasiado estrecho, saltara en cien mil pedazos.

«Por mucha fuerza que hagas para meter la marcha, una caja de cambios no puede hacer semejante estruendo», pensó Brenner. «Quizás sea por culpa de la intoxicación que lo oigo con tanta intensidad. O igual es el veneno el que me agudiza el oído de esta forma tan inaudita antes de desgarrar en cien mil pedazos el tejido de mis nervios.»

«¿Acaso el júnior pretende empotrarse de lleno en la 740? ¿Será que no está para perder tiempo intentando desaparcar y se dispone a barrer la 740 cual auténtico quitanieves? Aunque cuando un coche se estrella contra otro, el estruendo, si bien mayúsculo, no puede hacerte migas el tímpano.»

«A lo mejor no hay estruendo alguno», se dijo Brenner en un intento de darse consuelo. «A lo mejor no son la caja de cambios ni la 740 las que truenan, sino mis propias entrañas envenenadas porque estoy en trance de entregar el alma al Creador.»

«Igual el más allá es un barrio ruidoso y por eso me retumba el cerebro como si pendiera de la gran campana de la catedral de San Esteban, la famosa "Pummerin" que resuena cada Nochevieja en la tele.»

Ahora bien, no tienes que enfadarte con Brenner porque se haya puesto un poco histérico en esta situación. Es cierto, tendría que haber previsto que el júnior lo iba a encerrar. Sin embargo, que sea o no culpa suya, el caso es que tú, estando en la piel de Brenner, quizás tampoco hubieras mantenido el tipo al cien por cien.

Por otro lado, tampoco se puede negar la ventaja del veneno porque ahora Brenner ya

no sentía su costilla rota. Para nada.

Y en cuanto a la campana que suena aquí en la tele por Nochevieja, tengo mi propia teoría de por qué Brenner la recordaba justo en este momento. Escucha lo que digo. La palabra alemana para campana es *Glocke*, y su pistola era una Glock, y ahora que él y el lungauense se acercaban a paso de gigante al término de sus días, es posible que, por una especie de solidaridad con el compañero de desdicha, le diera por confundir las palabras.

Lo que quiero decir es que en ese momento estaría deseando tener su Glock encima. Con el arma habría podido romper de un balazo el cristal que lo separaba de la cabina del conductor. Pero, desgraciadamente, el día anterior la había sacado del bolsillo del uniforme porque le apretaba pérfidamente la costilla rota.

Una situación desesperante, a decir verdad. Sin embargo, Brenner vislumbró una tenue luz de esperanza al percibir una leve mejora del aire.

«Quizás el cristal de la ventanilla divisoria se esté resquebrajando y deje pasar un poco de oxígeno», pensó Brenner en su borrachera de gases de escape. «Quizás fue la rotura del cristal la que produjo el estruendo. O tal vez sólo confundo palabras.»

«Quizás estoy llamando cráneo a esta cosa que acaba de irrumpir con la granizada de cristales rotos a través de la ventanilla divisoria y se ha estrellado contra el portón trasero haciendo retumbar el vehículo como si de la "Pummerin" de Nochevieja se tratara, dejando el coche entero perdido de sangre. Como en esos turboexprimidores de naranjas en los que metes diez naranjas de las llamadas sanguinas y un segundo más tarde tienes un litro de zumo de color rojo hemoglobina.»

En efecto, el pequeño resto de la cabeza del júnior resbalaba cual cáscara de naranja chupada por la puerta trasera hasta caer al suelo. Y del bigote sólo diré que parecía como si hubieran intentado abrir una botella de cerveza con él.

Pero hay una cosa que debo decir con toda franqueza: con todo y las críticas que se le pueden hacer al júnior por sus estafas, asesinatos o la estrangulación de Pongo, el desde hace un rato ex jefe de los crucistas tenía más cerebro que los dos conductores kamikazes que se mataron en el Cinturón de Gaudenzdorf. Eso se veía a la legua.

Aunque Brenner, claro, apenas podía ver nada. Primero porque el veneno le cerraba los ojos y luego porque el ruido de la campana en la carrocería literalmente se lo hundía en las órbitas. Y cuando por fin logró entreabrirlos, entrevió una imagen que le pareció casi normal comparada con el cerebro en el portón trasero de la ambulancia.

Lo que veía era al señor Oswald, arrodillado en el asiento del copiloto al otro lado de la ventanilla divisoria exenta de cristal, sosteniendo con ambas manos el pistolón de Pongo. Temblaba de tal manera que Brenner temió que el arma pudiera disparársele por error una segunda vez. Y de veras, no era de extrañar que el voyeur estuviera bajo shock. Porque hay que ver cuán mala suerte: toda una vida nada más que mirando y a la que pega un tiro por primera vez, lo hace con tanta puntería que da en el mismísimo blanco y la mollera del júnior sale despedida a través de la ventanilla divisoria de la ambulancia. No digo más. Para quitarse el sombrero.

Y desde la 740 se oía apagadamente la cinta que Klara ensambló para Brenner en

Puntigam hace treinta años:

¡Oh, cabeza lacerada y herida, llena de dolor y escarnio!
¡Oh, cabeza rodeada, para burla, de una corona de espinas!

No debes olvidar una cosa. Toda la 590 seguía resonando por el disparo como ese gong asiático de los cines, antes de comenzar la película. Pero Brenner no se sentía precisamente en el cine, sino más bien como sentado en medio del gong.

Y por si fuera poco, al gong asiático se le sumaba ahora el ruido de la calle y el cotorreo sobresaltado de los curiosos y los bocinazos provenientes de todas direcciones, como si los vieneses hubieran salido en bloque hacia la fiesta del Danubio. Una avalancha de ruidos que a Brenner le ponía la cabeza como un bombo. Y, como hilo musical de fondo, el coro de Klara:

¡Oh, cabeza otrora adornada con elevados honores y agasajos,
y ahora grandemente ultrajada!: ¡yo te saludo!

Brenner miró a los ojos del señor Oswald, y el señor Oswald miró a los ojos de Brenner, el coro cantaba, y los conductores le daban al claxon, y los curiosos rodeaban la ambulancia, y algunos lanzados metían la cabeza por la puerta abierta del copiloto para salir despavoridos en cuanto veían el pistolón balanceándose peligrosamente, y el señor Oswald no decía nada, y Brenner tampoco decía nada, y el júnior ni decir tiene que no decía nada, y el coro seguía cantando:

Tú, noble rostro, ante el que tiembla y teme
todo el mundo, ¡de qué forma se escupe sobre Ti!,
¡cuán lívido te hallas!, ¿quién se ha ensañado
de forma tan infame con la luz sin par de tus ojos?

Brenner escuchaba el coro muy lejos. Y un poco más lejos aún, las sirenas de la policía que, casi diría que poniendo la guinda, se sumaron a la maravillosa experiencia musical.

El color de tus mejillas, el esplendor de tus labios carmesí
se ha roto y desvanecido. El poder de la pálida muerte
se lo ha llevado todo, y todo lo ha arrasado.

Sin embargo, mientras el coro permanecía alejado, las sirenas de las patrullas se acercaban cada vez más. Y Brenner ya sentía cómo estaban a punto de adelantarse al coro. Pero aún no. El coro todavía estaba más cerca. Las sirenas aún no lo habían adelantado.

Y la cháchara de los curiosos estaba más cerca que el coro. Y el resoplar del señor Oswald, más cerca que el cotorreo. Y el ronquido del lungauerense, más cerca que el

resoplar del señor Oswald. El zumbido del gong asiático, más cerca que el ronquido, y el ensordecedor latir de su corazón, cual tambor de batería colocado en su oído, estaba más cerca que el gong asiático. Si bien nunca Brenner había tenido una experiencia musical tan maravillosa, se estaba haciendo a la idea de que era la última para él, su maravillosa vivencia de ensordecimiento, aunque durante un segundo todavía escuchaba:

Oh, Jesús, amigo del alma, de corazón te doy las gracias
por el dolor de tu muerte y la bondad de tu fe.

Después Brenner ya no oyó la música. Tan solo ese estampido, cien veces más cercano que el tambor cardíaco en su oído. Pero del coro, nada. Porque con un solo disparo el señor Oswald había matado al coro entero.

–La única ambulancia con cuadrafonía –dijo Brenner gritando, porque si hoy en día oyes mal, automáticamente hablas más alto–. ¡Y la haces añicos!

El señor Oswald no dijo nada. Sólo dejó caer el pistolón al suelo.

–¡Cuidado! –gritó Brenner.

El señor Oswald no dijo nada.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó Brenner a voz en cuello para aplastar el fragor en sus oídos. Porque realmente le habría interesado saber cómo se siente alguien que se ha pasado la vida mirando y de golpe y porrazo interviene en el acontecer con tanta contundencia.

Pero el señor Oswald no dijo nada ni dejaba traslucir sus pensamientos.

–Bien –respondió en su lugar alguien detrás de Brenner. En un primer momento éste creyó que era el cerebro pegado al portón trasero el que le hablaba, pero era el lungauense, a quien el disparo con el que el señor Oswald había matado el equipo cuadrafónico, terminó por despertar definitivamente.

–Buenas le dé Dios –dijo el lungauense dirigiéndose a Brenner con su habitual cortesía.

–Si me lo encuentro –respondió Brenner.

Pero hoy el lungauense estaba demasiado cansado para reír.

Dos días retuvieron a Brenner en comisaría hasta darle crédito a su historia. Quizás hubo algo de venganza en ello, en que lo hubieran retenido durante tanto tiempo, por haber sido él, y no ellos, quien esclareciera los asesinatos. O sea lección para el ex compañero.

Y quién sabe cuánto tiempo se habría prolongado el asunto de no haber sido por la pulsera del júnior. Menos mal que la examinaron minuciosamente. En la parte interior tenía grabada la palabra LOVE, y al parecer el júnior se salpicó con la sangre de Pongo al estrangularlo con su cadena en el garaje de la 740. Porque en el laboratorio de la Brigada Criminal encontraron restos de sangre seca de Pongo en las letras grabadas.

Ahora, domingo por la tarde, Brenner volvía a encontrarse en libertad.

Cogió la línea 1 del metro y viajó hasta la Isla del Danubio. Era el tercer día de fiesta y en el periódico había leído que en los dos primeros días habían acudido a la isla más de un millón de personas.

Al abandonar el metro por la salida del Centro de Conferencias y dar cuatro pasos, ya se vio rodeado de masas de gente. Tú figúrate: lo normal es que vayas a la Isla del Danubio a estirar un poco las piernas a lo largo de sus diez kilómetros de longitud, pero en la fiesta del Danubio todos como sardinas en lata.

Entre las carpas donde tienen lugar los diversos espectáculos sólo hay una distancia de cincuenta metros, pero necesitas una hora para salvarla. Y mientras caminas pisas cinco veces un resto de salchicha o mostaza, cada diez metros alguien te tira una cerveza en la cabeza y por poco que avances sin que nadie te ponga el pie encima ya tienes una sensación de extrañeza.

Pero lo creas o no, a Brenner esto hoy hasta le resultaba agradable. Durante los dos días de detención había tenido mucho más espacio para moverse en su celda que ahora en la famosa área de esparcimiento periurbana, eso por descontado. Pero de alguna manera lo que ahora necesitaba era la cercanía de la gente.

La mayor ventaja consistía en que uno no podía desmayarse. Porque en la fiesta del Danubio tienes a la gente tan cerca que es imposible caerse. Lo cual, por otro lado, resulta peligroso. Porque lo propio para un borracho inconsciente es, en realidad, caerse redondo; se trata de un mecanismo de protección del cuerpo, y por eso siempre hay tantos muertos en esta fiesta, porque pierden el conocimiento y no se caen.

Pero Brenner no estaba borracho, sólo se encontraba infinitamente cansado porque

durante los dos días de arresto no había podido dormir. No vayas a pensar que lo torturaron. Aunque la policía vienesa tiene fama de recurrir a métodos dudosos. De emplear un poco el cubo de agua. A los agentes les gusta estudiar los informes críticos sobre la tortura en Latinoamérica y luego los ensayan. No por maldad, sino más bien por una especie de mentalidad pueril que los caracteriza.

Aunque en el caso de Brenner, para tu tranquilidad, todo transcurrió correctamente. Incluso llamaron a un médico para que examinara su costilla rota. Y el hecho de que no pudiera dormir obedece a otro motivo completamente diferente, o sea a la autotortura. Porque no pudo dejar de dar vueltas a lo que había pasado.

En cómo el júnior, valiéndose de los testamentos falsificados, intentó seguir siendo el número uno en el servicio de ambulancias. En cómo endurecieron el procedimiento y eclipsaron al lungareuse.

En que Irmi empezó a resultarles incómoda. En que Pongo citó a su aliado Stenzl a las cinco en punto para la escena del beso. Y cómo le disparó a sangre fría.

En cómo a Pongo se le habían subido los humos, de manera que el júnior decidió quitárselo de encima apretándole el cuello con su cadena. Luego intentó enfrentarlos a todos con todos, Brenner, la Liga, la Brigada Criminal, para que a nadie se le ocurriera sospechar de él.

No sé por qué Brenner no podía dejar de pensar en todas estas cosas. ¿Seguía bajo shock? Al fin y al cabo, no ocurre cada día que una cabeza te pase volando delante de las narices. ¿O acaso era por las secuelas del veneno en la 590?

Esperaba que en la Isla del Danubio, atrancado entre cientos de miles de personas normales, su mente se serenara. Se dejó empujar de carpa en carpa. Vio conciertos, obras de teatro y lo que se le pusiera delante, pero sin ver de verdad. Salvo los cientos de ambulancias de la Liga y del Servicio de la Cruz, presentes por doquier, listas a entrar en acción y surcando una y otra vez la muchedumbre bajo los auspicios de la luz azul. Pero ninguno de los compañeros lo reconoció en medio de la multitud.

Hacia las doce, y como punto final y culminante de la noche, actuó un cantante de rock vienes, y Brenner supo por fin a quién le recordaba el gordo Buttinger.

Sin embargo, no puso demasiada atención al cantante. Dejó que la masa lo empujara sin rumbo ni destino. Pero he de decir que fue una sensación un tanto traicionera, pues tampoco debía de caminar tan desorientado. Quién sabe si su voluntad no influiría un poco en la masa para que de pronto se encontrara ante la carpa de la Liga.

Para que de pronto se encontrara frente a frente con Stenzl.

Stenzl miró fijamente a los ojos de Brenner, y Brenner miró fijamente a los ojos de Stenzl. Se hallaban, como mucho, a dos metros de distancia uno del otro. Pero ninguno de los dos dijo nada. Ni siquiera hubo una señal de reconocimiento. Y sigo sin saber a ciencia cierta si Stenzl vio o no a Brenner. Porque en medio de semejante gentío te puede pasar que a dos metros de distancia no veas a tu mejor amigo.

Además, es evidente que Stenzl no era el mejor amigo de Brenner. Aun cuando Brenner hubiera esclarecido el asesinato de su hermano y Stenzl ya supiera que se había equivocado al sospechar de él. Pero dime tú a quién le gusta que lo encierren durante

todo un día en su propio sótano con tres tipos de una hormigonera.

Aunque el jefe de la Liga no había salido perdiendo, al contrario. Ahora parecía estar seguro de ser definitivamente el número uno en el servicio de ambulancias. Triunfante como un auténtico almirante de salvamento en medio de un mar de borrachos, tenía la mirada fija en Brenner.

Brenner pensó en qué decirle.

«Qué bien que haya ordenado a los obreros de Watzek que me dieran una soberana paliza», podría decirle.

Pero Brenner seguía con la incertidumbre de si el ligero realmente lo estaba viendo.

«Si su gente no me hubiera depositado en el patio de los crucistas, el júnior no me habría castigado dándome el encargo», podría decirle. «Entonces yo no me hubiera encontrado con Klara, que fue mi novia en el instituto en Puntigam y una vez me grabó un casete...»

«No, mejor no contarle estas cosas», se dijo Brenner, que no acababa de estar seguro de que Stenzl lo estuviera viendo.

«Qué bien que su gente me haya dado una paliza, porque de lo contrario Berti no habría investigado quién lo había hecho», pensó en decirle. «Porque entonces yo no habría buscado a Berti en el Golden Heart. Entonces Angelika no me habría hablado del lungauense. Y ésta sería la hora en que seguiríamos ignorando que el júnior se cargó a su hermano, a Irmi y a Pongo.»

«Así voy a comenzar», decidió Brenner.

Pero en ese mismo momento Stenzl empezó a gritar como un desquiciado.

Sus gritos, sin embargo, iban dirigidos a un yonqui que había vomitado sobre el parachoques de una ambulancia de la Liga. Acto seguido, Brenner ya era arrastrado de nuevo por la masa y se disponía a escuchar un poco al gordo Buttinger en su concierto.

A continuación, el público empezó a disminuir poco a poco y Brenner se tumbó en el césped junto a los borrachos, rodeado de toneladas de latas de Coca-Cola y vasos de plástico y platos de cartón y mierda de perro.

No despertó hasta la mañana siguiente, cuando las máquinas limpiadoras retiraban la basura de la isla. Vio cómo los trabajadores la recogían y la echaban en los correspondientes camiones naranja. Y le sorprendió la facilidad con que los cepillos de estos vehículos fregaban los caminos asfaltados dejándolos limpios y relucientes.

En sus narices un basurero levantó con un pico de hierro un ejemplar de la edición dominical del tabloide *Kronen Zeitung* y lo embutió en su bolsa de basura negra. Era la edición en la que Brenner había leído el día anterior que el Servicio de Ambulancias de la Cruz tendría esa misma semana un nuevo jefe, el hasta ahora jefe del Servicio Provincial de Ambulancias de la región de Vorarlberg, o sea borrón y cuenta nueva.

De momento era el jefe de los voluntarios, un concejal jubilado, quien llevaba el mando. Un hombre amable que incluso había ido a visitar a Brenner mientras éste se hallaba en prisión preventiva.

Brenner permaneció tumbado en el césped húmedo durante otra media hora, mirando cómo los basureros limpiaban la isla en un santiamén. En los campos iban levantándose,

por aquí y por allá, resacasas, las víctimas éticas para volver a casa. Un panorama sobrecogedor, como el de los flamencos en un parque zoológico.

El jefe de los voluntarios le propuso a Brenner una resolución pactada de su contrato, y Brenner aceptó inmediatamente. Tres meses de sueldo sin trabajar no está mal. Y en ese tiempo ya encontraré algo, se dijo. Además es verano, la mejor época para estar en el paro.

El hombre sólo le pidió que no volviera a su vivienda de servicio. Porque dadas las circunstancias era importante para la moral del equipo que los socorristas pudieran echar tierra sobre el asunto lo antes posible. Prometió guardarle sus pertenencias en un depósito a cuenta del Servicio de Ambulancias de la Cruz y reservó para él una habitación en el hotel Adlon, en el distrito 2 de Viena.

Eran las nueve y media de la mañana cuando Brenner llegó al Adlon. Había recorrido todo el trayecto a pie, unos diez kilómetros, como mínimo, con una parada en la Mexikoplatz para tomarse una cerveza. El portero del hotel le entregó un sobre, en el que encontró cincuenta mil chelines y el agradecimiento de Lanz y de Angelika.

No debes olvidar que, a raíz de lo ocurrido, Lanz se había desembarazado de todas sus deudas. El júnior no podía reclamarle ya el dinero que le debía. De manera que Brenner cogió los cincuenta mil chelines sin remordimientos.

Se tumbó sobre la cama, pero, naturalmente, gran decepción, porque el aire enrarecido de una habitación de hotel no tiene nada que ver con la hierba de la Isla del Danubio, recubierta de rocío. Tenía ganas de levantarse y volver a la isla. Pero estaba demasiado cansado. Además sabía que una experiencia bonita no se puede repetir.

«Nada se puede repetir», pensó Brenner. «Y a Klara hoy no la llamaré. Ni mañana tampoco. Deja ya de rumiar.»

Al cerrar los ojos, volvió a ver la flota de los camiones de la basura color naranja y a los basureros con sus luminosos uniformes del mismo color, haciendo desaparecer como por ensalmo los desechos de la noche.

Y en la duermevela la mefítica experiencia de la basura y la increíble experiencia musical del viernes se le fundieron en una misma cosa. Y se le ocurrió pensar en eso, que siempre se dice, de que al morir la persona tiene las experiencias musicales más maravillosas. Dudó, sin embargo, que al júnior le hubiera sucedido algo semejante mientras su cabeza volaba a través de la ventanilla divisoria de la ambulancia 590.

«Sobreviviendo, y no muriendo, es cuando tienes las experiencias musicales más maravillosas», se dijo Brenner mientras se dormía, y aún alcanzó a pensar que era un buen pensamiento. «Sobreviviendo, y no muriendo. Tengo que recordar esta frase», se dijo, pero a la caída de la tarde, cuando despertó, estaba contento de que no se le hubiera olvidado su nombre.

Créditos

Título original: *Komm, süßer Tod*

Edición en formato digital: junio de 2012

© Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 1998

© De la traducción, María Esperanza Romero, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-726-5

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Índice	3
VEN, DULCE MUERTE	4
1	5
2	11
3	20
4	29
5	36
6	46
7	54
8	61
9	69
10	76
11	84
12	90
13	98
14	105
15	110
16	120
17	127
Créditos	131